

MANUEL T. PODESTA

IRRESPONSABLE



BUENOS AIRES

IMPRESA DE LA TRIBUNA NACIONAL

460-25 de Mayo-468

1889

AL SEÑOR MARIANO DE VEDIA



Al señor Mariano de Vedia.

Mi querido Vedia :

El HOMBRE DE LOS IMANES, como V. le llamaba cariñosamente, á punto de que yo tambien me acostumbré á darle ese nombre grotesco, ha terminado su difícil jornada;—está encerrado en el manicomio;—no podrá ya entregarse á las veleidades de su espíritu aventurero, ni cumplir el último programa que habia acariciado.

La política acabó de desquiciarlo, haciendo explosion ruidosa su enfermedad, contenida por las frájiles barreras de la haraganeria decorosa y del optimismo idealista con que saturaba todos sus pensamientos y todas sus tendencias.

V. es responsable de la aparicion de este personaje y de las correrias desgraciadas que han acabado por reclamar su secuestro. Yo le tenia asegurado y vijilado constantemente, para no exponerlo á que el público le señalase con el dedo y se riese en sus barbas de su figura estrafalaria;—pero, V., con el empeño del cronista que busca siempre algo nuevo, algo especial para intercalar en las columnas del diario, le sorprendió en su guarida y, en una festividad de año nuevo, le hizo asomar la nariz por entre la concurrencia selecta con que habia engalanado las pájinas de la Tribuna Nacional, dejándole vislumbrar enton-

ces cierta popularidad siempre grata, aún para los mas pusilánimes, y tiene V. que, muy suelto de cuerpo, el señor personaje de los imanes fué cobrando ánimo para presentarse sucesivamente ante el público bajo sus diversas facetas. . . .

Habia adquirido un poco de consideracion social. . . . una sobra de aliento le habia impulsado á tomar buenos rumbos. . . . pero, el diario cerró sus pájinas y el cronista abandonó á su propia suerte al fiel visitador de sus columnas. . . . Apesar de todo, el HOMBRE DE LOS IMANES, que encontraba honrosa y helgada la vida del folletin, soñó con una posicion mas en armonia con los tiempos: — empezó á hacer de las suyas, y aqui lo tiene V. en el tumbo final.

Talvez V. no le reconociera. . . . ¡Qué diferencia de cuando se le presentaba con su cara angulosa y amarillēnta, el cabello crecido y desaliñado, la barba saliendo á mechones, como de una espiga, y los ojos con la expresion doliente del que implora un lugarcito en cualquier parte!

Hoy vuelve á la imprenta, movido por esa predileccion extraña que tienen todos estos entes: — los artistas alocados, los escritores por estarlo y los que empiezan á sentir que el cerebro se desmorona como un médano, arrojan sus papeles, sus producciones, las echan debajo del brazo, comprimiéndolas cariñosamente, y en el mejor momento, cuando el redactor principal está mas empeñado que nunca en tratar una cuestion de efecto, surciendo su editorial con todos los hilos fuertes de la lójica y de la conviccion, para

servir al público le plat du jour, condimentado con las mejores salsas periodísticas, se planta nuestro hombre, es decir el HOMBRE DE LOS IMANES, ú otro cualquiera de estos filósofos descreídos ó artistas ambulantes que sufren la nostalgia de la popularidad. . . . Y hay que atenderlo, que dejar al público aparte, que interrumpir la tarea cotidiana para escucharles y prometerles que su producción tendrá un lugar preferente. . . . y hasta, si llega el caso, mostrarse muy satisfecho de la adquisición, que hará aumentar el tiraje del día en un millar más. . . . Ellos, dejan piadosamente el envoltorio, dirigiéndole miradas tiernas y despedidas conmovedoras, como una madre desgraciada que tiene que abandonar á su hijo. . . . Los más timoratos, desearían que en las imprentas hubiese un torno para ir ellos mismos, sigilosamente, con la fruición del que saborea un pensamiento sublime que cosquillea su vanidad, á leer el epitafio alusivo á los padres desnaturalizados, tirar la campanilla y dejar su producción anónima bajo la protección de los correctores ó de los noticieros maliciosos, que la escarban sin lástima para adivinar su filiación. Al día siguiente, si viesan aparecer sus escritos rodeados de la aureola con que han aspirado á la popularidad, se les miraría correr por la calle ó caminar á grandes trancos hácia la sala de redacción, para desmayarse de júbilo en brazos de cualquiera, y gritar, en el colmo de la dicha: . . . « Ese trabajo es mío, mío . . . es mi hijo . . . yo soy el fulano del seudónimo. »

¡Pobres producciones! . . . No tienen mas popularidad que las sátiras de los cronistas . . . y luego, al osario!

Cómo conocerá V. á estos ramplones! . . . V., que tiene el golpe de vista del clínico, hará inmediatamente el diagnóstico de estos pucheros que no alcanzan á recalentarse nunca en la cocina de la imprenta. Y cuántas veces se habrá encontrado á boca de jarro con esta serie de aspirantes á la gloria, que no pueden resistir á la tentacion de escribir para el público, que bien mereceria el castigo de esas lecturas por las exigencias que tiene con quien sabe hacerlo, aunque sea mediocrementel

Pero, recién me doy cuenta de lo que ha pasado con el humildísimo que suscribe esta carta (y en esto tiene V. tambien una gloria que poco debe enorgullecerlo): ha sabido aplicarme perfectamente la fábula del zorro y el cuervo: buen provecho le haga el queso y peor para V. si lo halla averiado. Ya verá la cara que pone el público si no lo encuentra á su paladar.

Yo pagaría por ver á uno de esos escritores levantarse temprano, ponerse en acecho del primer muchacho que pasa como una ráfaga gritando enronquecido tal ó cual diario, llamarlo con los dos brazos estendidos, pedirle conmovido dos números del querido diario, comprimirlo temblando, pagarle sin esperar el vuelto. . . y luego . . . ah! luego, con el corazon que le salta del pecho, como si llevase una carta amorosa que le abre las puertas de la felicidad, desplegar la página donde sospecha que estará perfectamente instalada su produccion. . . ¡Cruel desengaño! . . . En vez de un artículo

literario almibarado, impregnado de metáforas, de frases rebuscadas, de golpes de efecto, de palabras escudriñadas como un buzo en el diccionario, para salir de la rutina, un artículo comercial, frío, severo, burlon,—como si dijera: este lugar me pertenece. Qué cara presentará, amigo Vedia, el pobre autor burlado que en vez de bellezas literarias, de descripciones amenas, de idilios pintados con ayuda de la luna, siempre complaciente para asistir á esas escenas, y del arroyo cristalino, y del sauce lloron, y de la orilla encantada, etc., se encuentra con precios corrientes, con la suba del oro, la bondad de las cosechas, los miles de inmigrantes y las quiebras de la Bolsa, etc., etc! . . . Con qué desprecio tirará la hoja prosaica que canta una palinodia tan poco grata á sus gustos, generalmente á sus bolsillos, y á su despreocupacion por la cosa pública!

Le confieso que el HOMBRE DE LOS IMANES no ha tenido esas audacias. Seamos justos: ha entrado á la imprenta con miedo, ha ingresado á las cajas temblando, como un niño que vé el bisturí afilado que se prepara para desgarrar sus carnes; ha necesitado que lo estimulen y que lo arrastren un poco, como aquellos individuos que buscan un amigo para que los acompañe á hacer visitas y poder así cobrar aliento mientras le echan por delante para orientarse al penetrar en el salón cuajado de muebles y de gentes.

V. tiene la culpa de haber fomentado su salida con ciertos juicios críticos, que deben pesarle en el alma como remordimientos, y yo la de haber cedido complaciente á que

V. le llevase á trasnochar, para que saliera al dia siguiente en los folletines, como quien no es capaz de matar una mosca.

.....

Me consuela, sin embargo, la noticia que me daba dias pasados un amigo, interrumpiendo bruscamente el hilo de la conversacion, con el placer del individuo que hace un hallazgo inesperado:

—Sabes á quien he visto en la calle, me decia mi amigo ¿no te imaginas el encuentro? ¿no caes?

Cómo habia de imaginármelo ni cómo habia de caer!

—Pues al HOMBRE DE LOS IMANES, exclamó mi amigo de pronto, levantándose y cruzándoseme de brazos por delante, como si esperara verme dar un salto por la noticia . . .

—No puede ser, repliqué bruscamente el HOMBRE DE LOS IMANES está en el manicomio!

—¿En el manicomio? dijo mi amigo, haciendo un jesto de asombro y una mueca burlona;—y despues de una pausa reflexiva: *Es natural, allí tenta que concluir, agregó (apesar de todo, no estaba convencido). . . Se habrá escapado, pensó . . . si era él, en cuerpo, alma y caricatura . . . era él, estoy perfectamente seguro. Si tenia la traza aquella de patibulario . . . aquella cara demacrada, como si le hubiesen escavado los carrillos con una espátula . . . los ojos vidriosos, sin expresion, la barba almacigada en los retazos de cara, donde la piel estaba como pegada al hueso; alto, medio encorvado, los brazos colgantes á los lados del cuerpo, flaco y enclenque, cubierto por aquel traje raído,*

verdoso, surcido groseramente en las costuras de la espalda, donde sobresalian aquellos omóplatos que parecían realmente dos mitades de platos pegados al revés, al lado del espinazo; aquellas piernas como formadas de muchas articulaciones dislocadas . . . luego, su modo de andar esquivo, sus vueltas de cabeza rápidas . . . ah! . . . y aquel sombrero de copa, abollado, con el merino caído como una media en una pierna flaca . . . si, era él, el sombrero parecía que se hubiese hundido en su cabeza; lo encontré muy chato y deslustrado.

—No era él . . . precisamente, puedo asegurártelo, pues el sombrero ha desaparecido del mundo de los vivos para ir a terminar su evolución en la quema . . . En la fecha, se habrá incorporado modestamente a la circulación de la materia, para contribuir en su pobre esfera a la restitución reclamada por las leyes inmutables.

—¿Qué disertación original y nebulosa sobre un sombrero abollado y ridículo! exclamó mi amigo sorprendido . . . ¿Qué es eso de QUEMA?

—Ah! no lo sabes? pues el tal sombrero fué a parar a la calle, execrado innoblemente por un pie tosco que lo convirtió en una oblea enorme.

—¿Luego?

—Luego, el HOMBRE DE LOS IMANES que tú has encontrado es otro hombre de los imanes. Es claro: si el mío es un ejemplar . . . Cuántos de estos infelices andan arrastrando su existencia y encubren bajo sus ropas enlodadas una historia que puede llegar a ser conmovedora!

Por lo menos, real.

.....
Es uno de tantos, amigo Vedia, que tiene hermanos gemelos en todas partes, y que V. habrá encontrado también sin sorprenderse del parecido... Yo, no me meteré otra vez á caballero andante para defenderlo de los ultrajes de la suerte.

Son sujetos sin compostura; tienen que vivir en su elemento, como el pez en el agua.

Este, se lo entrego;—haga de él lo que sea mas grato á su buena intencion . Yo le confieso que le daría sin piedad el destino del histórico sombrero: . . . lo tiraría á la quema!

Su amigo—

M. T. PODESTÁ.

1^o Diciembre 1889.

P. D. Se me olvidaba decirle que en la historia de la muerta no hay romanticismo;— es un cuadro real, tal cual lo he presenciado. Aun me parece estar viendo los ojos inyectados del guardian del anfiteatro, profanando las formas bellísimas de esa desgraciada con sus miradas impregnadas de lujuria.

VALE.

SAQUE USTED OTRA BOLILLA

SAQUE USTED OTRA BOLILLA

(RECUERDOS DE LA UNIVERSIDAD)

Cursábamos el quinto año de preparatorios en la Universidad.

Estábamos en la época de exámen, y las bandadas de estudiantes que acudían en esos días á los *claustrós* eran numerosas é indisciplinadas.

Los que ya habían pasado por la dura prueba, se presentaban radiantes, contentos, bullangueros, y sin mas mira que la de *matar* el tiempo molestando á los profesores, ayudando á algun compañero con los *soplos*, robando con el mas refinado disimulo una bolilla de la urna, para ajustarla á la que el interesado había estudiado,

ó promoviendo todos los desórdenes posibles, para hacerse acreedores á las amenazas de Lársen ó las efectivas del cancerbero Gazzolo, que los arrastraba al *encierra* como á corderos empacados que los tironean del pescuezo.

Eran entonces los buenos tiempos de la vida estudiantil, que echamos muy de menos los que cargamos el sambenito de una profesion y los que han pasado de la Universidad al comercio sin satisfacer sus aptitudes ó su codicia.

La puerta de la Universidad era entonces un hormiguero; — un entrar y salir incesante de alumnos: grandes, chicos, bien y mal vestidos, pero todos alegres, decidores, impávidos, con su *programa* apretado como el filo de un facon.

Se hacian corrillos, se armaban disputas, se entablaban discusiones sérias, se convenian partidas de billar en el famoso café de las Naciones, se complotaban rabonas y escursiones á la Boca, haciendo inventario de los bolsillos, se inventaban travesuras de todo género y, por último, se buscaba siempre una víctima en el transeunte

distraído que acertaba á caer en desgracia ante la mirada fiscalizadora de los que hacían la *guardia* de la puerta para molestar al prójimo.

Si la víctima se resignaba á los motes impertinentes, á las zancadillas ó á los proyectiles que se le arrojaban con hondas de goma,—santo y bueno, todo concluía bien;—cuando mucho, algunos aplausos y una silbatina;—pero, si el *elegido* era altanero y quería vengar el ultraje, la rechifla tomaba proporciones muy serias y el desgraciado que osaba indignarse se veía envuelto en el enjambre de *muchachos* que se lo *repartían* como cosa propia para hacerlo arrepentir de su cólera temeraria.

En el interior, la marea subía en proporciones colosales. En el largo claustro con su techo blanqueado y agrietado por la humedad y los años, resonaban mil voces confusas, risas, protestas, reclamos, aplausos, vivas,—pequeñas ovaciones tributadas á los examinadores ó al examinando que había obtenido una clasificación de *sobresaliente*.

Un momento de silencio, de calma transitoria, de respeto, era impuesto por la figura venerable del rector que aparecia por la puerta de la secretaría, echando una mirada benévola, curiosa, por encima de aquellas cabezas juveniles, — una mirada vaga, que abarcaba todos los ámbitos y que traducia mal el ceño forzado que queria imprimir el Dr. Gutierrez á su fisonomía simpática.

La aparicion duraba un segundo; — el rector se retiraba á su gabinete á completar una estrofa rebelde ó á marcar con lápiz de color un manuscrito histórico, y la nota de la bulla, del vaiven, del tole-tole, empezaba á recorrer en *crescendo* la escala del desórden.

Recuerdo siempre la impresion que me produjo la entrada á la Universidad en un dia de exámen. Salí de mi casa con escalofrios; y, como quien va á tomar una posicion por asalto, empecé á meditar mi plan de ataque:—al llegar á la puerta me faltaron las fuerzas, se me iba el coraje como la sangre en una hemorragia, hice

una tentativa atrevida, enérgica, tomé una resolución suprema;—me presenté indefenso, esperando ver mi sombrero abollado, volando por las bóvedas del claustro, y mis espaldas sometidas al repique de mil puños frenéticos, pero no tuve tiempo de escurrirme: un grupo de alumnos de segundo año de latin salía triunfante del exámen y en ese mismo instante invadía la puerta y la acera; me encontré envuelto en el torbellino de abrazos, de apretones de manos, de los cuales me tocaron algunos efusivos que retribuí tímidamente, sin saber á quién ni porqué, hasta que pude desprenderme del grupo para colocarme en la vereda opuesta.

Las felicitaciones, los pésames, las imprecaciones estaban en su apojeo en los corrillos que se habian formado en la plazoleta del mercado, —especie de foro donde los estudiantes hacian sus conciliábulos.

Algunos atravesaron, pasaron por mi lado, y entre ellos dos de semblante triste, alterado por el disgusto, por el despecho y la vergüenza; —

se advertía en el acto que el exámen había sido funesto y que toda la *culpa* y la *responsabilidad* eran de los maestros.

Se consolaban recíprocamente, execrando al texto, y especialmente á Gigena, que había tenido la mala inspiracion de preguntarles veinte renglones de sintáxis.

A diez pasos míos, uno de ellos, mas nervioso y exaltado, tomó el texto de la materia, lo abrió en dos, como una res descuartizada, y acompañando el acto de una interjeccion callejera lo tiró al fango.

Me acerqué lentamente á reconocer lás hojas esparcidas por el suelo, y ví una fila de versos latinos dispuestos en columna cerrada, nutrida, mal impresos, borroneados, anotados con lápiz;—hojas estrujadas por una mano nerviosa é injuriadas por dos manchas del indice y del meñique, plantados con violencia, y que parecían decir, como en el canto XXV del *Infierno*: *Togli, Dio, ch'a te le squadro.*

Eran los *Temas*, aquellos temas latinos que

autorizaban todas las protestas, todas las violencias y hasta el ultraje de arrastrarlos por el lodo.

Yo me sentí oprimido, desconcertado, indeciso y, con el miedo de que mi memoria me traicionase, empecé á repasar rápidamente, como un conjuro, el *mascula sunt maribus*, etc., tomando las primeras palabras de los cuadritos de los *géneros*, hasta llegar á uno muy sabido, que se le tenia como de *mojon* para medir desde allí quince ó veinte renglones. . . *Us maribus junges*, dije con toda la fuerza de mis pulmones:—los *géneros* estaban intactos en mi memoria, como mariposas clavadas con alfileres sobre un corcho. Mi pesadilla era Fedro, uno de cuyos trozos habia traducido y ordenado la noche anterior entre una cabeceada de sueño y un sorbo de café;—la traduccion, el órden y la fábula se habian evaporado.

Unos pilluelos que pasaban recogieron piadosamente el libro maltratado, se lo repartieron equitativamente y fueron con toda tranqui-

lidad á sentarse en la esquina, con la esperanza de descifrar los geroglíficos de su contenido.

Qué envidia les tuve en ese instante!.. No tenían que rendir exámen de latin!

Era menester entrar, no habia mas remedio que someterse á las horcas caudinas y recibir aquel *bautismo* de *neófito* para ingresar á la *masonería* estudiantil. . . Aproveché un momento de calma y me lancé como un perseguido al interior del claustro.

Ni una cara amiga, ni una mirada alentadora;—el egoismo estudiantil fomentado por el miedo.

No se oia mas que el ruido de las urnas y de las cajas, que hacian sonar las bolillas, y las voces imperativas de los examinadores, que hacian sus preguntas como jueces que rastrean la confesion de un delincuente.

A cada instante oia la biografía de los catedráticos pintada á grandes rasgos en tono subido,—se trataba del *enemigo* y la benevolencia estaba demás.

—¡Qué suerte si te examina Lársen! . . . En medio de todo, es bueno, no es rencoroso; al contrario, á los barulleros les *hace pasar* para evitarse el fastidio de lidiar con ellos. . . Estas y otras noticias se daban los compañeros para ahuyentar el miedo.

Ah! si me examinara á mi . . . pensaba yo para mis adentros, y sin conocerlo, sin haberlo visto nunca, le cobré cariño, cariño que le conservo y que le guardamos todos los que hemos sido sus discípulos y su pesadilla. . . .

Un observador habria tenido tela para hacer cuadros espléndidos de ese conjunto de cabezas, de fisonomías, de jestos, de actitudes: en ese desfile de caras alegres, serias, preocupadas, audaces, inquietas, graves, con la grotesca gravedad infantil de los doce años. Allí se hablaba de Ciceron, de Ovidio, de Horacio y de toda la falanje clásica con la misma llaneza que emplea un académico.

El exámen estaba preparado á la buena de Dios;—cada uno llevaba en su memoria las

preguntas y respuestas hilvanadas con una hebra frágil: el *orden*, los pretéritos, los nominativos, las oraciones de relativo estaban acomodadas en las circunvoluciones cerebrales como en un estuche. ¿Para qué servía todo aquello? ¿por qué nos hacían estudiar así? Nadie lo sabía; — era menester aprenderlo, repetirlo, ordenarlo y... doctores tiene la santa madre iglesia...

Recuerdo que estudiando el tercer año de latin, nos hicieron traducir, copiar, estudiar y aprender de memoria, con *orden* y todo, una tragedia en tres actos, en prosa, en la que figuraban personajes antipáticos y hasta, si no recuerdo mal, una mujer de mala vida cuya conducta escandalosa nos daba mucho que pensar.

Menos mal cuando se trataba de Medea, de la Eneida, de las fábulas y de las Catilinarias; — en estas últimas me reprobaron.

Esta confesion me honra, aunque parezca una paradoja. Cuando despues de muchos años leí el precioso libro de Rovani sobre la juventud de Julio César y me encontré con un Cati-

lina tan distinto del que en otra época me enseñaron á execrar, ¡cómo lamenté que la suerte le hubiese sido adversa! Con él cometieron la injusticia de lanzarlo á la posteridad como á un sér á quien se debe tomar con pinzas: y conmigo la de reprobarme por no hacer *confesion pública* de sus maldades.

Sus fechorias, que yo ocultaba piadosamente en mi ignorancia de estudiante, me valieron un aplazado, que me hacia languidecer y mirar el mes de Marzo como el ancla de salvacion.

Yo debí mi desgracia á las pillerías de Cati-lina, reales ó inventadas; otros, tuvieron que llorar sobre la correspondencia de Ciceron con su hija Tulia, aunque el gran orador le hablase de preparar los baños de Tusculano.

Cuando el señor Gigena decia con voz melí-flua y que á pesar del tono no inspiraba confian-za: — Niño: los nominativos. — Eh! ...¿los nomi-nativos...? hubiéramos preferido que se nos dije-ra: Niño, párese V. de cabeza sobre un cuchillo.

El pobre Alvarez, bondadoso y suave, entornando sus párpados y comprimiéndose el vientre con sus manecitas cortas, gordas y relucientes, era el paño de lágrimas; á él iban todas las quejas, todos los zumbidos, todas las protestas, todas las lamentaciones, todos los reclamos de injusticias reales ó imaginarias y á todos contestaba con la misma mansedumbre: — Preséntese V. en Marzo.

Llegó el día de exámen de quinto año; — los alumnos de este curso tenian ya otro aspecto, muy graves, circunspectos. Algunos, que habian tomado á pecho las lecciones de filosofía, aparentaban cierto desden académico por los de años inferiores; — se habian leído al padre Balmes, magullaban los argumentos de san Anselmo y san Agustin sobre la existencia de Dios, como quien rompe nueces con los dientes, y la misma metafísica con sus embolismos, sus interminables é insulsas discusiones sobre el espacio y el tiempo, revestia á sus ojos las formas colosales de un gigante, y mientras algunos ha-

cian corrillos para hablar de sus novias, que lo eran generalmente las muchachuelas del barrio, otros se preguntaban gravemente las bolillas del programa para hacer gimnasia de la memoria. Los *filósofos*, que se habían dejado crecer el cabello y lo usaban alborotado como si la filosofía y los peines fueran enemigos irreconciliables; que escribían versos llenos de desaliento, y para quienes la *vida* era á los veinte años una carga *abrumadora*, la mujer una serpiente de cascabel y los hombres un almácigo de egoistas, seguían paseándose por los claustros, buscando los rincones solitarios, donde las arañas, más filósofos que ellos, tejían sus primorosas telas en la oscuridad, en el silencio y sin recompensa.

Protestaban de la química, esa ciencia que se encerraba en las retortas y en los matraces, que no admitía mas discusión que la de la teoría atómica, que acababa de asestar un golpe de muerte á la de los *equivalentes*. La ciencia de las probetas con sus precipitados de color de

iris, no les merecía el mas mínimo respeto. ¿Qué eran Chevreul, Liebig, Lavoisier, Gay-Lussac y Wurst, al lado de Bacon, de Condillac, de Descartes y de la falanje de menor cuantía encabezada por Balmes y terminada en una cola que hacia flamear á Geruzes como una laucha atada de un hilo?

Amaban las paradojas, los problemas absurdos, los silojismos como juguetes de *sesta balles-ta*, las cuestiones revestidas pomposamente con títulos de textos apolillados, como el ejemplar del *hombre trascendental*, que se balanceaba en un programa de segundo año de filosofía nebulosa;—la enseñanza superficial, frívola, de acceso fácil, que no fatigaba la inteligencia, que daba rienda suelta á la charla y á la oratoria de los que tenian la circunvolucion de Broca un poco desarrollada. En cambio, la química, la física, las ciencias naturales eran cosas imposibles.

Y allí adentro, en ese gabinete forrado de armarios de pino pintados de punzó, imitando un cedro que no figura en ninguna flora, con vi-

drieras desaseadas, impregnadas de polvo y de humedad, con las pilas de retortas, de embudos, de hornillos, de bolas de Liebig y otros objetos de arsenal químico, que les hacía estremecer:—las exhalaciones de amoniaco, de ácido sulfúrico, las chispas que saltaban de los hornillos incandescentes, el oxígeno que se escapaba por un matraz mal lacrado y el pizarron negro, tieso, puesto como una pantalla delante del banco donde se hacían los experimentos, les ocultaba una trastienda donde el sábio Dr. Arata hacía sus primeras armas con los alambiques, los reactivos y el análisis químico.

Era curioso ver á uno de nuestros filósofos parado junto á la pizarra, sin argumentos que discutir, sin réplica que arrojar á la arena del adversario, y en cambio, con la fisonomía severa é impaciente del malogrado Dr. Peron, que le decía secamente: Escriba V. el ácido nítrico y el ácido yodrídrico. Los *filósofos* se quedaban tiesos, temblorosos con la tiza en la mano, sin poder trazar esos *geroglíficos diabólicos*;—mira-

ban alternativamente al catedrático y á la pizarra, y, por último, al techo abovedado del aula con una expresion de resignacion desdenosa que parecia parodiar aquello de *perdónale, señor, que no sabe lo que hace*.

Con qué fruicion habrian visto caer la pizarra en pedazos, si hubiesen tenido las trompetas milagrosas que derribaron los muros de Jericó, para proclamar allí el juicio final de la química, emprendiendo el *saqueo* y el *pillaje* de los armarios.

Cómo gozaban cuando en un experimento reventaban las burbujas de Liebig ó un matraz se hacia añicos en un descuido; aquella ciencia positiva, de estudio, de experimentacion, era una tortura para esos espíritus elegidos, que guardaban la pureza de sus ideales como las vestales en el templo.

Ah! el *hombre trascendental*, la existencia de Dios, la *conciencia*, el *espacio*, el *tiempo*, en fin, el tira y afloja de los argumentos, que se tiraban á la cara como puñados de tierra, para ofuscarse!...

Y no les faltaba levadura á esos cerebros; todo era culpa de la mala y pésima direccion, tan hueca, tan absurda, tan árida como el estudio de los *temas*, de los latines, con toda su secuela de pretéritos, de nominativos, de *órdenes* y desórdenes estudiados de memoria.

Nuestros maestros hacian lo que humanamente les era posible; ellos comprendian el estudio de esa manera; ajustaban la enseñanza á su criterio, formado en el ambiente de la época. No les hagamos un reproche; al fin y al cabo, algunos girones de Ovidio y de Ciceron nos hacen dragonear de entendidos cuando encontramos citas latinas que procuramos ordenar, haciendo cadena del sujeto, del verbo y del complemento de la oracion, olfateados con el instinto fonético que nos imprimió la costumbre de andar á la caza del *orden* como animales de presa.

.....
• Volvamos al exámen, y aquí aparece nuestro protagonista, nuestro héroe, el estudiante

de mas coraje que hayamos conocido, el que supo afrontar el peligro de un exámen con la impavidez de un griego ante los persas, con la calma de Catilina ante el senado romano: — un colmo portentoso de audacia, de sangre fria, de indiferencia,— una figura que no se borró nunca de nuestra memoria, una fisonomia que nos bastó ver de nuevo, despues de muchos años, para recordarla intacta, un judio errante de la universidad, un pária, que anda todavia en busca de carrera, de fortuna, y que la suerte traidora y parcial no ha tocado con su dedo mágico.

Habíamos formado un corrillo en el piso alto, en el claustro que daba acceso al salon de grados, á la clase de química y á la de ciencias físico-naturales; — de tiempo en tiempo, salia del aula un examinando, colorado, jadeante, haciendo girar su sombrero entre sus manos temblorosas,—y la ovacion improvisada, ruidosa, cordial, daba la enhorabuena al que habia salido triunfante. Era el exámen de física,

exámen sério, de prueba, de verdadera prueba y en el que cada estudiante era escudriñado en sus antecedentes, su aplicacion, sus faltas de asistencia y el número de barullos y desórdenes que habia promovido.

Los examinadores tomaban aspecto grave, imponente y, para nosotros, cierta satisfaccion mal encubierta de perseguirnos, de despotizarnos y hacernos caer en el error, como Mefistófeles que anda á la busca de almas para perder.

Si el examinando no contestaba inmediatamente una pregunta y el profesor procuraba encaminarlo,—pase,—aquello era de buen augurio y merecia nuestra aprobacion íntima y nuestra simpatia; —si el profesor se quedaba callado, *gozando* á nuestro entender con las tribulaciones del compañero, veíamos entonces una intencion siniestra y malvada que nos servia para cargarle la medida de nuestro *ódio* en la rechifla de salida.

De pronto, y causando general sorpresa y

curiosidad, asoma por la pesada escalera de mármol que remataba en el vestíbulo del claustro, la silueta de nuestro desconocido colega.

El murmullo, la conversacion, el bullicio confuso y desalentador para un extraño que caia allí como un aereolito, cesó por encanto: un silencio solemne, salpicado por cuchicheos y preguntas *sotto-voce*, hizo detener en el dintel al extraño personaje.

Era un alumno de quinto año que iba á rendir su exámen; nadie le conocia, jamás habia frecuentado la clase, y solo supimos que aquel era su objeto al afrontar tan peligroso percance, cuando él mismo, con una timidez de doncella, nos preguntó sin dirigirse directamente á ninguno:—¿Hoy hay exámen de física?—Si señor, le contestó uno y nuestro hombre, sin decir palabra, se introdujo sin miramientos y por equivocacion al salon de grados, cuya puerta eataba inmediata á la escalera.

Detrás de él, entramos todos; la curiosidad y la figura misteriosa del estudiante aereolito, nos habian arrastrado.

Tenia la traza de un héroe de Murger sin tener la distincion del talento y la chispa de la audacia inteligente.

Alto, muy alto, flaco, con la flacura del hambre, con una cara puntiaguda, demacrada, amarillenta, con esa piel lisa, estirada, como si algun maleficio le hubiese hecho perder la movilidad que da la expresion fisionómica. Los ojos negros, tristes, pensativos, que vagaban en dos órbitas demasiado grandes, ahuecadas como las de un muerto; frente alta, fujitiva, con arrugas prematuras y mas acentuado que en el resto de la cara el color de pergamino viejo;— una cabellera alisada con la palma de la mano mojada.

La expresion del miedo y de la desconfianza, trazada en líneas resaltantes, hacia *pendant* con el azoramiento que se dibujaba en la comisura de sus lábios entreabiertos y en los relampagueos fujitivos de sus ojos de demente. Una hilera de pelos desiguales, finos, erizados, circundaban esa cara envejecida á los veinte años,

revelados por un bozo que parecía tiznado con un corcho.

El inmenso salón de grados, medio desmantelado y grotesco, parecía surmegirlo en el vacío. Había tomado asiento en unos de los escaños laterales y de allí miraba para todas partes como si quisiese gravar en su memoria el recuerdo de los muebles antiguos y de los cuadros que adornaban las paredes.

Alguien le observó que allí se daba exámen de derecho y que en la sala contigua podría dar el suyo de física;—nuestro enigmático colega se levantó, echó una última mirada al damasco anticuado que cubría el estrado de los catedráticos, volvió los ojos al cuadro del doctor Saenz, que pareció seguirlo con una mirada compasiva, y abandonó la sala. . .

El pobre iba mal vestido; con un leviton largo, arrugado, calumniado por algunas manchas rebeldes, lustroso en los codos y deshilachado en el ruedo amplio y mal cortado.

Hacia sonar sus pisadas, como si en vez de

zapatos tuviera un fuelle en cada pié, y comprimía nerviosamente en sus manos garfias un programa roto y borraroneado.

Al poco rato de ingresar al recinto de exámen, suena un nombre desconocido para todos, y de pronto, como movido por un pinchazo, y cuando buscábamos con la mirada al dueño de tal apellido, el individuo estaba ya erigido, tembloroso, trasfigurado y hacia jirar la manija de la urna para sacar su bolilla. A la segunda vuelta, salta una: el número 13, fatídico, estaba grabado con tinta negra de relieve en la pequeña esfera de madera. Mala estrella, pensamos, y efectivamente, el desgraciado empezó á revolver su programa, á acomodarse en el asiento, á finjir un poco de tos, y por último dijo con voz apagada:—*No la sé.*—Eh? saque otra, le dice el malogrado Dr. Bortolazzi, con su acento francachon y bondadoso: vuelta á la urna y otra bolilla, saltarina como un grillo, cae en el platillo de madera: número tantos.—Número . . . un suspiro suave y un

aire de resignacion cristiana que le habria envidiado un mártir acompañan á otro:—*No la sé, señor.*—Hombre, saque otra, vaya, saque otra le dice de nuevo el catedrático, inspirándole un poco de coraje para disimular por su cuenta la vergüenza del rechazo. Salta la tercera bolilla, mas retozona que las dos primeras, y el desdichado abre desmesuradamente los ojos, deja caer los brazos como dos ahorcados y balbucea de nuevo su estribillo: *No la sé.* .

—Y qué sabe Vd.? le pregunta el catedrático en el colmo de la impaciencia.

—Yo, sé los imanes.

—Los imanes? Bien, diga V. los imanes. .

—Los imanes, empieza el afligido examinando. . . los imanes. . . señor. . . *no los sé.* . . .

.

Desapareció como una sombra sorprendida por un rayo de luz que la borra de improviso; y se deslizó por la escalera, haciendo sonar sus canillas largas y descarnadas y los fuelles de sus zapatos agujereados.

ERA SU DESTINO



ERA SU DESTINO

A mi amigo el Dr. Antonio F. Liñero.

EN EL ANFITEATRO

Lo tengo por delante, con sus puertas desvencijadas, leprosas de mugre y de pintura descascarada; sus paredes haciendo vientre, próximas á estallar por falta de equilibrio y por el cansancio de tantos años de absorber humedad, miasmas y raices de *palan-palan*, que forrajeaban como ganzúas por abrirse camino al través de las grietas.

Ese recinto fúnebre, desolado, aislado del resto del vetusto edificio del hospital, estaba encuadrado en la cumbre del barranco de la calle de San Juan, y más dispuesto á darse un

tumbo al primer soplo de sud-este que á quedarse en su sitio para servir de morada transitoria á los muertos de la clase de anatomía.

A penas franqueada una puerta, tembleque como un ébrio, se presentaba la faz desconsoladora de lo que se llamaba anfiteatro:—una pieza rectangular, húmeda, pintarrajeada de amarillo sucio, con un cielo-raso de lona blanqueada, con grandes manchones de agua filtrada por la lluvia, y haciendo esfuerzos por no desclavarse sino lo necesario para dejar ver el techo negro, apolillado, —morada silenciosa de insectos de todo género.

Pavimentada con chapas de mármol, puestas de mala gana; siempre cubiertas de manchas de sangre negruzca y pegajosa de trecho en trecho.

Dos aberturas laterales, cubiertas con un enrejado de alambre roto y tironeado por los alumnos traviosos y los curiosos que solian acudir á *recrearse* con el espectáculo de un cadáver abierto.

El mobiliario hacia *pendant* al conjunto;— lo completaba.— Tarimas escalonadas, mal dispuestas y muy propias para tullir á cualquier cristiano que tuviese la resignacion de estarse sentado durante la leccion en esos escaños duros, frios é incómodos.

En el centro, una mesa de mármol, sostenida por pilares de argamasa y ladrillo, como las que sirven en las sacristias; en el fondo, dos armarios desquiciados, sobre cuyo techo se ostentaba, á guisa de letrero, una pomposa inscripcion latina, con letras grandes, negras, fúnebres y que cada uno traducia á su antojo, valiéndose de los restos de nominativos y prétéritos que le habian quedado en la memoria.

En los dias de invierno, el viento era insupportable; las ráfagas heladas del rio que penetraban zumbando por las rendijas, hacian tiritar á los alumnos que rodeaban la mesa con la avidéz de ver en el cadáver el trayecto de una arteria dura, ríjida como cordon y rellena de cera y cardenillo.

Algunos castañeteaban los dientes, mientras se restregaban las manos coloradas y entumecidas; otros marcaban el paso como soldados que han hecho alto.

El profesor, parado á la cabecera de la mesa, con su bisturí á guisa de punzon, trazaba sobre el cadáver el trayecto, la posición, las relaciones de los órganos puestos al descubierto, en tanto que el alumno de turno leía en un mal traducido texto la lección designada.

En el patio, mejor dicho en el amplio resumidero que rodeaba la sala y debajo de un cobertizo sostenido por una viga vieja, se arrojaban los despojos inservibles;—aquel pedazo, cubierto por el alero medio derrumbado, era una sucursal del anfiteatro. Sobre una tarima forrada con zinc, se disecaba en verano y de un tirante transversal se colgaban las piezas anatómicas que querían conservarse.

En el ángulo que formaban las paredes del cobertizo, — un fogón primitivo, con una caldera de tres pies, para *cocinar* á los muertos.

Era un espectáculo poco simpático el ver aquellos despojos humanos pendientes de un clavo y sujetos con piolas: piernas que les faltaba la piel y cuyos músculos color vinagre subido tomaban matices negruzcos en distintos puntos, dejando ver en otros una faja brillante, nacarada, tiesa, un tendón estirado, que había sido bien raspado con el bisturí para rastrear la inserción del músculo. Algunas veces pendía de la viga una mano descarnada, seca, medio momificada por el frío, en cuyo dorso serpenteaban nervios, venas, arterias y un manojo de tendones que se irradiaban hasta la extremidad de los dedos, cuyas uñas de color plomizo parecían haber crecido por la falta de tejidos blandos que la rodeasen. Estas piezas, al parecer abandonadas allí, servían á los alumnos para los repasos; generalmente eran escamoteadas por los más rezagados, que no querían darse el trabajo de prepararlas ni de soportar las incomodidades de estudiar al aire libre.

Ya era la mano perfectamente disecada; otras, una pierna, los pulmones enjutos, sin aire, colgando como dos jirones de trapo y adheridos á la traquea que servia de piola; el corazon, el noble músculo, lleno de cera, hinchado, repleto, sin la apariencia y la forma poética que le asigna el misticismo: un corazon anónimo, colgado de un clavo.

Sobre la mesa, trozos en preparacion, á medio desecar; la parte que tocaba á cada uno en el reparto del cadáver que habia servido para la clase.

Una cabeza desprendida del tronco, arrojada allí como al acaso, y que hubiera podido servir de modelo al artista, con los matices, las líneas, la expresion, ese conjunto de medias tintas en gradacion sucesiva, desde el pálido cera al escarlata.

Algunos, con los párpados entreabiertos, dejando ver los ojos apagados, sin brillo y cubiertos por ese líquido glutinoso que les hace perder completamente toda expresion.

En esa continúa revista de restos humanos solíamos encontrar algunos muy bellos: figuras varoniles, de rasgos acentuados; individuos que habian muerto á consecuencia de traumatismos y en los que el padecimiento no habia tenido tiempo de imprimir su huella.

Una de esas cabezas—con su cabellera intacta, negra, lacia, cayendo sobre la frente pálida, marmórea; dejando ver dos cejas espesas, bien modeladas en arco sobre una nariz afilada, recta, y encuadrada la cara por una barba tupida, larga, enmarañada, salpicada de sangre—conservaba esa fisonomia inmóvil, esa expresion doliente de los últimos instantes, y su pupila dilatada parecia tener avidez de luz en las misteriosas tinieblas de la muerte. Era una linda cabeza para trasportarla al lienzo y figurar la leyenda bíblica de Salomé, comprimiéndola con crueldad inconsciente, con su mano fria, nerviosa, en un plato de bronce cincelado.

Qué exuberancia de material para esbozar telas de impresion! Pero, en aquella época no

había tiempo para pensar en las bellezas de las piezas anatómicas ni en las leyendas bíblicas; teníamos por delante un programa de anatomía, largo, difícil, enojoso por sus detalles y por el tecnicismo grotesco que debíamos aprender de memoria, y todos nos afanábamos por sacar del escapelo y del libro el mejor provecho posible.

El frío, la intemperie, los días húmedos, la incomodidad del local, los miasmas, los malos olores que despedían las piezas en descomposición, la curiosidad siempre creciente de escudriñar todos los rincones del cuerpo humano, nos hacían olvidar la poesía con que la imaginación quería revestir aquel antro, donde, á pesar de todo, se estudiaba mucho y se aprendía bastante.

Teníamos un catedrático ilustrado, paciente, bondadoso, entusiasta por la materia, que había desterrado el sistema de las lecturas monótonas al lado del cadáver; nos trataba como á buenos amigos y nos inspiraba al mismo tiem-

po que amor al estudio, esa emulacion que hacia sobresalir á las inteligencias bien preparadas.

El mismo habia hecho allí su carrera; en ese mismo anfiteatro habia pasado las mismas penurias y afrontado los mismos peligros, —y de ese hospital ruinoso, antigua morada de frailes mendicantes, salió el doctor Pirovano con fama hecha de cirujano habilísimo.

Nos enseñó anatomía con los escasos elementos de que entonces podia disponer, y el atractivo de sus lecciones nos hacia pasar por todo con la alegria de estudiantes y la despreocupacion de los veinte años.

Los dias en que no habia cadáver para diseccionar, estábamos descontentos, de mal humor, y cuando pasaban mucho tiempo sin que se abrieran las puertas derrengadas de la sala mortuoria, empezábamos á recorrer las salas de enfermos para espiar á la víctima que debía caer en nuestras garras.

¡Ni un tísico! solian decir los más *desalmados*

con el desaliento del que tiene hambre y no encuentra en su cajon revuelto ni un mendrugo.

Los tísicos eran los muertos apetecidos por su flacura, que permitia estudiar los distintos órganos sin necesidad de una diseccion laboriosa.

Repentinamente, la tarima de los muertos soportaba tres y más desgraciados que estaban allí estirados, rígidos, descalzos, pobremente vestidos, con la cara vuelta al poniente, alineados uno al lado del otro, formando muchas veces un contraste lúgubre.

En esa antecámara del anfiteatro se amortajaban los infelices parias que habian sucumbido en el hospital; en la pieza contigua se hacian las autopsias.

Muchas veces, al entrar allí distraidos, nos encontrábamos de improviso con ciertas caras y ciertas expresiones cadavéricas que, sin quererlo, nos hacian apresurar la salida.

Eran dos cuartujos de techo bajo, sombríos,

húmedos, con esa humedad pegajosa y molesta de las piezas que han estado cerradas mucho tiempo; amenazaban ruina; una ventana alta daba vista al patio donde habían crecido libremente las cicutas regadas con las aguas servidas del anfiteatro.

Las hojas de la ventana continuamente abierta, soportaban caritativamente el muro del techo que amenazaba desplomarse.

La primera vez que penetramos en ese recinto lóbrego y frío como un sepulcro abandonado, retrocedimos instintivamente; el espectáculo era poco alentador y, si no nos hubiese llevado el amor al estudio, seguramente no habríamos vuelto.

Era menester, por otra parte, ocultar esas impresiones de aprendiz sólo pena de oír las pullas de compañeros más avezados y con sistema nervioso y estómago mejor dispuestos

.

A cierta altura de nuestros estudios, teníamos necesidad de cadáveres de mujeres que era menester solicitar del hospital respectivo.

Las beatas de aquel establecimiento oponian generalmente una resistencia ridícula para entregarlos y cuando lo hacian de buena gana, nos enviaban los cadáveres más inservibles.

Generalmente nos remitian viejecitas atrofiadas por los años y la consuncion ó cadáveres en estado de putrefaccion tal que hacia imposible el estudio.

Cierto dia, sin embargo, y despues de muchas instancias, hicieron una generosa excepcion á la regla.

Una mañana entramos al anfiteatro en circunstancias que el guardian se restregaba las manos con aire satisfecho.

Era un famoso ébrio consuetudinario; andaba siempre tambaleando y gruñendo por una futilidad cualquiera;—el alcoholismo crónico que lo habia degradado hasta hacerle perder sus facciones de figura humana, no le impedia manosear todo aquello como si se tratara de la cosa más sencilla.

Hablaba de los muertos, de los restos hu-

manos como hubiera podido hacerlo de las hachuras de un matadero.

El vicio había embotado su inteligencia, arruinado su sensibilidad y pervertido tan por completo sus gustos, que el alcohol que se empleaba para macerar las piezas anatómicas, y no pocas veces el que ya había servido, pasaba de las cubetas del anfiteatro al estómago del guardian con una facilidad asombrosa.

Esa mañana estaba menos ébrio que de costumbre; los compañeros traviesos no le habían hecho rabiar amenazándole con destriparlo cuando muriese; su fisonomía reflejaba cierta satisfacción, como si todo el alcohol de las cubetas circulase por sus venas; sonreía con una sonrisa babosa, dando á sus labios amoratados y carnudos un pliegue oblícuo, como si quisiera sonreirse solo por mitad; sus ojos de lobo marino hacían guiñadas, pestañeando como las lámparas de aceite próximas á extinguirse; el colorete de sus mejillas flácidas, caídas, había subido de tono:—esa mañana estaba más idiota que ébrio.

Era un hombre como de cincuenta años, pero revelaba tener más; la vida de anfiteatro y las continuas libaciones de líquidos espirituosos lo habían embrutecido; su estado normal era la ebriedad; cuando no estaba ébrio era insupportable.

La satisfacción de esa mañana provenía de que las beatas del hospital de mujeres habían mandado un cadáver en buenas condiciones para la disección.

Don Pancho, este era su nombre de anfiteatro, quien sabe si el de pila, había sacado el cadáver del humilde féretro de pino y lo había tendido sobre la mesa de mármol.

Mientras él seguía paseándose y hablando entre-dientes con monosílabos ininteligibles, nos acercamos á observar á la muerta.

Era una joven de formas bellísimas; la morbidez exuberante de sus contornos se conservaba perfectamente; se veía al primer golpe que la enfermedad había sido de corta duración y que su organización robusta y fuerte había sucumbido á un choque violento.

Completamente desnuda, con la cabeza reclinada sobre el hombro izquierdo, los brazos caídos y en flexión hacia atrás, contribuían á levantar más su seno marmóreo y amplio. Sus cabellos negros, lácios, abundantes, servían de almohada á su bella cabeza;—tenía los ojos cerrados y velados por largas pestañas, relucientes, unidas en una espesa franja que hacía más dulce la sombra que proyectaban sobre su semblante color de cera.

Una cara que debió ser muy bella y que la muerte no había alterado; sus labios pequeños, con comisuras afiladas, estaban entreabiertos, dejando ver una dentadura compacta, blanca y diminuta; la barba, redondeada como una bola de marfil, tenía en el centro una depresión, como hecha con el dedo; largas hebras de cabello estaban pegadas á sus sienes y corrían á lo largo de sus mejillas para perderse en el dorso.

Todos los atractivos de la mujer hermosa habían sido paralizados por el frío de la muerte.

La rigidez cadavérica, la corrección de sus formas contorneadas y esbeltas, la blanca mate de su cutis terso y suave, le daban el aspecto de una estatua caída de su pedestal,— pobre pedestal de fango, tal vez, en el que se había hundido para satisfacer las exigencias de la carne, que despotiza á la que se ata con cadenas á su frágil carro de triunfo.

Sus manos finas, pequeñas, delicadas, con dedos afilados, parecían haberse crispado en un esfuerzo supremo por asirse del hilo de la vida que sus ojos de moribunda veían próximo á romperse.

Sus pies de niña, diminutos, arqueados, completaban la belleza del conjunto haciendo más visible la distinción de la muerta.

No podía saberse quien era. No había en esas cuatro tablas de pino que la encerraban ninguna inscripción; en la tapa, una cruz sencilla, blanca, hecha con dos palmos de cinta clavada en los cuatros extremos. Eso era todo.

Sus ropas estaban en un rincón: un vestido

viejo, herencia de alguna otra desgraciada, y una camisa de hospital. Esos pobres trapos habian servido para amortajarla.

Cuántas reflexiones se agolpaban á nuestra imaginacion al pensar en las condiciones de ese cadáver que teníamos por delante!

No era para nosotros simplemente una muerta para la clase de anatomía que iba á ser abierta, cortada, dividida y repartida entre los alumnos, muchos de los cuales se disputarian la mejor presa. La belleza de esa mujer nos hacia entrever una historia, borrascosa, triste; una historia que se puede escribir en una página, porque la historia de todas estas desgraciadas se parece. Y si no la tenia sentíamos necesidad de inventarla, sentíamos necesidad de hacerla revivir, hacerla mirar con el fuego de sus ojos apagados, hacerla sonreir con esos labios voluptuosos, hacerla caminar, para ver mover sus flancos flexibles; animarla, darla vida, hacer latir su corazon; llevar la sangre, el calor á sus tejidos, hacer levantar como una

ola de voluptuosidad ese seno amplio, macizo, marmóreo;—convertirla en lo que era, devolverla á la vida, al calor, á la luz y cubrir la desnudez de su cuerpo con las telas finas, suaves, que más de una vez lo habrían rodeado.

Si nuestros compañeros supieran, pensábamos, que mientras ellos están en la sala, curando enfermos y aprendiendo á hacer vendajes y aplicar apósitos, nosotros estamos aquí haciendo poesia de brocha gorda, sin más testigos que la cara embrutecida y las miradas hoscas de don Pancho, cómo se reirian, qué excelente oportunidad para dar rienda suelta á sus bromas!

Un alumno de medicina, un estudiante de anatomia, que convierte los muertos pobres, vulgares, con el vientre ya medio verdoso por la putrefaccion, en estatuas caidas ó en Fantinas desgraciadas, las cabezas de ciertos muertos en imágenes del Bautista, hubiera sido una novedad impagable y se habria tenido tema para colgarle un sambenito y mortificarle durante un mes.

Poesia con las muertas del hospital!.. Una infeliz cualquiera, medio achinada, que habia caido en el hospital, como una de tantas, á ocultar sus vergüenzas y sus faltas, y á la que una *peritonitis* embarcó para la eternidad, es claro, en un cajon de pino sin chapas, sin galones plateados, sin coronas de violetas de trapo teñido, —más benéfica á la tierra por la restitucion generosa que hacia de su cuerpo, rico en materiales de combustion.

Allí concluia el ideal, la poesia, y empezaba la realidad desnuda, fria, brutal como la cara de don Pancho.

Su vida habria sido como la de todas: un dia en la opulencia despilfarrada, conquistada en la especulacion de la carne puesta en pública subasta, y los demás, en el vaiven de la miseria, de la degradacion, hasta bajar la pendiente rápida que las lleva á morir desconocidas, cansadas, en la cama de un asilo.

Don Pancho seguía paseándose, haciendo sonar el manajo de llaves que llevaba atadas de una piola llena de sangre; de vez en cuando dirigía sus miradas torcidas hácia el cadáver y meneando la cabeza parecía significar que aquello era nuevo, nunca visto, y que tal vez una buena propina por el hallazgo le facilitaría el medio de concluir el día entregado á sus mejores libaciones.

.

Llegó la hora de clase; el profesor no se dió ni por entendido de la belleza, de la *frescura*, de la morbidez del cadáver.

Empezó su lección con la seriedad que le era habitual, y los compañeros, algunos de los cuales habían fijado más la atención sobre la muerta, no podían menos de decir: ¡qué bonita habrá sido esta muchacha! ¡de qué habrá muerto?—parece que no ha sufrido mucho, pues está bien conservada—se conoce que no ha tenido familia, y otras observaciones *sotto voce* que en nada distraían al catedrático que iba

disecando pacientemente los órganos que debíamos estudiar.

Los alumnos se habían agrupado estrechándose al rededor de la mesa para escuchar mejor la lección y poder apreciar más de cerca la conformación anatómica y la disposición de las vísceras que se ponían al descubierto.

Era un momento de distracción y cuando ya no veíamos en la muerta la heroína de un idilio, ni una desgraciada que hubiese pasado por esa serie de aventuras en los vaivenes de la suerte, sino un buen *cadáver* para la clase de anatomía, nos llamó la atención un personaje exótico, cuya cabeza sobresalía por encima de las demás, y que había entrado en puntas de pie, evitando todo rumor para estar á sus anchas contemplando por entre los grupos la disección de la muerta.

La cara de ese individuo no nos era desconocida; á pesar de su flacura, de sus ojeras y de la expresión de dolor y de piedad que se dibujaba claramente en sus facciones, se aclaró

en nuestra memoria la imájen de este individuo. Era el mismo que en años atrás había hecho una entrada tan orijinal y desgraciada á la clase de física, para dar su exámen sobre los imanes.

¿Qué hacia allí? fué la primera y la más natural de las preguntas. Era, quizá, un curioso, uno de los tantos que solian olfatear el anfiteatro para *descomponerse* é ir á contar en seguida al círculo de sus amigos los *horrores* que habían presenciado con una valentia de héroes.

Ir al anfiteatro un dia de clase, cuando se abren los cadáveres y se extraen las vísceras arrolladas á la muñeca, ó se hunde la mano en la cavidad abdominal, entre la sangre negra, coagulada, para ir á desprender un riñon ó cualquier otro órgano; presenciar ese espectáculo, verlo de cerca, aspirar esos malos olores, tocar con la punta del dedo una parte cualquiera del muerto, era para los profanos una proeza que bien equivalía á la que referian otros, de haber pasado á media noche por el cementerio

sin pestañear, ó hacer apuestas de penetrar en él sin el más mínimo temor de los muertos— es claro, qué les van hacer los infelices! Referir estas aventuras acentuando los colores, agrandando el cuadro recargado por la impresionabilidad ó la exageracion de cada uno, era adquirir fama de despreocupado, de hombre hecho, y tal vez muchos de ellos se han sentido espeluznados cuando en el silencio de la noche han leído un libro de Edgard Poe sin más compañero que el silencio y el tic-tac del reloj.

Nuestro personaje no habia ido allí seguramente ni á entretenerse, ni con la despreocupacion del estudiante vago que se mete á todas partes por cohonestar su haraganeria.

Su cara decia mucho y los movimientos que hacia de vez en cuando significaban perfectamente que la escena que tenia por delante no le era indiferente.

Su permanencia allí fué de pocos momentos; en puntas de pié, callado, cabizbajo, con las manos cruzadas sobre los faldones de su levi-

ton descolorido, se dirigió al patio, donde empezó á pasearse despacio y meneando lentamente la cabeza.

En un rincon estaba el cajon de pino y las ropas de la muerta; sospechándolo, se paró delante de esos humildes despojos y desde lejos pudimos contemplarle sacando su pañuelo para enjugar sus lágrimas.

Sin saber por qué, nos inspiró compasion. A pesar de su figura ridícula, de su conjunto pobre, desairado, nos apercibimos de que ese hombre desconocido venia siguiendo el rastro del cadáver que estaba sobre la mesa de mármol.

Y ese sentimiento de compasion que experimentábamos se exaltaba mas en nuestro espíritu al pensar que, si se encontraba allí ese individuo á la terminacion de la clase, no le faltarian pullas, indirectas y hasta diabluras más pesadas con que podrian asaltarlo los compañeros.

Salimos del anfiteatro movidos por ese sentimiento, por el temor de verlo comprometido

en una broma estudiantil y por la curiosidad que sentíamos de averiguar algo sobre tan extraño individuo, á quien ya en dos ocasiones habíamos visto de una manera tan singular.

Sin vacilar nos acercamos, y con el aire de *dueños de casa* le preguntamos sin ambages si buscaba á alguno de los alumnos.

Nos miró con cierta desconfianza, y como abochornado de que se supiera el motivo que le llevaba á aquel recinto, nos dijo:—He sabido que esa muerta, en vez de ser conducida al cementerio, fué traída aquí para el estudio, y como me interesaba por esos restos he venido á cerciorarme...

—Luego, Vd. la conocía; era acaso algo de usted?

—Era todo, nos replicó con acento impetuoso, y siguió mirando con ojos idiotizados el cajon de pino y los vestidos amontonados sobre el lado del patio.

Teníamos un hilo de la *historia* y no queríamos soltarlo tan fácilmente: un retazo de no-

vela viviente por delante, una especie de libro trunco cuyos capítulos empezaban con el examen de física, con la rechifla de los alumnos, el encono de los catedráticos y la huida del *hombre de los imunes*, como lo llamábamos cada vez que nos acordábamos del exámen,—y una escena patética, conmovedora, un pequeño drama en el anfiteatro, sin que los demás lo sospecharan.

—Y qué harán con los restos del cadáver? nos preguntó de pronto.

—Los restos van al cementerio en el mismo cajon en que han venido, solos ó acompañados de otros.

Pareció disgustarle la respuesta, pues se quedó un largo rato pensativo; no quisimos decirle lo peor, es decir, que á veces no volvian al cajon ni al cementerio, pues los estudiantes los utilizaban para hacer sus preparaciones y generalmente eran preferidos los de mujer para extraer los huesos de la pelvis y los del cráneo.

Hizo entonces ademán de retirarse y efectivamente empezó á marchar hácia la puerta. Nosotros, que no le perdíamos de vista, y ménos desde el instante en que se nos ocurrió que pudiera tratarse de un individuo medio alocado, nos pusimos al lado de él y seguimos acompañándolo hasta el primer patio, donde tenían su habitacion los practicantes.

En el anfiteatro, nadie se habia apercibido de esta aparicion misteriosa.

EN EL HOSPITAL

El hospital de hombres era una especie de ciudad de enfermos. Tenia sus callejones anchos, espaciosos, rodeados de filas de corpulentas acacias, que proyectaban grandes manchones de sombra sobre los cuartujos de los

practicantes; una série de patios como plazas, algunos con dibujos y laberintos de jardin, otros incultos, abandonados, donde crecía á su antojo la yerba, que era segada de vez en cuando por uno de los locos, que tenia el triple oficio de jardinero, peon de cocina y mandadero.

Era un resto arruinado de la época colonial, un antiguo convento de padres Belermitas que sostenian con limosnas aquel recinto de caridad y en donde se refugiaban enfermos y convalescientes para compartir con los santos vañones los beneficios espirituales y corporales de la casa.

La gran puerta de entrada, maciza, clave-teada, con el corte señorial de una morada suntuosa; en seguida, el vestíbulo amplio, som-brio, pintarrajeado con figurones que no decian nada y que, sin las inscripciones emblemáticas que tenian al pie, habrian pasado desapercibi-dos; una série de puertecitas de convento á ambos lados, y despues, las salas de los enfer-

mos, formando grandes cuadras unidas por uno de sus cantos.

Respiraba por todos los ámbitos un ambiente antiguo, rancio: los sillones de baqueta labrada groseramente, los escritorios de la oficina del ecónomo, el gran péndulo que se ostentaba como una obra de arte y un recuerdo histórico de la época de la Reconquista, que se cuidaba como un objeto precioso en la sala de administracion;—era un reloj de mesa, con pié de alabastro y mármol negro, en el que se habia fijado una chapa de oro que llevaba grabada una dedicatoria de los oficiales ingleses heridos y prisioneros, y á quienes los padres Bermitas habian asistido, prodigándoles todo género de atenciones; un dístico latino completaba el pensamiento de gratitud de nuestros enemigos de entonces.

Describir en detalle el resto del hospital, seria hacer la historia de las miserias y de los dolores que se encerraban en sus cuatro paredes. Aquello era pobre, desaseado, antihigiénico, inculto.

De noche, era imponente, lúgubre, pavoroso: los grandes patios que servían de salas á los enfermos, estaban envueltos en sombras siniestras y la escasa luz de algunos mecheros de gas, les daba un aspecto fantástico; los locos vagaban por los canteros del jardín, moviéndose lentamente, cabizbajos, hablando solos ó dando gritos como ahullidos de un animal extraño; hubieran hecho retroceder al más des preocupado.

En los meses de invierno, nublados, tristes, aquella soledad, aquel silencio tenían algo de cementerio. Los árboles desnudos, mostrando el esqueleto de sus ramas secas, heladas; uno que otro enfermo que se atrevía á cruzar rápidamente aquel descampado y las hermanas de caridad con sus gorras blancas, como gaviotas con las alas abiertas, que atravesaban el jardín para ir á rezar á su capilla, la monotonía de los toques de la campana de llamada y los repiques desacompañados de las de la torre de San Telmo, la aparición de algun practicante

malhumorado y tiritando de frío, que estaba de guardia y acudía al llamado;—esta repetición sucesiva de las mismas cosas, de los mismos toques, del mismo ambiente, de los mismos dolores; los heridos, los moribundos, las mismas impresiones, los mismos padecimientos, las mismas quejas, todo aquel conjunto triste, abrumador para un espíritu débil y reflexivo, acababa por engendrar la nostalgia y nos hacía desear la libertad, la calle, las horas fuera del hospital, como á los internos de los colegios que cuentan día por día y minuto por minuto las épocas de salida.

Había, sin embargo, cierta vanidad oculta en ser practicante interno, en vivir al lado de los enfermos, en estar á la mano con todo los sufrimientos y con todas las lacras, y es por esto que se veía en las puertas de las habitaciones el nombre de cada practicante, esculpido pacientemente, como un anticipo de gloria, en ese monumento en ruina, del que hoy no quedan sino los escombros.

Habíamos instalado al *hombre de los imanes* en nuestra habitación; receloso y turbado miraba de arriba abajo las paredes, los rincones, las vigas del techo, contemplando el arreglo de la vivienda, tal vez con sorpresa de verla tan desmantelada y sombría.

Tiritaba de frío y había doblado sus largas piernas para esconder debajo de la silla sus botines agujereados; con las manos cruzadas sobre la rodillas, sostenía su sombrero de copa medio abollado y deslustrado por el uso.

Nuestro prurito era hacerlo hablar, hácernos contar en detalle todos los antecedentes de la muerta; preveíamos algo de romanesco en la vida de ese personaje que se nos presentaba con la faz simpática de una pobreza heroica:— la comparación y el tipo están buenos para entonces, para nuestro cerebro impregnado en aquella época de las lamentaciones elegiacas que nos inspiraban los libros de literatura sentimental que estaban en voga.

Ahora, lo miraríamos con la indiferencia del

que entra á un gabinete de vistas y al través de lentes ordinarios ve la desolacion y la ruina pintarrajeadas en bastidores de papel; el egoismo que levantan los desengaños pone una barrera á la sensibilidad.

Se habia acomodado en un sillón, dando más soltura á su cuerpo rígido como una tacuara, y despues de un momento de silencio y cuando ya se hubo familiarizado con nosotros por las atenciones que le prodigamos, nos dijo así de improviso:

—Esa muchacha no era mala,—tenia muy buen corazón, pero sus pasiones la dominaban completamente; era una voluntad débil para resistir á las tendencias ardientes de su organismo;—yo he luchado con ella lo que nadie podria creer, pero ni los ruegos, ni las amonestaciones, ni las amenazas han podido desviarla de su camino torcido.

Habia nacido para enfangarse, y lo ha conseguido, lo ha conseguido plenamente; reconocia el bien, sabia diferenciarlo del mal, tenia

conciencia plena de sus actos, de sus afecciones; raciocinaba como un filósofo, sabia que le causarían gran daño sus caprichos, pero su voluntad era impotente para resistir, nada ha podido detenerla.

Cuando se veía subyugada, asediada por mis cariños, por mis consejos, por mis sacrificios; cuando comprendía que me había arruinado, que había tirado á la calle mi carrera, mi porvenir, mi nombre tal vez, en el fondo de su alma me agradecía todos estos sacrificios y los beneficios que podían reportarle; pero se me escapaba, huía, pasaba los días fuera de mi casa y volvía después, abatida, enfermiza, desgreñada, con el fango hasta los ojos.

Yo quería abandonarla, echarla brutalmente de mi casa, tirarle á la cara su ingratitud, su corrupcion, en fin, hacerla crugir entre mis manos como un armazon que se destroza, pero cuando me asaltaban esas ideas horribles, me creía loco y yo mismo huía de mi habitacion para rozarme con las gentes, distraerme con

el ruido y ahuyentar los malos pensamientos que me asaltaban.

¿Cómo podía yo sostener un cariño indigno, fomentar una pasión entre un ser bueno como yo y una mujer pervertida, depravada y que se complacía en jugar con mis sentimientos, con mis palabras afectuosas, con mis demostraciones de un amor inmenso, inquebrantable?

Me dominaba, me dominaba como á un perro fiel, con sus miradas, con las sobras de sus caricias, con sus promesas de corrección y con el cansancio que solía retenerla á mi lado una semana, un mes, hasta que ya repuesta, sonriente, más hermosa que antes, más provocativa, más sensual y más serpiente que mujer, se escurría de mis manos.

Era la fatalidad que la empujaba por la pendiente: hay seres que no pueden contenerse, que no pueden dominarse; una fuerza irresistible los lanza adelante y van de carnada al delito; inconscientes, ciegos, irresponsables tal vez de sus actos, hijos de esa perturbación transitoria y frecuente que embarga su mente.

Así era esa infeliz que están destrozando en el anfiteatro.

Cámbiele el nombre, invierta el sexo, sustituya una pasión por otra, colóquela en un ambiente propicio y tendrá esa larga serie de seres anómalos, originales, depravados, delincuentes y desgraciados.

Esa mujer ha tenido sus facetas brillantes,—no era todo lodo;—tenía sus arranques buenos, sus días de arrepentimiento, de lágrimas, sus súplicas de perdón y sus propósitos de enmienda, esos sentimientos hacia el bien, ésas tendencias fugaces de reparación, esos momentos lúcidos en los que veía por delante el abismo cada vez más ahondado que ella misma cavaba á sus piés. Solía estremecerse y volvía hácia mí con los brazos tendidos, con los ojos azorados y llorosos, con las facciones alteradas por el miedo, y entonces me pedía protección, jurándome que no volvería á las andadas, que haría una vida ejemplar. Ultimamente, ya no le creí; estaba muy acostumbrado á oirla en esos

arranques, que en el fondo eran sinceros y partían de la convicción profunda de que debía cambiar de rumbo, pero que se desvanecían cuando cesaba la exaltación del momento.

Esa mujer joven, toda nervios, podía haber sido artista; se apasionaba por todo lo bello, lo grande, lo heroico; había conseguido instruírla, la hacía leer los pasajes más conmovedores de los pocos libros que tengo en mi biblioteca, levantaba en su alma sentimientos puros de religiosidad hasta el misticismo; me hice poeta para tocar la cuerda sensible de su corazón de niña; le hice entrever un mundo de bellezas en la paz del hogar, en la tranquilidad de la familia;—todo en vano: ni la religión, ni el arte, ni la felicidad tenían para ella atractivos duraderos;—estos sentimientos pasaban por su corazón y por su cerebro como ráfagas, sin dejar huella y sin modificar en nada la pasta maldita de que estaba hecha.

Era adorable en esos momentos de reflexiva mansedumbre y cuando anhelaba volver sobre

sus pasos para recuperar el tiempo perdido y emplear la fuerza de voluntad de que disponia en escuchar la voz de la razon.

Pero cuando la dominaba la pasion y ella se entregaba dócil al demonio del mal, era detestable, ébria, vulgar, ladrona, impúdica, provocativa; hubiera llegado hasta manchar sus manos con sangre si la fatalidad hubiese puesto en frente de ella un rival ó un ser cualquiera que odiase.

¡Que cúmulo de pasiones bastardas se amontonaban como nubes siniestras en ese hórizonte brillante un minuto antes!—Era como si le diese el mal: me desconocia, me insultaba, me reprochaba mi pobreza, mi carrera abandonada, mi negligencia para el trabajo, la humildad de sus ropas, la estrechez de nuestros medios de vida, la existencia retraida que llevaba y, como un animal dañino que se complace en destruirlo todo, así destrozaba una por una las ilusiones que me habia hecho concebir. Era implacable, ingrata, malvada,—su ser se trans-

formaba: erguida, pálida, desencajada, centelleando los ojos, con los puños crispados y acercándolos con movimientos nerviosos á mi rostro, me arrojaba á la cara todas las infamias que proferia su lengüete demente. Luego, huía rápidamente, y durante una temporada; sabia que iba á envilecerse, á prostituirse, á cubrirse de raso, de joyas que desgarraba y pisoteaba cuando volvía en sí de ese raptó de aberración.

Consulté á varios médicos. Uno de ellos, amigo de la infancia, que me tenía cariño sincero y que más de una vez me había tironeado, increpándome la negligencia con que miraba mi posición, no tuvo más respuesta que la de su afecto: es loca, histérica y corrompida, échala de tu casa y que siga su camino de perdición; tus esfuerzos son palos dados en el agua. Me trató duramente y cuando me oyó expresar en términos bondadosos para sus veleidades y miserias, me miró azorado, con lástima, y tal vez con desprecio. ¡Qué dirán las jentes! agregó y me dió la espalda. Yo me encojé de hombros y quedamos á mano.

Habia abandonado por ella mi familia, mis amigos, mi carrera, todo, todo lo habia sacrificado. Era un soñador; solo, desamparado, no tenia otro ser con quien vincularme; ya no me llamaba á esa mujer el atractivo sensual, no sentia la irritacion embrutecedora de la carne; —no, esa alma extraña, enferma, original, desgraciada, me tenia constantemente en jaque. Era natural que fuese mala, perversa, degradada; ¡cómo podia ser de otra manera, si su organismo estaba conformado así, pero, yo debia salvarme: queria abandonarla y hacer un esfuerzo para volver á la superficie social, de donde habia desaparecido; mi resolucion venia tarde; ya no tenia aliento; caido en el fondo, pasaba oscuro, desconocido, feliz con este incognito que me deja arrastrar tranquilamente una existencia que ya me repugna.

No sé hacer nada, no puedo ocuparme en nada: soy un hombre inútil. Una vez recojí mis libros y mis programas de estudio, intenté dar un exámen, fuí á la universidad regularmente.

preparado, pero aquel recinto, lleno de juventud, de alegría, de bullicio, de savia y de porvenir, se volvía hácia mí protestando; me rechazaba como á un ingrato, como á un hijo pródigo que vuelve al hogar con hambre pero no contrito. Todo lo encontré extraño, las caras de los compañeros me parecían más satisfechas, más alegres, más desdeñosas para mi incuria, para mi pobreza; hice esfuerzos supremos por reaccionar; mi primera impresión fué la de huir como un criminal, estaba humillado confundido; hice ánimo y penetré á la sala de exámen; llegó mi turno, y con toda la estupidez de un idiota, no supe qué decir ni qué contestar,—salí desesperado, enfermo, abochornado, me parecía que todas las risas, que todos los rumores, que todas las pullas de los estudiantes eran dirigidas á mí. En la puerta, encontré algunos compañeros que se sorprendieron de verme.

Quisieron detenerme, estrecharme la mano, preguntarme algo de mi vida, de mi ausencia,

de mi estado miserable, que debió sorprenderles;—les esquivé con toda descortesía y enfilé la calle como un hombre perseguido por la justicia.

Y, sin embargo, no sentía remordimiento; no me creía culpable, tenía un objetivo elevado, me había impuesto una misión, quería redimir á esa mujer á costa de mi propio sacrificio, sentía por ella amor y rabia, me había propuesto luchar con la fatalidad que me la arrebatava, que la transformaba como una pasta dócil, pero al fin caí vencido; era un imposible, una fantasía superior á mis fuerzas: era enderezar una planta que crecía torcida.

Un día, cuando estaba más insoportable con sus agresiones, cuando ya había agotado todos mis esfuerzos, toda mi lójica persuasiva, toda mi ternura, que en los momentos buenos la conmovía hasta hacerla llorar, y cuando llegué á persuadirme de que todos mis esfuerzos eran inútiles y de que no harían más que agrandar la mancha que me había arrojado encima, la aban-

doné con la firme resolucion de no verla más.

Mi cariño por ella no habia menguado. Oh! cuánto hubiera pagado por que fuese buena, afectuosa y hubiese correspondido á mi sacrificio.

Hace de esto pocos meses. La he visto en diversas circunstancias, la he seguido, la he espiado, y he podido comprender que si no se habia corregido, habia cambiado de manera de ser; pasó un mes sin que la viera y al leer una mañana en un diario la noticia de que se habia suicidado una jóven, tuve la sospecha de que fuera ella, por las señas, que coincidian perfectamente: su edad, su posicion y algunos otros rasgos.

La suicida, agregaba el diario, ha sido llevada moribunda al hospital de mujeres. Puse en práctica todas las diligencias posibles para verla, pero mi esfuerzo fué inútil: llegué tarde; muerta, su cadáver habia sido trasportado al hospital de hombres para servir á la clase de anatomia.

Mis presentimientos se realizaron, la infeliz se habia suicidado, habia cumplido su destino fatal, del que tantas veces la alejara mi mano que velaba sobre ella.

Muchas veces me he preguntado, qué son esos seres que cual ella cruzan la vida como inconscientes, que van á estrellarse contra el primer escollo, sin rumbo, sin concepto definido, sin saber á que atenerse y sin poder deliberar lo que harán mañana; seres que dan todo lo bueno y todo lo malo con una prodigalidad vituperable, que tienden la mano al caído para socorrerlo, para ayudarlo, para enjugar sus lágrimas, y con la misma mano generosa, noble, caritativa, borran los rasgos más simpáticos para hacerse culpables, odiosos y muchas veces criminales.

En esos cerebros así conformados hay un gérmen del mal en estado latente, que alcanza á atenuar la influencia social y la educación, pero que, en definitiva, hace sus estragos cuando la ocasión es propicia: falta el sentido moral,

falta el equilibrio, falta en el cerebro la cámara oscura donde se reflejen las imágenes reales que den la medida de los actos, de las deliberaciones, con la conciencia plena de las impresiones recibidas: son los ciegos morales que tropiezan á cada instante.

.
.

Despues de esta larga relacion, interrumpida de trecho en trecho por observaciones y recuerdos, el infeliz se levantó, nos tendió la mano y nos dijo:

—Mi mision está concluida; yo no he podido hacer más por ella; esa mujer ha salido del caos; no conocí á su familia; la recojí de la calle mezclada con barro; quise darle techo, abrigo, pan y un nombre, pero ella prefirió volver al fango de donde habia salido.

Era su destino.

EL UNICO HAMBRIENTO



EL UNICO HAMBRIENTO

La calle Florida tenia un aspecto brillante: el movimiento, el lujo, la ostentacion de las cosas y de las gentes, el vaiven de los paseantes, de los desocupados, de los mirones.

A lo largo de las aceras corrian las filas de mujeres hermosas, vestidas lujosamente, talvez con lujo demasiado ruidoso para salpicarlo en las calles desaseadas; grupos de niñas bellísimas, alegres, frescas, bulliciosas, que conversaban fuerte, dirigiéndose saludos cariñosos de vereda á vereda, como podrian hacerlo en un salon; cortesías correspondidas bien ó mal á los *gomosos*, que hacen la moda de los saludos y de las piruetas; cuchicheos mezclados de

risas y de indirectas picantes, miradas perdidas, apagadas, rescatadas con sonrisas significativas; la correspondencia en la calle de los que se entienden en la casa, en la hora de visita, y que no pueden decirse todo lo que quisieran por temor de los que ven y lo adivinan....

Corrillos de empleados que han pasado la piedra pomez y el cepillo áspero para borrar la huella de la tinta de sus dedos afilados, lustrosos, cuidados con esmero; tiesos, cepillados, ajustados á la moda rigurosa, como una llave de precision, con su *bouquet* en el ojal, sus bigotes doblados como cuernos y encerados con cosmético perfumado.

Grupos esparcidos en las esquinas, interceptándose el paso, haciendo crónica de bailes, de teatros, hablando de la Patti, de Tamagno, de Stagno, de todas esas celebridades del arte, que seducen, que entusiasman con sus notas, y que tal vez se admirarán de encontrarse reunidas en este gran centro, oyendo decir por allá que todavia bailamos en camisa al lado del fogon.

La calle Florida presentaba el aspecto de un salón inmenso, al descubierto, al aire libre; todos los paseantes hablaban fuerte, sin reposo, sin afectación, nuevos grupos se incorporaban á los ya instalados, y como si alguna noticia extraña, inusitada, hubiese producido alarma, no se oía mas que exclamaciones de sorpresa, de disgusto. Algunos se desprendían de la rueda y tomaban la calle por su cuenta, sin reparar en las señoras y en las niñas que habían venido desde media cuadra dando la última mano á un saludo especial y de circunstancia; otros atropellaban sin miramiento al primero que se le cruzaba al paso y, sin pedir disculpa ni darse por entendido de las protestas del contuso, seguían cabizbajos su camino.

La bulla, el movimiento, el cuchicheo, las risas, las exclamaciones de sorpresa, las despedidas estrepitosas, efusivas y de pésame, hacían coro al ruido de carros, carruajes y tramways que cruzaban en distintas direcciones la estrecha calle.

Aquello parecía un corso: larga fila de carruajes lujosos tirados por caballos de raza, algunos improvisados, salidos ayer del caos de la fortuna, arrastrando á sus felices dueños repantigados en sus asientos, como si toda la vida hubieran gozado de la bienaventuranza; otros revelando á los primeros su alcurnia, sus generaciones de carricoches y de antepasados retirados á la vida del campo con sus remiendos y achaques.

Las vidrieras de las casas de negocio ostentaban sus mejores objetos, como para águzar la codicia de poseerlos y sublevar los bolsillos del transeunte.

Habia en un escaparate adornado como un altar, un puñado de brillantes sueltos, sin engarce, apiñados, trasmitiéndose el brillo; piedras riquísimas, de gran valor, que parecían moverse, tiritando, como salidas de un baño. Al verlas así, movedizas por la refracción chispeante de los rayos de luz que se quebraban en sus facetas, se las creería animadas como

pescadillos saltones. Un curioso que las contemplaba con avidez, decia *sotto-voce*: dá ganas de comerlas. Talvez esos apetitos de Cleopatra aguzaban mas su bolsillo que su estómago.

Largas cadenas de perlas, haciendo guirnaldas en sus estuches de peluche, deslustradas, modestas, adheridas, como clavadas á un záfiro de gran tamaño, parecian desprendidas de un turbante y puestas allí para buscar el seno turgente que debia ostentarlas, como el pié de la cenicienta con el zapato de oro.

En seguida, la larga serie de joyas de bueno ó pésimo gusto, salpicadas de trecho en trecho por objetos de arte.

Mas allá, los tejidos, los brocados, los muebles de gran valor, lo que cuesta un ojo de la cara y parece esperar con impaciencia que lo rescaten de la exhibicion: estátuas, bustos, bronces, cerámica; — el bazar contínuo que todos conocemos, que hemos visto cien veces, y en el que buscamos institiva-

mente, al pasar, un objeto nuevo para recrear la vista.

Todo ese cúmulo de chucherías y de cosas inútiles, con su *cachet* aristocrático y la posición mágica con que están colocadas para herir mejor la retina y el bolsillo del paseante.

La concurrencia se había hecho inmensa: por momentos había que detenerse, porque se hacía difícil el tránsito; las conversaciones eran más animadas y por todas partes no se oía más que hablar del ruidoso descalabro de la Bolsa.

Era la noticia de última hora que había llegado á la calle Florida como el preludio de una catástrofe agigantada por el miedo ó por el arrepentimiento de los que habían expuesto su caudal, su crédito y tal vez su pan de cada día en la ruleta disimulada.

.

En una esquina, se había formado un corrillo democrático alrededor de dos criaturas pequeñas y harapientas que hacían gemir dos violines, sacando algunas notas de *Caramelo*, en-

tre los sonidos desacordes de sus cuerdas, chillonas como un vidrio raspado con un clavo.

Dos pequeños inmigrantes, venidos de quién sabe donde, talvez de vuelta de una gira por el mundo, en busca de fortuna y de las caricias que le niega su hogar errante.

Recibían en ese momento una ovacion de aplausos y de centavos, que les arrojaban generosamente los que se deleitaban con la escena, generosidad correspondida con una cancion popular que entonaban con voz aguda, y con acompañamiento de violin y de silbidos de los muchachos vendedores de diarios, que miraban á los artistas callejeros como colegas; la pequeña tiple podia contar á lo sumo nueve años, parecia una viejecita con su vestido largo, su delantal hasta el suelo, su pañuelo arrollado sobre el pecho y atado atrás sobre las caderas; flacucha, despeinada, de facciones acentuadas, ojos vivos, grandes, inteligentes, comprimía contra el pecho su violin como á una criatura que se acaricia para que no lllore.

Su acompañante no tenía mas edad que ella: un muchachito movedizo, despejado, con cierto aire de audacia provocativa, dibujada en los rasgos de su fisonomía picaresca; bailaba dentro de su ropa mas que holgada, y tan pronto hacia mover rápidamente el arco del violín como atrapaba en el aire una moneda de cobre que sin mirarla sepultaba en su bolsillo, conociendo por el tacto su valor.

Cuando vemos estas pobres criaturas, huérfanas de afectos y de enseñanza, rodando por las calles como pájaros sin nido, viviendo de sus propios recursos y obedeciendo tálvez á las amenazas y á la maldad de sus padres ó de sus *dueños*; llevando dibujada en el rostro la precocidad maliciosa de los que han aprendido lo malo en la materialidad brutal de las escenas que no han podido esquivar, recordamos esas crónicas que hielan el alma y en las que las víctimas han sido precisamente esos pobres parias, sacrificados á todas las crueldades y todas las aberraciones del bajo fondo humano.

Su canto, sus alegrías, sus movimientos, su indiferencia, su edad, todo esto, muy propio para disimular la realidad, nos aleja, al contemplarlas, de reflexiones amargas sobre su situación y sobre su porvenir.

.....

Algunas vidrieras empezaban á iluminarse con los focos brillantes de las lamparillas eléctricas, que ponían de relieve la inferioridad de los mecheros de gas con su luz triste y amarillenta.

La tarde empezaba á despedirse perezosamente; la neblina avanzaba por las calles como una gran bocanada de aliento; el viento molesto, frío y húmedo, daba la señal de retirada.

En medio de aquel vocerío, de aquella bulla confusa y animada, de aquel vaiven de personas y de vehículos, vimos pasar rápidamente la figura escuálida de aquel personaje romancesco que encontramos en la universidad y en el anfiteatro.

Caminaba á grandes trancos, haciendo balancear sus brazos como para no perder el equi-

librio, parábase de trecho en trecho, echaba una mirada á una vidriera, se quedaba como absorto, con la vista fija en los objetos puestos en exhibicion en alguna de ellas, sirviendo de estorbo inconsciente á los paseantes, que lo empujaban, lo codeaban, y hasta alguno, mal humorado por el encuentro, le dirigia pullas que él escuchaba con la indiferencia del que desafia el enojo ajeno con su propio fastidio.

Visto así de atrás: alto, mas flaco, con su pescuezo de cigüeña, saliendo de su leviton desteñado como empujado por los *omóplatos*, grandes, chatos, dibujados sobre la tela como un *cliché*.

Cubria su cabeza un sombrero alto de felpa, espeluznado en distintos puntos, viejo, con las alas recortadas y ribeteadas con desgarmo; aquel sombrero, medio cubierto por una tela de merino arrugada y cocida atrás con una hilera de cuentitas de vidrio, era suficiente para caracterizar el gusto, la despreocupacion financiera del dueño.

Estaba de luto, tal vez en memoria piadosa de aquella desalmada que lo había hundido en la miseria, que lo había segregado de la sociedad y que lo hacía caminar por las aceras como un escarabajo.

El infeliz tenía una cara desolada; le había crecido la barba y el cabello con el desaliño de la miseria y del abandono; las huellas de un gran padecimiento moral estaban impresas en sus miradas vagas, tristes, sin expresión; la escasez, el hambre tal vez, se pintaban en la flacura y en la palidez amarillenta de sus carnes.

Era un contraste ver aquel hombre joven, educado, con la preparación suficiente para labrarse con el trabajo una posición social, con el aspecto mal disimulado de un pobre vergonzante,—en medio de aquel bullicio, de aquella fiera continua del lujo, de la riqueza, de la distinción, empujado, desairado, mirado con desden y menosprecio por los que pasaban á su lado, esquivado tal vez por los que fueron sus

amigos y discípulos, y él, impasible, mal vestido, raído, con manchas en las ropas, mezcla de ridículo y de desprecio por las conveniencias sociales, indiferente, enfermo, caído en el marasmo del abandono, suicidándose poco á poco tal vez por la anemia de un cerebro que funciona con un solo objetivo, con una sola aspiración: no hacer nada, ser inútil, caer en el fango poco á poco como un palo roto que el mar tira á la playa en una arcada de espuma y de resaca.

Habia perdido hasta su lado sentimental; ya no se sacrificaba por una pasión que le hacía olvidar todo, que se había apoderado de su juventud y de sus ilusiones; no tenía el mérito ni el heroísmo del que lucha con la miseria y del que prefiere el amor por la ciencia, por el trabajo; ya no tenía derecho á vivir como un buzo debajo de la capa social.

Habia franqueado los dinteles de la edad seria y no podía impunemente salir á la calle á ostentar sus miserias y sus trapos sin sentirse

culpable. La lucha del trabajo era tan noble y tan elevada como la que habia gastado sus mejores fuerzas y su savia cuando abandonó la universidad para entregarse á los caprichos de una mujer.

Todo el mundo trabajaba, todo el mundo se enriquecia, por todas partes veia palpar el progreso, el bienestar.

La ciudad se habia trasformado en diez años. Si durante ese tiempo hubiese estado ausente, al volver, habria abierto la boca hasta las fauces con el asombro del débil que vé un prodigio en cada adelanto.

¿Cuál habia sido su vida? ¿Qué habia hecho? Sus ropas y su aspecto lo decian claramente.

.....

Habia tenido que cambiar de domicilio y de barrio varias veces; unas porque los alquileres se le amontonaban como enemigos y lo esperaban á fin de mes con una garra de hierro; otras, porque le echaban abajo la casa para edificar.

Estaba en un continuo vértigo; un día de asombro, otro de disgusto, y así iba rodando, hasta que tuvo que abandonar el centro y arinconarse en los suburbios. Allí mismo, no le dejaron tranquilo, los huecos se llenaron, casas y palacios se habian improvisado en pocos meses, y la soledad, el silencio, el *bienestar* que podia disfrutar, eran transitorios; los suburbios desaparecian, la ciudad iba avanzando alegre, elegante, con sus calles abiertas, adoquinadas, y el ruido, el bullicio, de que era su mortal enemigo, le tocaba una nueva retirada.

Era un inservible; su cerebro empezaba á atrofiarse en la inaccion, quiso volver á sus libros, la ciencia de su tiempo habia *envejecido*; nuevos descubrimientos, nuevos adelantos le ponian en el caso de renunciar á su empresa; la literatura, sus versos, sus versos mal rimados que figuraban en las gacetillas como intrusos, no le despertaban ya los entusiasmos que habia acariciado en su imaginacion de estudiante; el estro no se presentaba á calentar su imagi-

nacion y lo dejaba con los codos apoyados sobre la mesa, como un espiritista que no ve llegar su evocacion. Su inteligencia se habia derrumbado como se habia derrumbado su organismo. Hojeó varias veces sus papeles y se encontró con una novela empezada: la leyó y la encontró estúpida; sus personajes eran gentuza ó tipos banales que solo habrian servido para formar un romance de pacotilla sin ideales y sin objeto.

Recordó haber escrito un drama: uno de los protagonistas era un infeliz, á quien su mujer hacia *zancadillas*; él la queria de buena fé, como saben hacerse querer todas las mujeres de los dramas.

No estaba tan mal, se dijo para sí, el pasaje aquel en que muere fulana arrepentida y perdonada; estaba regular, era conmovedor, — una generosidad cicatera: perdonar porque se muere. En fin, buscó y rebuscó su manuscrito y solo pudo encontrar algunos fragmentos en una mesa, donde los ratones habian hecho una especie de inclusa.

Su cerebro, debilitado por los ayunos y por las cavilaciones que lo torturaban continuamente, le hacia padecer de largos insomnios, en los que daba rienda suelta á formar castillos en el aire, propósitos de estudio, de trabajo, reflexiones é inculpaciones amargas sobre el tiempo perdido, programas fabulosos cuya realizacion le traeria un mar de oro, en el que alguna vez podria hundir sus manos, acostumbradas á acariciar las sobras de centavos y papeles mugrientos, que solia ganar en trabajos mezquinos y que le producian apenas para saciar tres dias á la semana una hambre guardado durante tantos años; era avaro sin tener nada, avaro por miseria, por escasez; á veces, hacia sonar los centavos en sus bolsillos para experimentar una impresion voluptuosa, naciente en su sistema nervioso de neurótico y de hambriento. Cuando soñaba con la riqueza, deseaba tener un colchon de oro donde revolcarse como un perro y gozar hasta el desmayo con el cosquilleo del metal precioso.

En esas largas noches de insomnio y de frío, se tendía sobre su cama en la actitud de un muerto; cruzaba sus largos brazos sobre el pecho, detenía su respiración ruidosa, abría desmesuradamente los ojos en las tinieblas y procuraba percibir la forma de los objetos que tenía á su alrededor; á veces le parecía que todo aquello se movía lentamente y avanzaba hasta él con aire de reproche y de amenaza; figuras estrañas de hombres y de animales se dibujaban en las paredes, donde se había caído el reboque. Esos manchones negros, huecos, que tomaban en la penumbra de la vivienda las formas más caprichosas, los miraba fijamente y se pintaban después en su retina, en forma de cabezas monstruosas, que le daban escalofríos como á un niño.

Otras veces hacía desfilár ante sus ojos la figura de sus amigos y discípulos; todos ellos habían adquirido una posición social con su trabajo, con su talento, con su aspiración. Es tan fácil adquirirla!

Médicos, abogados, ingenieros, ministros, diputados, comerciantes, todos ellos estaban en la cúspide de una montaña que él miraba desde la llanura, como un pigmeo, y no se sentía ya con fuerzas suficientes para emprender el viaje en la huella escabrosa que otros habían salvado airoosamente. Veía sin envidia, sin prevención, el bienestar en los demás; hasta los mas inservibles, habían ascendido; lo que les negara el talento se los concedió la fortuna; pero al fin, á fuerza de luchar, á fuerza de caer y levantarse, habían trepado.

El estaba allí desfallecido, pobre, olvidado, sin rumbo, sin saber qué hacer, sin recursos; estaba de más, y si alguna vez su desaliento lo ponía en el colmo del abatimiento, no encontraba ni objeto á su existencia; pensaba en el suicidio, y aún este recurso supremo de los que creen haberlo perdido todo y buscan en el olvido un consuelo á su egoismo, le parecía que le negaba sus *derechos*. ¿Qué grandes dolores había sufrido? ¿qué contrariedades inten-

sas, de esas que laceran el alma en lo mas íntimo y á fuerza de gravitar sobre los espíritus apocados acaban por horadar la piedra como la gota de agua? No habia constituido un hogar, no habia perdido ninguno de esos séres queridos que al desaparecer desgarran las fibras mas sensibles; no habia sido padre; habia vivido como un parásito, soñando constantemente y viendo pasar los dias y los meses con la indiferencia del que á nada aspira ó del que aspira cosas imposibles; no era digno del suicidio, y aunque tuviese valor para poner en práctica una resolucion *heróica*, su conciencia se revelaba contra sus propósitos y lo volvía á la realidad de su impotencia.

Me moriré de hambre, solia exclamar en el silencio de la noche, interrumpiendo por un momento la hilacion de sus ideas, pero este género de muerte le parecia largo, fastidioso y tal vez no consiguiese su objeto; se habia acostumbrado, como los fakires, á los largos ayunos y tal vez podria pasarse mucho tiempo sin comer.

Pensaba en la política, en la política del día; sentía no haberse afiliado á un partido cualquiera; él consideraba eso como una masonería, en la que todos son hermanos para ayudarse; muchos de sus amigos debían todo lo que eran á sus vinculaciones políticas. Habían empezado su caudal en esa carrera y á fuerza de tesón y de habilidad habían obtenido lo que él jamás se habría imaginado.

Cuando se acordaba de algunos, mas pobres que él, y que comparaba á los ratones que le habían devorado su drama, y los veía muy ufanos, echando atrás la solapa y pasando á su lado con aire satisfecho, encontraba todavía una sonrisa en sus facciones desencajadas. Algunas veces eran exclamaciones de sorpresa y, como si los tuviese por delante, levantaba en la oscuridad de la noche su brazo largo, y flaco como una espada, para decir: tu, tu, en esa posición. . . . y luego añadía: yo debo estar loco ó ser muy desgraciado.

En el fondo, debemos hacerle justicia, sin

embargo; él no había alargado su mano para pedir, su espina dorsal estaba intacta, tiesa, rígida, y en su frente de pobre, de desgraciado, de paria, tenía un poco de altivez que no había enajenado.

Luego, miraba á la sociedad desde su cueva, sin las pretensiones de un Diógenes; él no exigía nada, no pedía nada, no era pesimista, miraba el conjunto y le parecía bueno, no tenía por qué quejarse ni hacer reproches, y su filosofía brotaba de su estómago; aspiraba muy poco, no había podido seguir su carrera, no tenía preparación para producir algo que valiese la pena de ser hojeado, no acataba tampoco en su soberbia de pobre lo que otros lanzaban con petulancia á la circulación diaria como muestras de talento; levantaba luego sus puños, comprimiéndolos fuertemente, y se decía así de improviso: aún soy fuerte, puedo trabajar, puedo conseguir dinero y tener lo que otros han conseguido: una posición holgada; lo demás, vendrá á su turno. El problema se redu-

cia para él á sacar una mano, á asirse de un dedo, á poner un pié, y luego daría el *salto*; seguramente acertaría en el golpe. Iba refinando su cálculo, sutilizando sus medios de accion, jugando una partida de ajedrez con los escasos elementos de que podía disponer.

Y así, cavilando, pensando y haciendo cálculos y signos cabalísticos en el aire, esperaba al sueño que calmase su sistema nervioso exaltado.

.

Una mañana, se despertó mas temprano que de costumbre; abrió los ojos y un signo marcado de disgusto y abatimiento se pintó en su fisonomía; estaba delante de la realidad, él, que durante cuatro ó cinco horas se habia visto trasportado por la fortuna en alas de una posicion que solo podia realizar en el sueño.

Sus trastes viejos, abandonados, parecian mofarse de su engañosa situacion: miraba alternativamente á un armario abierto de par en par, como una casa saqueada, y á un escrito-

rio de caoba, deschapado y polvoriento, que soportaba de mala gana una pila de libros, de diarios, de manuscritos entremezclados con mendrugos de pan y cortezas de frutas secas; luego, á las paredes, de donde habian emigrado algunos cuadros de regular mérito.

Quedaban los hilos colgados de clavos herumbrados, por donde se trepaban las arañas para escalar sus cuevas. Se levantó rápidamente y en un rasgo de desesperacion le dió tentacion de prender fuego á la casa; aquella miseria, aquel abandono, aquella mugre, lo ahogaban, ya no podia vivir en ese ambiente; su origen, sus antecedentes, el bienestar de que antes habia disfrutado le tironeaban el deseo de algo mejor.

En un movimiento brusco hizo rodar por el suelo una pila de libros: uno de ellos, desencuadernado, amarillento, con anotaciones garabateadas en las hojas, quedó abierto de par en par en el suelo, luciendo una curva como un vientre y en el que habia un verdadero ta-

tuage de líneas y trasados; ese librajó era su enemigo mas implacable, el que habia conseguido *ultimar* su carrera con un golpe de gracia, un libro de física que á fuerza de ser manoseado en un determinado capítulo—el libro lo hacia de por sí—bastaba tirarlo al suelo para que aquella página *funesta* que se ocupaba de los imanes quedase en exhibicion. Cuando se inclinó y se encontró con aquel capítulo ante sus ojos, toda su sangre anémica se le subió á los pómulos, se acordó de la rechifla de la universidad y de su huida en el día de exámen, y como si aquel libro fuera sensible á su enojo y á sus recuerdos, le dió un puntapié que le hizo rodar á un rincon, luego recogió piadosamente un código que le habian regalado cuando aún tuvo esperanza de seguir su carrera, lo abrió con curiosidad, leyó dos ó tres artículos y en seguida pensó que aquello se habria acomodado muy bien con sus ideas: habria sido un magistrado honrado, y modificó un poco sus pensamientos con respecto á la justicia, que habia siempre considerado como un laberinto de embrollas.

Smiles habia caido tambien sobre el enladri-llado del pavimento: lo recogió, sacudió cuidadosamente el polvo de sus hojas y lo colocó de nuevo sobre el escritorio: muy bien escrito, dijo pausadamente, tiene mucha razon Smiles, los ejemplos que encierra son de un valor incomparable, pero es poco práctico para nosotros, para nuestra sociedad nueva y de carácter diverso de la que él nos pinta; jamás podré yo realizar los ideales y los prodigios que él nos hace ver; es preciso tener una colectividad y un individuo tallado en el molde de sus personajes; todo está muy bueno, el *carácter*, el *deber*, el *ahorro*, pero, ah! la *ayuda propia*, y aquí se quedó meneando tristemente la cabeza. En ese momento se fijó que una hormiga luchaba con todas sus fuerzas por levantar del escritorio un pedazo de corteza de nuez, y que otra, cargada con igual materia, se arrastraba bamboleándose hasta el borde de la mesa para llevar ufana su hallazgo. Esta leccion, dada así de improviso, con toda la elocuencia de un

hecho tantas veces admirado y tomado como ejemplo de trabajo, de perseverancia, de paciencia, le hizo abochornar. . . Meneó de nuevo la cabeza y dijo con acento de reproche: Smiles tiene razon, soy un necio.

En el derrumbe de libros y folletos habia caido tambien Zola; los mejores representantes de su ingenio original estaban en el suelo: *l'Assommoir* y *Nana*, comprados en un monte-pio de libros viejos, esparcian á su alrededor esa atmósfera acre y malsana que impregna el papel manoseado como el aliento de los ebrios que se tambaleaban en sus páginas.

Recojió á *Nana* y estuvo hojeándola pacientemente; deteníase de vez en cuando para exclamar: oh! estupendo, qué estilo, qué belleza, qué naturalidad, que filosofía amarga y positiva! Al llegar al último párrafo, pareció estremecerse, dejó caer el libro como si hubiese tocado la mano temblorosa y cubierta de pústulas de viruela de la infeliz *Nana*! Luego, dijo en-

tre dientes: á Berlin, á Berlin, y haciendo un jesto añadió: quizá.

.
Tomó en seguida *l'Assommoir* y se sentó, cruzando sus canillas, en un sillón medio derrengado que hacia los honores del mobiliario abigarrado de la vivienda.

Muchas veces se habia deleitado leyendo esas páginas, conocia la historia de cada uno de sus personajes, les habia seguido en sus evoluciones y en las distintas fases de su vida, como si fueran antiguos camaradas; se habia vinculado á su suerte por el parentesco de la miseria y de las ideas, tenia allí sus simpatias, sus rencores, sus enemigos, y tan pronto se sentía conmovido al leer la historia de Gervasia, buena, hacendosa, infatigable, como se indignaba por las brutalidades de su marido, que habia caido del taller á la taberna y de la taberna al hospital en las convulsiones estrepitosas del *delirium tremens*.

Odiaba á muerte á Lantier: ocioso, embus-

tero, egoísta, con el refinamiento simulado de un animal felino que acecha pacientemente su presa; suave, reluciente, enmelado como una babosa, siempre sonriente, atento, lleno de chiste, haciéndose rogar con cierto aire de señor que le daba superioridad entre la turba de sus amigotes, y cierta preferencia mal disimulada entre las mujeres.

Lantier era su pesadilla: cuando leía *l'Assommoir* y aparecía el abominado personaje, solía doblar la hoja y exclamar: eh! miserable, eres el mas peligroso y el mas malvado del gremio.

Cuando llegaba á la escena de la entrada de Gervasia á casa de la Larilleaux, para darle parte de su casamiento en esa noche de verano sofocante, mientras la hermana del que iba á ser su esposa estaba ayudando á su marido en ese taller estrecho, sombrío, caldeado por el hornillo, nada le parecía mas desolador que esa miseria cubierta por el polvo de oro que sacaba Larilleaux al limar el engranaje de las ca-

denas; miraba á esos dos personajes trabajando como bestias, arremangados, sudorosos, despechugados, calentando una marmita de patatas al lado de un crisol, lanzando miradas de desconfianza á Gervasia y mirando al suelo por el temor de que se le adhiriese algun desperdicio; groseros, huraños, fastidiados, jadeantes en un rincon de un quinto piso, haciendo lo posible para que Gervasia se fuese lo mas pronto para no interrumpir su tarea que les importaba algunos céntimos.

Esta es miseria de buena ley, esta es calamidad que aquí no se conoce, y cuando Gervasia, tímida y contrariada, abandonaba el tugurio de los que iban á ser sus cuñados y la veía en el boulevard, en donde la habia seguido su imaginacion, respiraba ampliamente, se pasaba su pañuelo por la frente como si él tambien hubiese estado encerrado al lado del hornillo, y exclamaba: gracias á Dios, no cuesta tanto aquí el pan nuestro de cada dia.

El viejo Mouche se le presentaba como un

perro sin dueño, cubierto de lanas sucias, enlodadas, que se arrastraba tanteando en la oscuridad con su mano larga, descarnada, venosa, agitada por el temblor senil, á su cueva infecta debajo de la escalera. Este personaje, idiotizado por el alcohol y por el hambre, le producía escalofríos. . . . Para sus adentros solía decir: alguna vez seré así.

.

Se había detenido un par de horas en la lectura de este libro.

Su cabeza estaba llena de las escenas de *l'Assommoir*: toda una sociedad de obreros, de viciosos, de ebrios, desfilaba ante sus ojos; se había revuelto una capa social como un avispero:—su índole, sus tendencias, sus pasiones, sus vicios estaban estrechamente eslabonados con sus recursos—todo era lógico—eran factores naturales del capital que absorbe, del trabajo que despotiza, que gasta, que caldea al lado de la fragua, que agota, que consume la carne humana, machacándola diariamente

en el yunque, haciendo brotar de los poros la savia vigorosa como las chispas brillantes de un hierro incandescente.

La usina, devorando en sus grandes bocas, llenas de llamas, al obrero; el carbon infiltrándose en sus pulmones para destruir su trama delicada, y luego un salario escatimado y que apénas alcanza para cubrir las primeras necesidades.

La contribucion de carne humana que se siente oprimida, sofocada, que se retuerce, que se ajita y que estalla por último en las huelgas, en el alcoholismo y en la comuna.

Del taller al hogar, la taberna como estacion intermedia, como una tregua engañadora, el embrutecimiento gradual por el vicio, desde el licor inocente que habitúa el paladar, que lo estimula, hasta la *bala rasa* que se mezcla á la sangre, que se infiltra en los tejidos, que llega al corazon para curtir sus válvulas, para estrechar sus orificios y romper su ritmo con las convulsiones angustiosas de una enfermedad

incurable; el abotagamiento físico con las hinchazones, las hidropesías, trasluciéndose en la cara, en la expresión, en la mirada, burlando la engañosa insistencia de ocultar el vicio con la placidez de la sonrisa de una fisonomía de idiota.

Una enfermedad del corazón era para él una cosa horrible; había seguido paso á paso los estragos ocasionados por una dolencia de este género en uno de sus parientes, y recordaba perfectamente todo lo que había sufrido; lo veía en sus transformaciones sucesivas y á medida que la enfermedad había hecho sus progresos, le parecía que aquel hombre se iba despojando de su cubierta exterior, de fisonomía y de expresión, para quedar en el último período convertido en un organismo blanduzco, fofo, trasparente, una especie de hombre de cera donde el dedo dejaba constantemente su huella al comprimirlo.

Había cerrado el libro y continuaba haciendo reflexiones sobre los diversos tópicos que ha-

bia hojeado; esa larga fila de seres desgraciados, enfermos, enviciados, abatidos por el trabajo, por las necesidades, sin estímulo, sin aspiraciones, sin mas compensacion que un dia de fiesta legítimo para tomar una revancha en el descanso.

Le pareció lúgubre, horrible la existencia de esa gente sedienta de alcohol.

Y luego, el criterio de todos ellos ajustado á su condicion miserable. Sus ideas, sus afecciones, su familia, todo remojado en el vino, en las bebidas espirituosas.

Su cerebro trastornado, desquiciado, perdiendo sus facultades de dirigir el equilibrio de la máquina humana; las observaciones del carácter, la postracion moral, la locura, el delito, el caos de la neurosis trasmitiéndose á la generacion para imprimirle el sello del oríjen insano.

Esas cabezas delirantes, y esos seres envilecidos, degradados, eran capaces de todas las monstruosidades, de todos los trastornos sociales.

El manicomio y la cárcel los tomaba bajo su amparo; enfermos criminales, inconscientes, caían allí como acorralados por la sociedad que quiere vivir bien, tranquila, holgada, sin codearse con el peligro y sin escuchar el dolor.

Ah! si tuviese talento, exclamó, arrojando el libro sobre la mesa; qué me importaría la fortuna, el bienestar, la opinion pública! todo sería pequeño á mi lado; cómo me levantaría por encima del nivel comun; qué pequeñas, qué frívolas serian para mí tantas cosas que hoy me preocupan: esa lucha, ese afan constante por aspirar lo mejor, esas emulaciones que marean la masa social y hacen germinar tantas miserias por lo que cabe en el puño de un niños!

¡Qué bien me encontraria en un gabinete con mis libros predilectos, dando rienda suelta á mis aspiraciones, á las tendencias de mi espíritu; qué feliz me despertaria, siendo útil á esta misma sociedad, que no me conoce, para la que paso desapercibido!

¡Ah! esta es la miseria de allá, que abre sus

siete fauces con hambre insaciable; este es el pauperismo que clava su garra de buitre en el corazón de aquella sociedad secular!

Aquí. . . el único hambriento soy yo.

TRANSFORMISMO



TRASFORMISMO

Despues de aquella lectura, su espíritu habia sufrido una especie de conmocion.

Era la primera vez que la verdad se destacaba de sus libros, surjiendo espontánea, y con formas perfectamente delineadas, para ir á grabarse en su cerebro.

No eran ya romances, que hojeaba por entretenimiento y para emplear en algo las largas horas de ocio que constituian la mayor parte de sus dias,—romances que leia distraido, sin preocuparse de la intencion del autor,—personajes que seguia maquinalmente en la lectura, y que, á poco andar, perdia de vista en los capítulos que salteaba, estimulado por el desenlace.

Los personajes con quienes se había entretenido tenían un relieve real; le parecían conocidos y hasta encontró semejanza entre alguno de los que él había tratado y la runfla de *l'Assommoir*.

Por momentos iba á completar el cuadro; no le hubiera faltado mucho 'para codearse con ellos y formar parte de la comitiva.

Cuando pensaba en esta circunstancia, en estos puntos de contacto, veía que era fácil suprimir ciertas angulosidades de *A* ó *B* para decir: —ese soy yo en cuerpo y alma. El, que iba bajando las gradas carcomidas del desquicio, sin la esperanza de encontrar un punto de apoyo firme para el porvenir.

La idea de que la miseria lo condujese al vicio, á la degradacion, á la inutilidad que gravita sobre la masa social como un estorbo, hacia sublevar en sus sentimientos un poco de dignidad y le hacia aventurar un propósito firme, inconvencible, de cambiar de situacion.

Ideas nuevas, revestidas con colores halaga-

dores, empezaron á trepar por las sinuosidades de su cerebro, ideas que ya no desechaba como utopias ó cosas imposibles de realizar; por el contrario, sentia el calor de la juventud [y del entusiasmo estenderse por sus músculos, por su cabeza, por su sangre, cuya circulacion empezaba á acelerarse. Temia volverse de nuevo poeta y que las frivolidades de su pensamiento lo ataran con sus redes sutiles y tentadoras.

Estaba persuadido de que le faltaba talento para levantar su nombre en la esfera de la originalidad y de que, en vez de aplausos, cosecharia la indiferencia y las críticas amargas de los lobos de la literatura que esperan en la encrucijada alguna oveja inocente.

—Nada de poesia, exclamó de pronto, levantando su brazo como un estandarte de guerra....Nada de poesia...Homero, Dante, Shakespeare...me despido de ustedes...tal vez para siempre.

Estoy harto de Aquiles, de Héctor y de Ca-

sandra; en cambio, mis bolsillos están más escuálidos que el estómago del conde Ugolino y la Beatriz que me ha tocado en lote no merece ni los honores del infierno. Basta de Ofelias enloquecidas y de Hamlets meditabundos y filósofos; estamos en una época de positivismo y el corazón está en el bolsillo.

Pero no; aquí adentro hay algo que me vigila, que me observa y que me hace reconciliar conmigo mismo cuando un mal pensamiento viene á enturbiar por un instante la calma de que disfruto, y al decir esto, se golpeaba con la mano abierta en medio del pecho, como si quisiera hacer un llamado á algun ser oculto dentro su cuerpo.

Se puede ser hombre de bien y hombre de fortuna, se puede alcanzar la cima sin dislocar el espinazo, se puede comprimir puñados de dinero sin que la mano quede embadurnada; no hay que tener miedo del que dirán por ser honesto....yo no necesito ese freno....aún puedo ruborizarme...Por otra parte, no tengo na-

da...ni un centésimo, y al hablar así dió vuelta sus bolsillos, que parecian dos vientres destripados.

No valgo nada, dijo encojiéndose de hombros, soy una nulidad: en arte, no distingo la recta de la curva; en finanzas...bah! las finanzas se aprenden en un momento....

He manoseado unos cuantos libros que han hecho la gloria de sus autores, me he asimilado una media docena de ideas, he podido codearme con las producciones de esos génius que han pasado sobre millones de hombres, los he leído y releído, los sé de memoria,—y ahora me pregunto: ¿qué me hago yo de todos esos conocimientos? ¿qué empleo doy á ese caudal de ideas cultivadas con tanto esmero en mi memoria y guardadas como un tesoro?

Dicen que el saber no estorba...Bah! si yo no supiera tantas cosas, si no tuviera un bagaje de ilustracion que me hace presumido, si fuera un individuo así, á la llana, un buen burgues cualquiera, tendria mi negocio, mis comodida-

des, sería propietario, habría llegado á ser concejal, tomaría parte en los negocios públicos, me pondría guantes los domingos y muy señor mío que andaría luciendo mis carrillos y mi vientre....Sería concejal, volvió á repetir lentamente, y luego, riéndose con ironía, añadió: qué disparate!

Esa vida, así material y fatigosa, no se ha hecho para mis músculos ni para mi cerebro; esa existencia prosáica, que nos despierta todas las mañanas con un golpe de puño en el pecho, como un mazaso, y nos indica el camino del trabajo....No, no he nacido para eso.

Mi constitucion y mi temperamento me han llevado por otros rumbos; he seguido á los poetas como una mujer enamorada, he gozado con sus versos, con sus bellezas, con sus sueños, he vinculado mi espíritu con el suyo, he llorado con sus lágrimas y batido palmas con sus triunfos.

Cuando he visto su vida aporreada por las gentes, la humanidad me ha parecido más vul-

gar y más egoista, y sobre ese modelo he ido calcando mis ideas y mi criterio.

Después que un hombre rinde su savia, su tranquilidad y su génio, se dá un puntapié á su nombre y á sus huesos... Ah! la posteridad se presenta compungida, los va olfateando como un perro, los encuentra, los desentierra, los coloca bajo el amparo del mármol y del bronce y los cubre con su manto de gloria.

Y hablando así, con cierto encono y con la aspereza de lenguaje de un individuo superior que vé á sus piés los hombres y las cosas, se iba engolfando insensiblemente en la filosofía descarnada del pesimista que todo lo vé sombrío y próximo á zozobrar.

Accesible solo á lo bueno, encontraba por todas partes las rugosidades de la vida real; la verdad le hacia daño, le producía la misma impresion del que, sin saberlo, acaricia el lomo de una víbora; soñador sempiterno con la fortuna, esperando como los niños que la hada benéfica se le apareciese un buen día colmándole de dones.

Tenia épocas en que estaba arrinconado, huraño; si en esos momentos alguien lo hubiese arrojado á la calle en medio del bullicio y del movimiento, al contacto de los hombres y en el comercio de las ideas y de los hechos, habria disparado como un animal aquerenciado que no puede vivir fuera de su cueva.

En los instantes de exaltacion maniaca solia exclamar: yo debí ser fraile; en ningun caso habria encontrado mejor ambiente para mi inercia.

Oh! si hubiese sido fraile cuánto bien-habria hecho á mis semejantes....Es imposible, me falta la fé y no concibo mayor sacrificio que estar mintiendo en obras y en hechos cuando no se cree en nada. ¡Qué ideal, qué bella mision seria la del sacerdote que ajustase sus actos al evangelio!....pero, hasta allí ha llegado la ráfaga del positivismo que materializa todo, y es por esto que hemos levantado el pico, afanados en demoler el edificio vetusto que cuenta diez y nueve siglos de existencia: los cimien-

tos están descubiertos, pero la piedra secular resiste al choque....los mercaderes han invadido otra vez el templo y las gentes se rien de la excomunion y del fuego eterno.

La mejilla está harta de lodo y bófetadas y nadie presenta la otra para recibir el estigma afrentoso que le conquistó el reino de los cielos.

Los bienaventurados pobres de espíritu van á los manicomios; la jente tiene hambre y sed de vida holgada; Belcebú se ha llamado á sosiego, hartó de perder almas y de achicharrar infelices en sus hornallas.

Venga el nuevo Mesias con el brazo nervudo, fuerte, la cara sudorosa cubierta de polvo y de carbon, el pecho cuadrado y velludo, y empuje con mano firme ese organismo de entrañas de fuego que vá tragando distancias, dando alaridos de regocijo.

Esta es la lucha fructífera del siglo que va colmando de bienestar y de riqueza á las generaciones que surjen con otras ideas y con horizontes sin nubes.

El que espera que un rayo de sol le caliente el vientre, habrá perdido su tiempo; la golondrina habrá hecho ya su nido sobre el techo y se habrá buscado el alimento para sus pichones.

Estamos en la época de la neurosis: la enfermedad de los inútiles, de los débiles, de los pusilánimes, de los que tienen un muro chino delante de los ojos.

Después de esta declamación enfática, se quedó un rato pensativo. Luego añadió: el trabajo rudo, continuo, sin tréguas, que lleve su contingente al seno de las sociedades para mejorar sus condiciones y ostentar con legítimo orgullo el terror levantado en la aridez del desierto.... Pobres zánganos, no hacemos más que devorar la colmena hasta ver las tablas del barril que la encierra.

En esta sociedad nueva, cosmopolita, que vá improvisando todo, que se desarrolla con rapidez vertiginosa y que no se preocupa de lo que el hombre es, sino de lo que vale, yo me

he cerrado las puertas, aquí donde á nadie se niega la entrada; ámplias y abiertas están de par en par, y entre todo el que quiera y tenga deseos de trabajar, venga de donde viniere; traiga ideas nuevas, traiga su contingente de buena voluntad, y aunque sus bolsillos estén como los míos, encontrará barro á mano y nadie se reirá de su nariz y su joroba.

Oh! es bochornoso languidecer en la inacción y esperar que nos pongan el pan en la boca amasado y caliente.

Estoy metido en un callejon sin salida, y al decir esto miraba sus ropas que empezaban á desprenderse de sus costuras como una montura vieja; echó una ojeada á su sombrero que estaba colocado como un maniquí sobre una percha; al mirarlo así, á la distancia, le parecia que se habia conmovido y espeluznado más con su discurso; se veia él mismo debajo de su copa abollada y se tuvo lástima; ¡qué ridículo debo estar con ese sombrero! ¡cómo se reirán de mí los que pasan! bah! ya lo cambiaré por otro.

Se fijó que tenía todavía el luto y que este había tomado un color verde bronceado; se levantó rápidamente, tomó el sombrero indefenso y le arrancó el merino, diciendo: basta de duelos indignos y de romanticismo absurdo. Dirigió en seguida una mirada fiscalizadora á todos los ámbitos de su vivienda: esa mañana le pareció más pobre, más desaseada; le parecía imposible que hubiese podido soportar tanto tiempo la presencia de esos muebles y de esas paredes; le dió repugnancia, fastidio, y sin preocuparse de lo que quedaba, tomó de nuevo su sombrero, y dejando puertas y ventanas abiertas, se lanzó fuera con una cara de demente.

En la calle, hizo la firme resolución de no volver á su casa. Estaba harto de vivir en la cueva y de aspirar constantemente el ambiente rancio de la miseria en un país donde todos hacían fortuna sin gran esfuerzo.

Era un gran culpable y sus propósitos de enmienda tal vez llegaran tarde.

Miraba el reverso de su situación y veía el

buen camino, ámplio, venturoso, para llegar á conquistar un puesto al lado de los demás.

.

Era un día espléndido, de esos que elegía siempre para vagar y que los tenía gastados por docenas en echar cuentas de desocupado sin arribar á nada práctico; había adquirido un poco de buen humor; su cara enjuta, angulosa y macilenta, intentaba un esfuerzo para acomodar una sonrisa y saludar así á la naturaleza que reparte generosa el aroma de sus flores y empuja suavemente un rayo brillante al través de las rendijas.

Tendré mi pedazo de sol, tibio, que me acaricie la frente sin egoísmo y sin interés; tendré una pantalla verde que me dé sombra suave, soñadora, y luego, mis pulmones aguerridos contra los miasmas tendrán oxígeno de sobra para dilatar ampliamente sus vesículas.

¡Qué agradable es todo esto! pensó después para sí.

El sol, el aire, las flores, la sombra dulcisi-

ma de las plantas, todo le parecía encantador; poetizaba lo que tantas veces había mirado con indiferencia; sensaciones nuevas recorrían su cerebro como ondas eléctricas que van á despertar impresiones adormecidas de otros tiempos, y un bienestar desconocido confortaba su organismo derrumbado.

A medida que iba avanzando por las calles se sentía fuerte, vigoroso, capaz de algo que significara un esfuerzo, y hablando entre dientes, gesticulando como un poseído, iba haciendo planes y cálculos de esos que tantas veces había apuntado en su imaginación y que se habían desvanecido como un palo dado en el agua.

Andando así, lentamente, tropezando, empujando distraído á los transeuntes, oyendo á sus espaldas algunos refunfuños y amenazas de los que eran agredidos inconscientemente por ese personaje curioso, llegó á desembocar en la plaza del Retiro; se detuvo un momento, indeciso, en la esquina; respiró fuertemente el aire em-

balsamado que venia del rio, y como si no se atreviese á andar solo por aquel descampado, retrocedió algunos pasos. Le parecia que iba á sufrir el vértigo del vacio, estaba acostumbrado á pasar dias y semanas encerrado en su vivienda estrecha, sombría, aplastada, bajo un techo que se tocaba estirando el brazo, y aquel aire fresco, aquel espacio cubierto de vejetacion, aquel cielo azulado, diáfano, apenas surcado por pequeñas nubes que asomaban timidamente para desvanecerse en seguida; la hora, el silencio, la luz radiante que iluminaba el paisaje, todo este conjunto indiferente para los que están acostumbrados á no detenerse á contemplarlo, era para él una novedad, un estímulo, un atractivo que lo hacia cambiar insensiblemente de rumbo y que ahuyentaba de su espíritu las ideas sombrías que lo habian amarrado hasta entonces como un tronco hueco y carcomido.

.

Habia llegado lentamente hasta la plaza. Despues de vagar algunos momentos alrede-

dor del césped, despues de haber hecho una excursion á la gruta y haber recorrido con una sonrisa desdeñosa sus laberintos de ladrillo revocado, fué á buscar un sitio solitario á la sombra de un paraiso corpulento que se habia librado milagrosamente de la furia de devastacion que habia exterminado^{ya} sus compañeros.

Bajo la tupida copa de verdura se proyectaba una mancha suave de fresca sombra que invitaba al reposo: se sentó en un banco rústico, estiró sus largas piernas, echó para atrás su cuerpo delgado que crujió como un armarzon de caña, y poniendo cuidadosamente sobre el césped su sombrero de felpa raída y verdosa, se entregó á un éxtasis infable.

Largo rato permanecié así, con los ojos cerrados, la cabeza recostada sobre el tronco del árbol que le servia de respaldo, aspirando á sorbos las ráfagas de aire embalsamado que ajitaban sus cabellos. Se sentia bien en aquel recinto, lejos del bullicio, arrullado por el murmullo de las hojas y por el zumbido de los in-

sectos que se disputaban una gota de esencia en el cáliz de las flores.

Sus nervios empezaban á calmarse y su corazón de anémico, que latía fatigado y tumultuoso, fué regularizando su ritmo para derramar con las ondas de sangre más rica la placidez bienhechora á su cerebro de neurótico.

Muchos minutos pasó en este éxtasis, acariciando sus sueños, sus promesas, y un porvenir que se le había presentado hasta entonces como un borron de tinta en las faldas de una vírgen.

Sus sueños iban tomando formas cada vez más caprichosas y halagadoras; se veía transportado á un bienestar envidiable por un camino accesible, fácil, un enjambre de manos amigas procuraban tomar las suyas; sus antiguos compañeros estaban allí, ricos, encumbrados, felices; ya no lo miraban de reojo, ni con desprecio; tenía hogar, familia, fortuna: estaba transformado.

Por nada de este mundo habría abierto los

ojos; era tan feliz en esos momentos, que ponía todo su empeño en prolongar esta dicha que tan pocas veces había disfrutado.

.....

Cuando despertó, el sol estaba ardiente; serían próximamente las doce; algunas mariposas doradas cruzaban delante de sus ojos, haciendo círculos voluptuosos y perdiéndose en los pequeños bosquecillos del césped; el ambiente estaba saturado del perfume de las flores, y su cuerpo enervado lo retenía en su asiento á pesar de su voluntad de alejarse de allí.

A lo lejos empezó á divisar una caravana de hombres, mujeres y niños que parecían acudir á alguna fèria.

Era una larga fila de inmigrantes que cruzaban la plaza marchando detrás de sus equipajes que ellos mismos ayudaban á trasportar.

Jóvenes en su mayor parte, fuertes, vigorosos, con esa robustez peculiar á los hijos de las montañas.

Vestían sus mejores trajes: los hombres sus

chaquetillas lustrosas, con botones de metal, colgadas del hombro derecho, y dejando ver su camisa blanca, ámplia, de hilo crudo, sujeta al cuello con un pañuelo de seda multicolor; sombrero de fieltro, en cuya cinta habían colocado algunos una pluma; el brazo izquierdo desnudo, musculoso, férreo; caras plácidas, de hombres sanos, contentos, sanguíneos; hablaban fuerte en su dialecto especial, echando tal vez sus cuentas sobre la probabilidad de una próxima fortuna.

Algunos llevaban en sus brazos criaturas rollizas, rubias, con la plasticidad exuberante de la buena pasta con que estaban amasados; otros iban encorvados, cargando sobre sus espaldas cuadradas sus baules y sus balijas, jadeantes, colorados, dejando caer gruesas gotas de sudor sobre la arena caliente y brillante del suelo. Las mujeres con sus trajes de aldeanas de colores vivos, con sus caderas anchas, redondeadas, sobre las que apoyaban negligentemente su mano.

De facciones correctas, y algunas hasta hermosas, con sus colores de manzana madura, sus grandes ojos negros, vivos y de mirar curioso; dentadura fuerte, blanca, compacta, y un seno elevado, turgente, capaz de alimentar tres chiquuelos hambrientos; cubria su cabeza un pañuelo de lanilla de fondo gris con flores estampadas, atado adelante con un nudo abierto: una simple vuelta para que los dos extremos de sus puntas simétricas caigan con igual armonia sobre los hombros; la garganta descubierta, blanca, ostentando vueltas de cadenas de gruesas cuentas de oro, en cuyo centro colgaban amuletos de coral ó la imájen venerada de la *madonna* de su aldea.

Iban caminando lentamente detrás del carro de sus equipajes: un gran carro en el que se habia apiñado una pirámide de baules, de baliijas, de cestas nuevas, en cuyos escalones iban sentados algunos de los inmigrantes, en mangas de camisa, con el pecho descubierto, quemado por el sol, y á la sombra de grandes pa-

raguas verdes y colorados para proteger á los niños que estaban allí prendidos al pecho de las madres recostadas cómodamente contra las balijas.

Era una especie de marcha triunfal á las doce del día bajo los rayos del sol ardiente; parecía una ovacion á este pedazo de la América, cuya fama corre hasta golpear las puertas de las aldeas más remotas, en busca de brazos vigorosos con la insignia de la mies y del arado.

¡Cuántos se acordarian de sus hogares y de su cielo, á quienes habian saludado por última vez al doblar el camino de sus queridas montañas, enviando una despedida cariñosa al campanario de su aldea que parecía asomarse empinado desde el fondo del valle para decirles una vez más: aquí les esperò....hasta la vuelta!

.....

Nuestro hombre estaba absorto. Contemplaba ese espectáculo tantas veces reproducido en nuestras calles y sin saber por qué experimentaba un sentimiento de tristeza....Era una nueva humillacion para su estado.

Esas pobres gentes que desfilaban ante sus ojos, contentas, fuertes, despreocupadas; que venian á una tierra extraña con la promesa halagadora de un bienestar que en la suya no habian conseguido; que habian abandonado su aldea, su hogar, sus afecciones; que habian reunido todos sus pobres haberes para venir á la América; que los habian alojado á bordo como fardos, sufriendo todas las inclemencias de su pobreza, le daban envidia, le despertaban un sentimiento de admiracion y de cariño y hubiese deseado ser fuerte como ellos para incorporarse á esa comitiva y lanzarse él tambien á las colonias á surcar la tierra con el arado.

Pero él, era un señor; sabia muchas cosas, habia estudiado, habia aprendido lo que esos infelices ignoraban y no aprenderian nunca; la sociedad le pasaba un nudo al cuello del que no podia desasirse; él era hombre culto, vestía ropas ruidas, és cierto, pero estaban blasonadas con el corte de la moda; en cambio, esas

ciaquetillas de pana y de estameña le parecían afrentosas para un hombre de su especie. Sin embargo, nunca halló más irónica esa civilización que todo lo ajusta á las formas y á las conveniencias, que lo convertía en un maniquí desus propias pasiones y que no le dejaba dar un paso sin ponérsele por delante y decirle con aire de reproche: este es tu camino.

No puedo ser como ellos, dijo lentamente; estoy vinculado para siempre á esta miseria que me abruma, y cuando ellos hayan adquirido fortuna, bienestar, y vuelvan por aquí, alegres, satisfechos regresando por el camino que han venido, holgados en sus trajes de paño y en su camisa de batista, con aire de señores, acompañados de sus hijos con el tipo varonil que yo he perdido, pasarán orgullosos, fuertes todavía, bendiciendo la hospitalidad recibida y dejando con tristeza el penacho de humo de su fábrica, zumbando en sus oídos la rueda del molino ó pintada en la retina la llanura inmensa cubierta de espigas y de verdura, para ir á

divisar de nuevo la cumbre de las montañas y á cumplir en romería la promesa á su *madonna* protectora.

Yo estaré allí, dijo, y extendió su brazo en direccion al cementerio.

SIN AMIGOS!



SIN AMIGOS!

Un amigo!

Era para él un problema:—un amigo verdadero, leal, capaz de sentir en toda su noble expansion ese sentimiento delicado que vincula á los hombres, capaz de comprenderlo, de tolerarlo, de ayudarlo con desinterés y de estrechar su mano sin egoismo. El no creia que ese sér pudiese existir; por el contrario, veia siempre las medias tintas del interés personal, del cálculo, de las conveniencias, envolviendo lo que en el comercio de la vida social se llama pomposamente amistad.

Huía de sus condiscípulos, de sus relaciones; miraba con indiferencia á todos aquellos que en otro tiempo habian constituido el núcleo de

sus afecciones y le bastaba el menor signo que pudiese dar lugar á una interpretacion desfavorable, para borrar inmediatamente al *sospechoso* y no reemplazarlo nunca.

¿Para qué me quieren? se preguntaba alguna vez, coherente con sus ideas. Si estuviese en una posicion encumbrada, si pudiese dispensar favores, si mi nombre rodase como una bola de nieve por la cuesta de la montaña y mi influencia tuviese siempre un nivel alto, ya los tendria por docenas, solícitos, cariñosos, dispuestos á todo, adivinándome el gusto por agradarme. Podria contarlos, reunirlos, dividirlos en categorias, y luego, elegir aquellos mas *flexibles* para darme el lujo de tener *amigos*, de verme *acariciado*, *entretenido* y aclamado por todas partes como un hombre de valer.

Parece que hoy se entiende así la amistad. Tal como soy ahora, seria locura pretender encontrar un alma piadosa que me hiciera el favorde ser mi amigo. ¿Qué podria ofrecerle?.... Mis miserias!

Ah! pero yo veo, desde mi rincon, á esos pobres cómicos de la amistad, prepararse, tomar posturas, arrodillarse, hacer gimnasia de saludos, de apretones de manos, de sonrisas, de sorpresas interesadas, de exclamaciones de júbilo, de dolor, de simpatía; con moverse, irritarse, llorar con lágrimas de repente, con indignacion que sale de la larinje cuando vociferan y juran que tienen el corazon dividido en terrones... Bah! agregaba con ironía, qué sacrificio mezquino y bajo se imponen esos desgraciados! Más les valiera mostrarse tales cuales son, sin hacer el esfuerzo de esos afeites que alguna vez acaban por olvidar para dejarse sorprender en pleno público, accionando con entusiasmo, sin oír las burlas de los bastidores.

— Seres así, decia para sus adentros y levantaba á la altura de sus ojos su mano izquierda haciendo una paralela estrecha con el índice y el pulgar.

Peor para ellos.

Se miraba luego con detencion y agregaba:

mi presencia, mi traje, mi aspecto, todo en mi está combinado para infundir recelo; si voy á golpear la puerta de alguno, me espíará por la rendija, el corazon le dará un salto y muy cortesmente me cerrará la entrada.

Tienen razon.

Iré probablemente á molestarlos ó sospecharán que voy en línea recta al bolsillo. . . .

Despues que han empezado á esquivarme, he aprendido á despreciarlos; no me perdonarán que mi altivez de pobre les toque tan de cerca.

Mientras hablaba iba haciendo desfilas en su imaginacion á todos los que en otra época compartieron sus alegrías, sus holguras y sus extravagancias; movia con lentitud la cabeza, como despidiéndolos, de pronto.

Se dió un golpe en la frente, exclamando: este, este, al menos, ha sido víctima expiatoria de mis arranques y, á pesar de todo, siempre ha sido bueno y condescendiente.

Se referia á un discípulo con quien habia

vivido en la intimidad, en sus mejores tiempos de estudiante, habían pasado juntos muchos años, compartiendo las horas agradables y los días amargos, y con un cariño probado en la *adversidad* de los veinte años se habían creído inseparables.

Su amigo había concluido su carrera; era un corazón *fuerte*, que poco se preocupaba de las neurosis y de las lamentaciones de su compañero: contento, feliz, con la cabeza llena de aspiraciones, con el propósito firme de conquistar una posición, se entregó á los azares de su profesión y de la fortuna;— en esta última, con éxito.

Hoy, estaba rico, en buena posición social, y tal vez su recuerdo se había borrado sinó de su memoria por lo menos de su cariño.

¡Qué diferencia entre aquella época y ahora!

La amistad es un sentimiento que se modifica según el ambiente donde nace y las fuerzas que la sostienen;— á su amparo, yo no habría sucumbido.

¡ Ah! él también. . . . ha seguido la corriente de los demás: á medida que su posición se ha elevado, su amistad ha sufrido las oscilaciones de mi descenso; un día, quedó estacionaria bajo cero y el calor de otros tiempos no tuvo fuerzas suficientes para hacerla subir!

.

Muchos años habian trascurrido sin que se hubiesen encontrado y, sin embargo, desde el fondo de sus sentimientos, sentia trepar una raíz de simpatía que empezaba á retoñar. Talvez se lamentaba injustamente, pues, cuando se encontraron en la calle, casi frente á frente, su impulsión de esquivarlo fué vencida por un saludo cariñoso; su amigo habia ajitado la mano en un movimiento expresivo, acompañando el acto con una mirada de benévolo interés. A ésta demostración afectuosa, habia correspondido con una sonrisa amarga y una inclinación de cabeza fria y displicente.

Tenia la convicción de que era egoísta y de que no debió abandonarlo así. Él, en su lugar, lo

habría buscado para atraerlo, para aconsejarlo como un padre cariñoso, para sostenerlo con su apoyo moral, como á un enfermo á quien se recomienda la observancia prolija y minuciosa de un método cualquiera.

En los días tui bios, cargaba la paleta de colores chillones, para esbozar la figura de su amigo, acabando siempre por encojarse de hombros y decir para sus adentros: es otra planta que se ha secado en este corazón que mata con exuberancia de vida la mezquina semilla.

Su amigo había nacido pobre, sus padres no pudieron costearle los elementos de que él pudo disponer á manos llenas para emprender con brios la lucha por la vida.

La escasez y las privaciones le eran desconocidas; en cambio, su condiscípulo se había puesto de frente á la fortuna, para arrebatarse sus promesas, y aun en las largas estaciones que hacía en su habitación, cuando se encontraba sitiado por falta de ropa y otros elementos

indispensables para atender á sus mas apremiantes exigencias, jamás se le oyó una queja. En los meses de invierno, cuando la lluvia penetraba como por un arnero en la pobre vivienda que á duras penas podia costearse, le veia alegre, bromista, estudioso, haciendo castillos encantados para el porvenir y con humor de reirse un poco, á traves de su rendija, de los hombres y de las cosas.

En esa misma época, él nadaba en la abundancia, tenia la llave de oro de la felicidad y, sin embargo, miraba con secreta envidia la indiferencia con que su amigo se avenia á su condicion humilde.

Hay tiempo para todo, le decia, poniendo un semblante alegre y burlon; la fortuna vendrá, vendrá sola; el mejor sistema es despreciarla para que no se crea indispensable; primero está mi novia que ella, añadia riendose, y tomando de entre los libros un ramillete de violetas marchitas, aspiraba un resto de fragancia, que habia quedado como adherida, y le decia:

¿ves estas flores? . . . pues no las cambiaria por un puesto de ministro.

¡Qué temperamento envidiable! solia decirse para sus adentros, ¡qué fuerza de voluntad probada diariamente en el yunque de la pobreza!. . . . ¡que resignacion para vencer los obstáculos!

Lo que para él era una montaña, para su amigo era un terron despreciable que salvaba airoosamente.

Cuando los primeros síntomas de su defallecencia y de su neurosis empezaron á asaltarlo y en la intimidad le hizo las primeras revelaciones, este, que lo escuchaba con aparente interés, concluia por reirse y muchas veces por exasperarlo, ridiculizando sus manias.

.

Una noche, su amigo se habia acostado mas temprano que de costumbre; el frio y los exámenes le hacian tiritar, era la última prueba de preparatorios y habia corrido la voz, en el gremio estudiantil, de que los profesores

iban á presentarse inexorables :— los *reprobados* y *aplazados* caerian por centenares sin inspirar lástima.

El miedo habia ganado terreno y por la noche no se encontraba en los paseos y en las reuniones ni un estudiante para remedio.

Este, leia en voz alta un tratado de filosofia y se engolfaba en las cuestiones de la metafisica como en un laberinto sin salida.

Interrumpia por momentos la lectura, doblaba el libro, dejando el pulgar entre sus páginas; recostaba su cabeza sobre la almoháda y empezaba á cavilar sobre el espacio, el tiempo, el infinito, etc., y á medida que sus trasportes filosóficos le hundian en las nebulosidades de esa metafisica erizada de espinas, como un abrojo, iba poblando el techo de su cuarto con un kaleidoscopio de mundos y de ideales, hasta constituir el *cosmos* que conciben los cerebros estudiantiles.

Absorvido en estas abstracciones que concluian por hacerlo saltar de la metafisica á su

novia por esa asociacion de ideas que se anuda con un pretexto, con una reminiscencia, con un recuerdo cualquiera, que pasa por el campo de la memoria como una vibracion eléctrica, no habia oido el ruido de pisadas inseguras y lentas que chapaleaban el agua del patio.

Nada habia oído en medio de esa confusion de rumores, de gritos, de ahullidos, de vibraciones que parecen venir en tropel, persiguiendo al viento que empuja puertas y ventanas y se escapa por entre las rendijas para perderse en las tinieblas de la noche.

De pronto, oyó, sin embargo, su nombre, pronunciado claramente; despues. el silencio interrumpido por la lluvia que caia lentamente desde el techo, como entretenida con el *tac, tac* de su musica cadenciosa. Permaneció otro rato con el oido tendido hácia la puerta, y como el llamado no se repitiese, pensó que seria ilusion de sus sentidos, y sacando el dedo de las pájinas que comprimia, volvió á abrir el texto para continuar su inter-

rumpida lectura; pero, no habia aun terminado el quinto renglon, cuando oyó de nuevo su nombre. Esta vez no podia equivocarse; era la voz de su amigo, que lo llamaba y forcejeaba la puerta para entrar.

Dió un salto de la cama, hizo rodar una silla que llevó por delante y de un tiron abrió la puerta: una ráfaga de viento que habia estado mujiendo por la rendija, como implorando proteccion, entró con furia en el cuarto; detras de ella, su amigo, completamente mojado.

¡ Su amigo !

A esas horas, empapado, enclenque, tambaleando y balbuceando palabras ininteligibles. El lo miró con sorpresa y con una mezcla de reproche y curiosidad empezó á preguntarle el motivo de aquella visita inusitada.

Es tarde, le dijo este, es tarde, bien lo sé, y dejó oír en seguida una risotada de idiota á tiempo que inclinaba su cabeza para un lado como si el cuello estuviese cansado de sostenerla. es tarde, he venido á verte

porque no daré ya examen, he abandonado mi carrera. . . . ya sabes porqué. . . . he disipado también todo lo que tenía y ahora no se que haré. . . .

Su compañero lo escudriñaba de arriba abajo como quien procura reconocer á una persona que se ha visto alguna vez—y no acertaba á explicarse aquella transformacion.

Mientras, él se habia sentado sobre el borde de la cama, cubriéndose apenas con una manta provinciana, y contemplaba á su amigo con estrañeza y con zozobra.

¡Qué transformacion repentina! hacia apenas algunos meses que no lo veía y casi no lo habría reconocido; parecia que la naturaleza lo hubiera despojado en un buen momento de su organismo exterior, como cuidadosa de sus criaturas, para ponerle uno gastado é inservible: su cara, que en otros tiempos tenia la placidez tranquila de sus líneas bien acentuadas, era ahora una cara de convalesciente; la piel, que sobraba, caia sin

elasticidad, arrastrando los labios entreabiertos; los ojos, que parecían pequeños para las orbitas ahuecadas y sombrías, la barba crecida, desaliñada, la expresión de todo su conjunto de líneas y de rasgos que se iban borrando ó modificando, daba á su fisonomía cierto aire de idiotismo y de abandono que hizo estremecer á su amigo.

Le miraba con lastima mientras él hablaba entre dientes con voz temblorosa. . . . de vez en cuando, alzaba los ojos sin brillo, miraba fijamente un objeto cualquiera. . . . luego, reía, con esa risa sarcástica y convulsa de los ébrios.

—Como su padre. . . . se dijo para sí, recordando una escena de familia que habia presenciado una vez. Alzando luego la voz, le dijo: ¿quieres que te acompañe á tu casa?

Mi casa, mi casa no tengo casa desde esta noche . . . y dirigiéndole reproches inmerecidos y tomando todas las cosas al revés, como se dice vulgarmente, abandonó la habita-

cion tambaleando siempre, y llegando por gradacion desde el reproche al insulto, del insulto á la amenaza

Vulgar, grosero, insolente, con esa insolencia mujeril que desarma el brazo y que lejos de inspirar indignacion nos mueve á la piedad ó al desprecio . . .

Su amigo le vió salir, sin atinar á seguirle; estaba abstraído en reflexiones dolorosas, y nada se le ocurrió para socorrerle. . . Oyó sus pisadas que se perdian en el patio oscuro y resbaladizo y los ladridos del perro que no se aventuraba á salir de su casucha para afrontar el frio de la noche.

Cuando se levantó, para cerrar la puerta, miró hácia afuera: la lluvia habia cesado. Algunas estrellas brillaban en el cielo azul—verdoso, manchado con nubes blancas como espuma de jabon, que corrian arrastradas por las ráfagas del pampero.

Fué aquella la última entrevista, el último amigo que borró de sus sentimientos con la complacencia vanidosa que le sugería su orgullo.

Fué también una lección severa que había puesto á contribución su carácter, su dignidad, sus sentimientos y que lo había humillado hasta el fango: Ni el perro me ha hecho caso, se dijo al día siguiente, cuando pudo salir del sonambulismo alcohólico.

Su organismo era una mesa revuelta, en el que estaba confundido lo bueno con lo malo de una manera deplorable; quiso poner orden á aquel desquicio, pero solo lo consiguió en parte. En donde quería asegurar una hebra fuerte y estable, se le rompía el canavá y tenía que dejar á un lado un sentimiento, un recuerdo, una afección, un deber, un impulso generoso, y su trabajo de reconstrucción, sus propósitos, quedaban trancos. . . Iba caminando por una senda accesible, suave, fácil; de pronto, un abismo, un escollo, un vacío . . .

y empezaban aquí los desfallecimientos y las quejas. Como consecuencia de esto, el abandono, el hundimiento . . . la fatalidad, que lo hacia flotar sin rumbo como una escoria.

Saltó bruscamente la valla que lo retenia en un medio social distinguido y en el que se habia empezado á formar; se encontró libre, libre como un individuo venido de otras regiones, sin parientes, sin amigos, sin afecciones, sin deberes, sin aspiraciones;—su objetivo era sustraerse á todo y si hubiese sido posible imitar en la vida real á los personajes de Verne, habria elegido el centro de la tierra para ir á plantar en las soledades del abismo su estandarte de guerra contra la humanidad, que pesaba sobre su cerebro para aplastarlo.

Con estas ideas y con estos propósitos, y el encadenamiento lójico de los hechos que lo precipitaban en la nada, iba poco á poco despojándose de todo lo que podia pertenecerle, de todo lo que podia constituir un atractivo para vivir; iba arrojando al vacio y á manos

llenas su caudal, como un náufrago que arroja al mar hasta su comida por temor de que el peso haga hundir la barca.

Llegado á estos extremos, su desesperacion tenia que pesar sobre su ánimo para hacerle tomar una resolucion que le salvase del abismo que le atraia con sus fauces insondables.

Volvió con su memoria al pasado, en el que pudo encontrar dias felices, como perlas en el océano, y en cambio, una cadena de trastornos, de amarguras, de sacudidas, y una larga série de vacios, que iba llenando con su miseria, con su indolencia, con sus reproches, con su imprevision.

Recordó la noche que habia golpeado á la puerta de su único amigo y no pudo sentir el rubor en su rostro porque ya su sangre estaba cansada de servir á sus nervios enfermos; le vino á la memoria, agrandada por el reproche y por la humillacion, la primer caida; habia estado ébrio y habia insultado con torpeza inconsciente al que habia tenido siempre palabras

de cariño y de estímulo para su postracion injustificada y aquí se pasó la mano con cierta mezcla de vanidad y de satisfaccion por haber podido vencer las tendencias que le arrastraban al vicio con esa seducccion misteriosa que tantas veces le habia acechado.

¡Ebrio, decia, nunca! Pesaria sobre mi nombre y sobre mis huesos esa huella funesta que debia ser una triste herencia para mi porvenir. . . . He podido hasta ahora aplastar su cabeza pero ¿en adelante? ¡quizá!

A N T A Ñ O



ANTAÑO

Apretó temblando el timbre eléctrico de la puerta de calle de la suntuosa casa donde vivía su condiscípulo; la campanilla hizo oír sus sonidos cortos, repetidos, saltones, y un sirviente, desgarrado y obtuso, que le miró de arriba á abajo, como Minos delante de las almas, estaba á punto de echarle sin miramientos, cuando vió con sorpresa que el personaje mal entrazado que tenia por delante le alargaba una cartulina. . . .

Aquello era inaudito: un sujeto vestido de una manera tan rara, tan pobre, tan original, con una cara de ayuno y con todo el aspecto

de un pobre vergonzante, se permitia el lujo de hacerse anunciar de esa manera.

Tomó la cartulina, la miró sin saber leer, le pareció un tanto amarillenta y deteriorada, y azorado é indeciso se quedó plantado delante del *caballero* roto, á tiempo que á su vez le devolvía la tarjeta (aquí pareció que era el sirviente quien se anunciaba).

Nuestro personaje le miró con encono, comprendiendo todo lo que pasaba en el ánimo del criado, y sin darle tiempo para replicar, le gritó con aire de amenaza: —vaya y entregue á su patron esta targeta!

El sirviente estaba fascinado,—nunca habia presenciado una cosa igual; aquel atrevimiento tenia todos los ribetes de una insolencia y la mejor contestacion hubiera sido un escobazo en el sombrero. En fin, se dijo para sí, talvez sea un personaje incognito, y no pocas veces debajo de una *mala capa se oculta un buen bebedor*. Luego reflexionando que su actitud podría ocasionarle serios daños, si era delatado, cam-

bió de táctica y con toda la amabilidad del mundo le dijo:—pase V., señor, abriendo el cancel de par en par.

El hombre de los imanes se encontró en el vestíbulo, solo, con su sombrero y un perro de tierra romana que le *miraba* desde su rincón con dos ojos de vidrio, como si se los hubieran arrancado á una foca para implantarlos en su cráneo chato de mastín.

Aquel vestíbulo, pavimentado de mosaico, con las paredes estucadas y pintadas de colores chillones, con la gran *portiere* de cristales opacos al frente, daba ya la medida del lujo de la casa.

En los ángulos, jarrones de porcelana, relucientes, soberbios, con sus formas de tinaja india, sostenían como senos obesos una colección de hojas artificiales que imitaban perfectamente la flora de los trópicos. Una gran percha de nogal deslustrado, con un bonito espejo bisoté, le llamó particularmente su atención; iba á colgar allí su monumental sombrero, pero se

apercibió bien pronto de que el *pendent* era ridículo, pues los que estaban colgados tenían el brillo flamante de las cosas nuevas, y el suyo. . . ¡oh!. . . ya conoce el lector la secuela de contratiempos, ó contrapelos diremos mejor, que lo habían envejecido.

Se conformó con mirarlo con lástima y ocultarlo piadosamente debajo de una silla de fantasía.

Algunos cuadros de pacotilla completaban el adorno.

.
A poco rato de estar allí, apareció de nuevo el sirviente, pero ya con otro aspecto, tranquilo, casi sonriente, amanerado:—pase V., señor, le dijo con tono melifluo, á tiempo que abría con estrépito la puerta del fondo.

Nuestro hombre se encontró de golpe en el salon principal, sin atreverse á dar un paso: un poco por la cortedad y la emoción, pero mas por la dificultad de distinguir en la penumbra la multitud de muebles y objetos que tenía por delante.

Los horizontes habituales de su retina eran limitados, cercanos:—paredes rebocadas con cal ó pintarrujeadas con cardenillo; los muebles, cachivaches de la peor especie; ahora, estaba en un salon, con humos aristocráticos, tapizado de papel dorado que le hacia percibir en las paredes, de trecho en trecho, rayas brillantes, como las que hacen los niños en la oscuridad con los fósforos humedecidos. A medida que procuraba ajustar su vision á la media luz de la sala, aspiraba de á poquito, como olfateando, el aire impregnado de emanaciones olorosas de los muebles, de las flores marchitadas en las macetas, de las pastillas consumidas y olvidadas en un rincon de la chimenea;—esa mezcla de buen olor, de pieza cerrada, de tufo disfrazado, que espera pegado á una rendija para desahogarse en la calle.

El ambiente tibio, el silencio interrumpido por las vibraciones y los ruidos que venian de afuera, el confort de aquella sala, que parecia un negocio cerrado á la hora de la siesta; todo

esto, infundía calma á su espíritu y apaciguaba los latidos de su corazón sobresaltado.

Hacia vagar sus miradas por todos los rincones, de los que veía surgir de pronto un objeto cualquiera, que había pasado desapercibido, y que al fijarlo con insistencia, para adivinar sus formas y su valor, se le iba perdiendo poco á poco en la ofuscación de su retina debilitada.

Por una rendija entraba un curioso rayo de luz, estirado como un tul finísimo; lo siguió con la mirada y lo vio morir al pié de una consola dorada, cargada de objetos que le parecían animados; se figuraba que se codeaban, que se avisaban unos á otros que un intruso había ido á turbar su tranquilidad.

Detrás de las pesadas cortinas de damasco, le pareció que hubiesen personas escondidas que le estaban espionando, y que algunos se movían de él:—oía ruidos y crujidos extraños, miraba fijamente hácia la puerta de comunicación interior, esperando ver aparecer de improviso la figura de su amigo; estudiaba postu-

ras, acomodaba los pliegues de sus faldones, plegándolos en donde una mancha inveterada queria ostentarse con descaro; tosia y acomodaba [la garganta; se preparaba en la mejor actitud para no causar mala impresion y para evitar, si realmente era espiado, que su situacion fuera menos enojosa. A medida que percibia mas claramente los objetos, las escenas iban cambiando, como cambiaba el color, la forma y la posicion de los muebles que tenia por delante.

Impaciente, nervioso, abochornado por las impresiones que iba soportando, avanzó resueltamente hácia el costado mas accesible del salon y abrió de par en par los postigos de una ventana.

Al dar vuelta, le parecio que estaba en otra casa.

La escena habia cambiado totalmente, la luz habia penetrado, como llevando á cada cosa un ropaje especial: los bronce, los brocados, las porcelanas, los tapices, las flores estaban aho-

ra como alegres, con sus colores vivos, resplandecientes.

Un gran espejo que reproducia á la distancia su figura, entremezclada con la turba de muebles, parecia mofarse de él, reflejando una imájen que tenia prestados, en ese momento, todos los matices de los jarrones, de las consolas y de las mil chucherias que le rodeaban.

¡Cuánta riqueza! se dijo para si; con un puñado de miseria vive un pobre, y aquí hay para hacerlo vivir un siglo.

Estaba deslumbrado en aquel bazar de muebles de valor, de bueno ó pésimo gusto, bien ó mal dispuestos, pero, al fin, haciendo su papel en el convencionalismo del lujo y de la moda.

Entregado á estas reflexiones, fué sorprendido de pronto por el sirviente, que traia una bandeja de plata con té, cigarros, licores y un número de un periódico del dia.

El patron le pedia disculpa por la demora, dijo el sirviente, en cuya cara se veia que la sorpresa de un visitante que merecia tantos

agasajos habia aumentado de una manera visible.

Mi amigo podrá ser egoista, orgulloso, se dijo para sí, pero eso no quita que sea muy bien educado, añadió mirando plácidamente la bandeja, como á una persona á quien se hace una confidencia.

Tomó en seguida, con mano trémula, acariciándola, la botella de cristal, trasparente, brillante, llena de líquido dorado; derramó hasta el borde en una copita pequeña y la acercó con cierto desden á sus labios, poco habituados ya á esas miniaturas.

Topacio líquido, dijo á media voz, haciendo un chasquido con la lengua, y se arrellenó cómodamente en una butaca.

Continuaba inspeccionando desde su sitio todos los rincones: todo aquello estaba muy bien, era muy rico, de mucho valor, pero parecia como si no estuviese definitivamente instalado. Eran muebles y objetos que habian llegado de á uno, en distintas épocas; pertenecian

á *distintas jerarquías* y estaban como agrupados en sociedad democrática.

Habia lujo, pero no había gusto; mucho dinero convertido en butacas, en sofás, en bronce, en espejos, pero poco de artístico, de verdaderamente artístico, y que revelase la delicadeza de gusto de su dueño.

Amplias y pesadas cortinas, recogidas en distintos puntos, como el baldaquín de una cama, muy altas y muy pesadas para las ventanas bajas, enrejadas y forradas de pino pintado, como la cámara de un buque.

Una serie de pequeños sofás dorados, jibosos, forrados de telas de gran valor, como para adornar el *boudoir* de una artista, ó de otra cosa, si el lector lo quiere.

Consolas doradas, como pequeños altares, cargando un mundo de chucherías, de bronce legítimos y de imitación, cajas de cristal, jarrones, pequeños retratos sobre atriles de ébano, —en el fondo, una estufa de mármol blanco con el indispensable reloj dorado sosteniendo

en la cúspide de sus arabescos una muchachita de bronce en actitud de pescar; dos candelabros á los lados, compañeros inseparables del reloj, parados á igual distancia, como centinelas de vista.

Sillas de todas clases, algunas doradas, enclenques, delicadas, como señoritas raquílicas vestidas de baile; luego, una serie de asientos redondos, cuadrados, figurando unos enormes turbantes y otros, como almohadon estirados con indiferencia en cualquiera parte, afectando no tener la intencion de servir para sentarse.

De trecho en trecho, columnas de *pelouche*, con alma de pino, rodeadas en espiral por hebras de hilo de oro, como víboras que se enroscan al tronco, soportaban bustos de cualquier personaje ilustre ó deidades mitológicas que no protestaran nunca del parecido.

Todo esto, completado por una alfombra que parecia vista al través de una gran lente: de fondo blanco, con flores punzóes, haciendo curvas caprichosas en las hojas entrelazadas; ha-

bian estampadas rosas de mas de medio metro: una hoja sola hubiera podido dar sombra á un regimiento.

Las paredes ostentaban algunos cuadros de familia pintados en actitud de retrato: —caras rígidas, severas, defectuósas algunas, con manos deformes por la correccion fátua y la actitud forzada que le habia impreso el autor.

En medio de este lujo, de esta pacotilla, y al lado de algunos grabados, vistos tantas veces é indispensables en todos los salones, dos grandes oleografías colgadas respetuosamente á ambos lados de la estufa: dos caras sajonas destacándose de un fondo oscuro con sus colores suaves, lustrosos, y sus miradas adormecidas y lánguidas de enamoradas.

La gran portada en seguida, y la antesala, conservando, como un museo, el *demi-monde* de sillas, sofaes, mesas de arrimo, los cuadros de antepasados, desconocidos y olvidados por dos generaciones, sirviendo para tapar claros y hacer simetria en el conjunto de antigua-

llos que pintaban la época de la primitiva opulencia.

La antesala de ciertas casas es el blason de familia, es la pieza favorita, el cuarto de los recuerdos, de las evocaciones de otros tiempos mejores.

Una abuela sentada en un gran sofá, capaz de alojar cómodamente á diez personas, con su respaldo recto, tieso, enchapado de caoba, con dos rollos de almohadones en los cantos, es la imagen viva de tres cuartos de siglo con los ribetes del lujo macizo y severo de la época colonial. Forma parte integrante de los hábitos, de los gustos, de los recuerdos y del apego que tienen los viejos á las cosas de su tiempo.

Estos muebles rancios, desquiciados, con armazones fósiles de tablas y colchados, despiden para ellos un perfume, de juventud, de frescura, de reminiscencias, que alborota su memoria debilitada de aquellos buenos tiempos, que tanto echan de menos á cada paso, y así como los defienden cariñosamente del desgaste del

tiempo, los defienden de las imputaciones calumniosas que arrojan sobre su anticuada vetustez las críticas y las miradas burlonas de los que alcanzaron la elegancia de una moda que parece preparada para enanos.

La antesala es el santuario de esos recuerdos que hacen estremecer á los jóvenes, pues las conversaciones giran al rededor de los cincuenta años, cuando las gentes eran mas buenas y mas sensatas, cuando la amistad era un sentimiento verdadero y cuando el egoismo era una mala yerba que se estirpaba de raíz.

¡Qué diferencia, exclaman con énfasis de convicción y de desconsuelo las señoras que tocan por todas partes el positivismo de la época, con la sencillez, la moralidad, el respeto y las costumbres patriarcales de nuestros padres!

¡Qué cambio tan radical ha venido operándose en esta sociedad, reducida ayer á *cuatro gatos* y hoy á un hervidero de gente de todas clases y de todos los países que se incorporan

con su trabajo, con su inteligencia, con su sangre á la corriente natural del país; que van engrosando las filas diariamente, hasta formar centros de cientos y miles de almas cuya filiación es una mesa revuelta.

¿Cuál será la tendencia genial de las nuevas generaciones?

.

Los que echan de menos esos buenos tiempos, echan de menos, mas que todo, su juventud, esa juventud que se les escapa de las manos y que deja como recuerdo de su paso un pliegue de la piel ó un mechón blanco que van despoblando los años.

En el fondo, no es la materialidad de las cosas, pues hoy las hay iguales ó mejores, sino las hebras fragiles que se han ido rompiendo poco á poco.

Hoy un recuerdo, mañana un amigo, una afecion, un sentimiento educado y alimentado por años y años, y que de pronto desaparece y no puede reemplazarse.

La alegría, el calor, la luz de los años juveniles; los entusiasmos fáciles, las impulsiones bulliciosas, que hacían revivir el organismo á cada paso; todo eso que pasa, que se debilita, que se extingue, que muere con anticipación, que se aleja como para esperarlos.

El tiempo mismo, ha cambiado para los viejos: el que ellos conocieron, no tenía las transiciones malvadas que los exponen á cada paso á una pulmonía; sus crudezas eran más benignas y con un abrigo cualquiera podían desafiar á la intemperie; hoy, el frío penetra por todos los poros; es que la máquina humana vá poco á poco enfriando sus calderas.

En las noches, esas camas altas, solemnes como altares, cobijaban cariñosamente á la pareja enamorada, y el calor de la juventud se unía al del ambiente para dar á la temperatura de la alcoba una suavidad deliciosa de bienestar y de confort.

Hoy, el lecho es frío, duro, rebelde; está como cansado de cobijar gente; el ambiente no

tiene alientos tibios y los huesos entumecidos por el frío de los años van sintiendo el roce de las tablas, como si estuviesen cercanos al féretro.

Por todas partes, el frío, la indiferencia, el egoísmo, la juventud desdeñosa: no hay ya caras sonrientes para los viejos!

Cuando miran un rostro bello, juvenil, que en otro tiempo se comunicaba con el suyo por el brillo de sus miradas, tienen que guardar en lo más íntimo sus impresiones; el ridículo aletea en torno de sus cabezas y una mirada indiscreta, una expresión que á fuerza de ser urbana podría parecer galante, comprometería la rigidez de su posición y la seriedad de sus años.

La juventud, la belleza, los sentimientos tiernos no son más malos, ni más indiferentes, ni más egoístas que ayer,— es la vejez que les vá dando la espalda, que ha perdido sus derechos, que ha gozado ya ampliamente de esas primicias y que encuentra yerto el hogar donde antes chisporroteaba el tronco vigoroso que des-

pedia su alegre llama; son los muebles viejos, usados, antiguos, fuera de lugar, que van disputando en vano su puesto á las butacas doradas, livianas, cubiertas de raso, con flores estampadas, vivas, frescas, con la frescura brillante de la rosa recién abierta que invita á aspirar su fragancia.

La mano crispada, amarilla, surcada por venas azules, hinchadas, sinuosas y como estirada por los tendones duros, tiesos, que hacen relieve debajo de la piel gastada, no puede ya impunemente acariciar la mejilla fresca, sonrosada ó el seno mórbido, turjente, sin experimentar el temblor senil que le hace tantear la carne como si hubiese perdido la sensibilidad.

El raso no puede crujir ya debajo de esos dedos que se van momificando, ni los labios caídos, flácidos, descoloridos, pueden pretender caricias voluptuosas que no podrían corresponder.

La mirada está apagada, con horizontes cercanos; se ofusca con el brillo, con las cosas

nuevas, donde se refleja vivamente la luz; necesita los colores sombríos, las medias tintas, el negro, que vá cubriéndolos poco á poco, como un anticipo de la tumba.

Es el punto de parada en la azarosa jornada de la lucha.

¡Y cómo desean prolongarla todos, á pesar de estar tambaleando en su puesto de descanso!

.....

Muere la abuela y las butacas antiguas y los sillones de respaldo floreado, los sofás hospitalarios y las consolas de caoba, empiezan á peregrinar en la casa en busca de un rifugio.... Una mañana, hacen su entrada humilde en el cuarto de los trastos viejos, como un mendigo que golpea á las puertas de un asilo.

Los retratos quedan pegados á las paredes, con sus miradas frías, severas, como encondos de ver partir á los amigos de su tiempo.....



IRRESPONSABLE



IRRESPONSABLE

Volvamos á nuestro personaje.

Una puerta que se abrió con estrépito le hizo estremecer y dar un salto de su asiento; tenia en la mano la segunda copa de licor y estuvo á punto de derramarla.

No atinó á balbucear un cumplimiento ni se atrevió á tender la diestra á su amigo; solo pudo articular una disculpa humilde:—*perdóname si soy molesto.*

Su amigo, sin hacer caso de su protesta, se limitó á tenderle la mano y apretar la suya con efusion, como buen camarada, como si el dia

antes se hubiesen visto en el claustro de la Universidad cuando concertaban un paseo.

Esta conducta sencilla, deferente, casi afectuosa, de hombre educado, le hizo cobrar ánimo y despertar, como movido por una vibración, un sentimiento de gratitud....

¡Qué bueno es! pensó; siempre el mismo, y suspirando fuertemente le dijo: me he acordado de tí, ahora que estoy en el último *trámite* de una existencia que ya no sé que hacer de ella; me voy sobrando á mi mismo, quisiera reducirme á una cosa cualquiera, quisiera refundirme en otro sér, aunque fuese el más despreciable, ya que de la vida no me queda más que la animalidad.—Intelectualmente no me preguntes lo que valgo ni lo que puedo ser, creo que se ha borrado en mi cerebro el sitio que ocupa esta facultad y que no me queda de ella sinó un jiron de instinto que mueve todos mis actos.

Su amigo le interrumpió sonriendo, y dándole una palmada sobre el muslo derecho le dijo:

después de tantos años que has andado vagando como una sombra, sin encontrar tu centro de gravedad, todo tu caudal científico, toda tu fortuna, todo tu bagaje, es la *metempsychosis*.... ¿De dónde sales con esas ideas?...

Si yo creyese en las doctrinas espiritistas, te supondría un sér de otro mundo que viene á escrudiñar un poco las cosas de la tierra.

Nuestro hombre abrió los ojos como dos linternas, y mirando á su amigo con aire de tristeza, exclamó: tienes razon; no parezco un sér de este mundo, ni de estos tiempos....estoy envilecido y aburrido de mi mismo, me encuentro como si tuviere un grillete al pié, que me condenase al trabajo forzado de estar pensando siempre en cosas imposibles y que me alejase cada vez más del contacto de los hombres, de quienes no he recibido ningun daño y á quienes he mirado siempre como miran las hienas enjauladas á los que van á mortificarlas con la punta de su baston.

Es una extraña manera de ser y de pensar

la mía; pero, no tengo yo la culpa... ¡ah! si pudiese abrirme el cráneo, añadió, agarrándose la cabeza con ambas manos, y poner dentro un cerebro más igual al de los demás, indudablemente, sería la persona que tu deseas y, en cambio de un bagaje absurdo y ridículo, habría traído á tu casa la buena nueva de mi felicidad; pero, ¿qué quieres?...génio y figura...

—Eres un niño, un niño mal dirigido, que has dado los primeros pasos en falso sin más guía que el impulso de su tendencia genial y á la cual te entregaste en cuerpo y alma desde los primeros días sin ver más allá de tus ojos y de tu egoismo.

—¡Egoismo yó! exclamó, poniéndose de pié, pálido y convulso.... ¡egoismo....! yo que he sido una especie de pelicano, capaz de hacerme pedazos por los demás.

—No te alarmes...esa manera de ser no te engrandece ni te dá méritos.... ese sistema de prodigar todo tu saber, como un filántropo, es una generosidad derrochadora, de la que no has

sacado más provecho que desengaños, miserias, ideas equivocadas y sombrías sobre tus semejantes... Has dado tus sentimientos, mejor dicho, los has derrochado, adornando con ellos la existencia de una perdularia á quien debiste dejar en el fango de donde habia salido. Has pagado tu tributo á la experiencia, conquistándote, en esa jornada, el alejamiento de tus amigos, y tú, la huida de la sociedad, como un réprobo que tiene necesidad de ocultar un delito... Andabas despues, expiando á las gentes con aire de Diógenes y bien decian tus ojos, á falta de linterna, que tu desden por todo lo que te rodeaba era más alto que el del misántropo griego.

Tu carrera, la tiraste á la calle, como quien se despoja de una carga pesada y abrumadora... y luego... (aquí perdoname que sea más que franco... brutal...) has envenenado tu organismo con el alcohol para que tu cerebro y tus nervios fuesen siempre rebeldes, y, á trueque de tus desdichas imaginarias y reales, te

diesen el bienestar que apetecias... Has perdido en el cambio, querido amigo: por una copa de licor entregabas un jiron de tu organismo moral que has ido destrozando y enajenando poco á poco para quedar reducido, como tu decias hace un momento, á la animalidad.

El *hombre de los imanes* habia escuchado azorado el discurso de su amigo; cuando este concluyó, pudo apercibirse que dos lágrimas gruesas como garbanzos corrian divergentes por los surcos de sus mejillas acartonadas.

—Tienes razon, dijo lentamente...tienes sobrada razon.

—No es este un reproche que te dirijo ni un consejo que pretendo darte, continuó su amigo, pero ya que te has resuelto á golpear la puerta de mi casa y que tus últimas palabras de cariño para mi fueron un puñado de insultos que me tiraste á la cara, como quien arroja lodo, yo tomo, despues de tantos años, mi revancha para mostrarte que el único culpable de tus

males eres tú...no te guardo rencor....aquella noche estabas ébrio y, sin sospecharlo, así has vivido hasta ahora.

—Luego, soy un miserable que merezco ser arrojado de aquí como un perro...

—No, eres un desgraciado, uno de tantos, en los que se cumple fatalmente una ley de herencia, de la que pocos pueden sustraerse.

Felizmente para tí, el medio social en que has vivido, la educación que te infiltraron desde niño, las barreras que forzosamente tenían que contener el desborde de tus pasiones, han hecho de tí un ser inofensivo....

—¡Pero inútil! le interrumpió desesperado nuestro personaje.

—¿Tu crees, prosiguió su amigo, que poniendo una pantalla delante de tus ojos te sustraerías á las miradas de los demás?... ¿crees que no he adivinado tu existencia á pesar de tu alejamiento? . . . Me bastaba verte, de cuando en cuando, en la calle, cuando marchabas distraído, agobiado, indiferente por el desaliño de tu

persona, para formar un concepto definido de tu situación. Tu crees que mis miradas no te han seguido hasta la intimidad de tu vivienda y que no he escuchado los monólogos de tu desesperación y de tu alegría!

Podría contarte, día por día y hora por hora, lo que has hecho, lo que has pensado y los propósitos que han movido tus pasos.... ¿Crees que muchas veces, cuando tú, en el silencio de la noche, en la oscuridad de tu vivienda, te levantabas sobresaltado de la cama para escuchar, con ansiedad y espanto, voces é imprecaciones de amenaza, no te seguían mi pensamiento y mis ojos no te veían arrojarte de ella con el cabello erizado, tambaleando y comprimiendo en tus manos temblorosas un arma para defenderte y agredir á tus enemigos imaginarios?

¿Crées que cuando salías despavorido huyendo á medio vestir, de esos mismos enemigos conjurados para hacerte daño, no te veía ganar la calle desesperado, loco, fascinado por una sombra, para ir á pasar el resto de la noche

acurrucado en un banco de una plaza cualquiera, como un perro sin dueño?

¿Crées que no te he visto con los ojos azorados, la boca torcida como en la convulsion de un epileptico, acariciar la intencion siniestra de prender fuego á la casa?

Estas revelaciones, hechas así, á boca de jarro, patentizando la verdad más completa, poníanle por delante escenas que tantas veces se habian repetido y de las que se creia actor y único testigo.

Hondamente conmovido, miró á su antiguo compañero con ojos de súplica.

La veia delante de él, en el apogeo de su juventud, fuerte, bondadoso pero severo, rico, intelijente, y por grados le convertia en un titan, á medida que él se achicaba como un pigmeo.

En su pequeñez enfermiza, parecíale su amigo un ser sobrenatural que se le presentaba de improviso, justiciero, para darle el golpe de gracia y destruir en un minuto sus restos de vana-

gloria por su independencia y por lo que él llamaba su carácter.

Le había horadado la conciencia como había horadado las paredes de su miserable vivienda; —estaba descubierto;— no le quedaba otro camino que disparar de allí y arrojarse debajo de las ruedas del primer vehículo que pasase.

Después de una pausa, su amigo tomó el hilo de sus revelaciones, aparentando la mayor naturalidad. Se había propuesto sacar partido en favor de ese desgraciado, ya que la casualidad le proporcionaba una entrevista con todas las ventajas para sus designios.

Talvez exhibiéndolo á sus propios ojos, en toda la desnudez monstruosa de la realidad, habría conseguido desviar las tendencias de ese infeliz, que marchaba ciego ó al manicomio ó al suicidio.

.....

—Esto no es todo, mi querido amigo debo decirte más; sé muy bien que tus nervios reci-

ben un choque violento y que abuso un poco de la hospitalidad que te doy, pero, tu tienes la culpa; has venido á mi casa como un camalote arrastrado por la corriente, y talvez sea esta la última vez que nos veamos... Te conozco muy bien y se que no volverás si no consigues redimirte.

Un apretón de manos violento, efusivo, que parecia implicar un juramento ó una promesa, fué la contestación á sus palabras.

—Deja las efusiones para despues, siéntate y escucha... Esa sensibilidad de mujer que ha reemplazado á tu virilidad de otros tiempos, no me conmueve lo bastante para hacerme callar.

En medio de todo, ha sido una felicidad para tí que tu situación no te condujese á extremos más peligrosos.

Cuando estabas alucinado por las impresiones que trastornaban tu cerebro y veias por delante la imágen de enemigos que atentaban contra tu existencia, has podido ser criminal....

Si en las huidas de tu casa encuentras al

paso algun desdichado que te sorprende en esos momentos de delirio, no habrias titubeado en mirarle tambien como á un enemigo y en hacerle víctima de tu furor.

—¡Asesino tambien! exclamó *el hombre de los imanes*, ocultando avergonzado entre sus manos su cara desencajada.

—Qué linda manera de ser filosofo, de reirse de los hombres y de mirar con encono y desprecio á la sociedad, de llorar como un niño sobre las rimas de un poeta sentimental, y de estarse torturando con impaciencia, sin más objetivo que el de llegar pronto á una meta poco envidiable para decir desde allí: quisiera ser una bestia cualquiera, antes que ser un hombre útil é inteligente!

Verdad que es la única contestacion lógica á una vida malgastada en la inaccion y en la inconveniencia del propio deber.

¡Ah! bien sé que no eres el único y que eres tal vez el más desgraciado del gremio.

Seres enfermos, organismos morales trun-

cos, que van esparciendo, como la mala semilla, el gérmen insano de una existencia peligrosa, que lleva de una generacion á otra su marca indeleble.

Felizmente, no has constituido una familia.

La providencia no ha sido tan injusta contigo, agregó sonriendo, y no tienes derecho á ser ingrato; ha cortado en ti la huella funesta que te han trasmitido tus antepasados y otros infelices no tendrán que padecer lo que tu has sufrido.

—¡Basta! exclamó de pronto *el hombre de los imanes*, que habia quedado cabizbajo, escuchando la última parte del discurso; no me tortures más, mis nervios no resisten á tus palabras.

Te he escuchado como á un padre, como á un amigo, como á un juez; te he permitido que me aconsejes, que me delates ante mi propia conciencia, que me despedaces haciendo el análisis de mi vida, de mis sentimientos; pero no me envilezcas mas de lo que lo estoy,

me queda aun un resto de sentido moral para ponderar el abismo que tengo por delante.

—Sentido moral pervertido, que te hace ver como en el *daltonismo* los colores cambiados; así; recibe tu cerebro las impresiones equivocadas ó no las recibe en el grado que han herido tu sensibilidad.

—Escúchame ahora y no lo tomes á mal; tengo por tí el cariño de otros tiempos, soy todavía tu condiscípulo y aunque nos haya separado una larga jornada, no puedo olvidar que siempre fuiste para mi el amigo de la infancia con quien he compartido las mejores horas de esa edad.

Esta revelacion afectuosa acabó por enternecerle y hacerlo pedir disculpa.

—No te hagas mas culpable, siguió, de lo que eres realmente.

Nadie mejor que tu mismo ha podido ponderar dia por dia, hora por hora, los estragos que han surcado bondadosamente tu existencia, y si esa necesidad de reparacion, si ese deseo

de algo mejor, de algo más duradero y útil, surgiese en tí con toda la fuerza necesaria para darle el vigor de un sentimiento estable, podría batir palmas y creer que has conseguido tu objeto, pero no debes olvidar que las impresiones, los sentimientos, los afectos, no se sustraen á la materialidad de las vibraciones nerviosas, y que todo ello no es obra de la imaginacion ni del idealismo con que nos acostumbrábamos á pensarlo cuando sacábamos engreidos nuestros argumentos de esos textos perdularios de filosofía que andaban rodando deshojados debajo de los bancos de la clase.

Tu has quedado estacionario, y cuando has querido avanzar un paso has encontrado inmediatamente un escollo puesto en tu camino por tus propias manos.

Piensa que la máquina humana, tanto en su organizacion física como moral, está sujeta á las leyes del funcionamiento de los órganos que entran como factores perfectamente equilibrados en su composicion.

Es cuestion de impresionabilidad mas ó menos delicada.

Un pinchazo dado en un dedo no será advertido por el que tiene las extremidades nerviosas atrofiadas, pero hará saltar de dolor al que conserva su sensibilidad intacta.

Una insolencia ó una bofetada te harán reaccionar y tomar en la justa medida del ultraje recibido una reparacion inmediata; en otro, la impresion llega al cerebro, pero la reaccion no se hace sentir como una vibracion instantánea, la máquina no funciona con perfeccion y el ofendido apenas si se pasa la mano por el rostro para *comprobar* la afrenta.

Tu cometes una mala accion y te das cuenta de ello; otros hacen lo mismo y apenas si le dan importancia; tú tienes sangre en tu rostro para sonrojarte, otros, tienen su circulacion entorpecida y jamás sienten el rubor. Ya lo ves, sin ir mas adelante, sin engolfarnos en estas apreciaciones que llaman materialistas, puedes ver en tí mismo un ejemplo palpitante de lo que estoy diciendo.

Agrega ahora á esa máquina defectuosa la accion maléfica del alcohol y tendrias el desequilibrio lento pero seguro del organismo mas perfecto.

El *hombre de los imanes* oia estasiado la explicacion filosófica de su amigo, y éste, con el entusiasmo que habia aumentado por grados, no se apercibia que habia llegado tarde y que sus palabras, si daban en el blanco, no dejaban vestigio alguno del choque.

El alcohol es un ladron que penetra dulcemente para llevarse todos los dias algo: hoy destruye una célula, mañana inmoviliza un resorte que era el eje sobre el que jiraba un sentimiento; ataca una víscera importante y le saquea toda su savia hasta matarla traidoramente y á medida que va penetrando en la intimidad del organismo va rompiendo el ritmo de nuestras acciones, de nuestros sentimientos, de nuestros afectos, para convertir al hombre en un idiota, en un malvado, en un criminal, dejando cabida en la penumbra de ese cuadro

sombrío á una série de séres desgraciados, inconscientes, degenerados, y todos ellos capaces de las aberraciones mas monstruosas.

Búscame ahora el alma en medio del tufo del vino y de los licores, y la encontrarías esclava de un cerebro salpicado de celulas degeneradas, inútiles, reblandecidas; lo encontrarás todo revuelto como si escarbaras con un palo dentro de una colmena.

Pon una mano sobre el corazon y lo sentirás latir como si estuviese *epiléptico* y quisiese saltar fuera del pecho.

Búscame un afecto tierno, duradero, una idea progresista, un impulso generoso, un móvil elevado. Reune como en un juego de paciencia todos esos pedazos desgatados; hazlos servir al engranaje de la vida, y verás lo que sale de ese desquicio.

—¡Yo! exclamó en un arrebató el infeliz, yo, que no he sabido luchar y que me he dejado subyugar miserablemente, sin oponer mas resisten-

cia que mis preocupaciones y el nervosismo de que estoy empastado!

¡Ah! te juro, añadió á tiempo que se levantaba con la resolucion de un hombre decidido, que despues de este discurso y estos consejos cambiaré completamente de rumbo y pondré remedio á todas mis desdichas. . . . Tomó luego la mano de su amigo y al comprimirla hizo crujir sus dedos como si estuviesen fracturados.

Este, le miró con lástima, y moviendo la cabeza con aire de incredulidad, le dijo sonriendo: *Diga V. los imanes!*

EN POLITICA



EN POLITICA

Una copita de licor, que le sirvió apenas para humedecer las fauces, vino á sellar el solemne juramento.

Su amigo habia tomado ahora un tono festivo; le dió unas palmadas en el hombro, á tiempo que le decia:—Bueno, vamos á otro tema. Despues de esta larga disertacion, en la que he puesto á prueba tu arrepentimiento, te daré una buena noticia:—estoy rico, puedo ayudarte y puedo contribuir así á asegurar tus propósitos.

—No me hace falta el dinero, replicó *el hom-*

bre de los imanes, alarmado por su delicadeza y por el decoro de sus bolsillos. . . .

—Ya lo sé, ya lo sé, replicó con insistencia su amigo. . . has resuelto el problema de vivir sin gastar. . . y sin producir. . . Debes agregar ese nuevo sistema á algun tratado de economía política.

Si todos fueran como tú, qué perspectiva graciosa tendria la sociedad! . . . Seria curioso ver una colectividad de hombres á tu imájen y semejanza.

Basta de niñerías, y hablemos ahora con formalidad.

Tú no has venido á esta casa para ver á tu amigo, para darle un abrazo y tomar en su compañía una copita de licor; te conozco lo bastante para comprender que no has dejado á la puerta toda la soberbia con que has dragoneado hasta ahora; vienes, pues, con algun propósito, por algun motivo. . . ¿O has venido simplemente para oír mis paternales? consejos añadió con ironía!

—Vengo para figurar en política, exclamó el *hombre de los imanes*, lanzando la frase á boca de jarro y sin fijarse en el efecto que habia hecho en el semblante de su amigo.

— ¡Tú! . . . ¿Y tus ideales purísimos y tus explosiones de perfeccionamiento? . . . ¿En política? . . . Figurar en política. . . decia su amigo, moviendo lentamente la cabeza y paseándose con las manos cruzadas á la espalda. . . Tienes razon. . . tú tambien puedes *figurar*. . . pero véamos, ¿á que aspiras? . . . ¿cuál es el puesto que ha merecido tu simpatía, para despertar en un buen momento tu entusiasmo ya momificado?

—Es que. . . como soy un inservible. . . quisiera empezar por hacer carrera, por hacer méritos, por codearme contigo, por ejemplo, reflejar en mí algo de tu posicion, para que la gente me fuese conociendo, para que, ya á fuerza de verme junto á tí, pudiera y se acostumbrase á decir: aquel es fulano, que va con zutano; es decir, *van en política* los dos. . . Ya lo ves, dijo tímidamente el *hombre de los ima-*

nes, aspiro á un poquito de consideracion social, necesito que las miradas se fijen en mí. . . pero al decir esto, le subieron como dos viborillas de rubor por las sinuosidades de sus mejillas. . . Se levantó de golpe de su asiento, y echando mano á las solapas de su levita las abrió *de par en par*, exclamando: ¡pero no con este traje; no con esta figura! añadió mirándose de arriba á abajo.

Su amigo sonreía maliciosamente de la ingenuidad y del bochorno que causaban al *hombre de los imanes* sus trapos viejos y aguerridos; él, estaba de pié, con las solapas abiertas, como las alas de un pajarraco que se dispone á alzar el vuelo.

— ¡Bah!. . . el traje no hace al monje. . . sin embargo, es menester presentarse siempre de una manera conveniente; sobre todo, cuando se aspira. . . Al pronunciar esta última frase, dirigió una mirada intensa á su amigo. . .

— Pero, tú que has abandonado la política, que has considerado á los hombres públicos

como si fuesen trastos arrumbados á quienes todo el mundo tiene derecho de dar con el pié; tú que has vivido en un ambiente completamente ajeno á los movimientos de esta sociedad; tú que has llegado hasta creer, en los momentos de tus aberraciones, que tus enemigos políticos eran hombres de otra especie y de otra raza, vienes ahora, como caído del cielo, á decirme sencillamente: quiero figurar en política. . . es decir: á parodiar al hombre aquel de Larra que queria ser cómico. . . y yo te replico: ¿y tu partido, tu hermoso partido, aquel que estaba compuesto de hombres selectos, de inteligencias brillantes, de ciudadanos abnegados, de mártires del deber, de varones ilustres, que apénas si te atrevas á tocarles con el dedo por temor de llevarles la impureza en tu contacto?

¿Ya no te seducen, ya no son partido, ya no inflaman tu pecho, ya no arrancan de tu fibra patriótica el grito del entusiasmo? . . . Mal partidario, mal ciudadano, vienes á rene-

gar de tus tradiciones, de tus creencias, de tus *dogmas!* . . .

¡Qué mala inspiración has tenido! agregó, viendo las torturas por que pasaba el infeliz, que estaba como arrumbado en su sillón, oyendo la arenga.

Vuelvo á repetirte que eres un niño. . . un gran niño vicioso. . . que ha perdido su tiempo y que está en la anagnosia.

¿Quieres figurar en política? ¿Cuál es el contingente que traes á la lucha? . . . ¿Tu buena voluntad? . . . ¿Tu buena voluntad, tus ideás transformadas, como quien pinta bigotes á una vírgen para hacer un San Juan? . . . No, no vale nada.

A la política debes ingresar con la disposición firme y tranquila de cumplir con un deber, sin preocuparte de tus ideales ni de tus creencias, sinó de las de tu vecino.

Si no estás con él, es tu *enemigo*, y te bastará serlo para encontrarle todos los defectos posibles é imaginables, aunque tenga virtudes espartanas.

¿Sabes lo que es la política? . . . ¿lo sabes? . . . la política es el arte que enseña á defenderse siempre del enemigo. . . El dia que no lo atacas ó cometes la tontería de elogiarlo, eres hombre perdido, completamente perdido:— esta es la ley. . .

Los partidos políticos son siempre, recíprocamente, los mejores . . . son como las mujeres. Aunque sean viejas, feas y desairadas, siempre son mujeres, es decir, tienen flaquezas, veleidades y no olvidan hablar mal del prójimo.

¡Qué diferencia con las doctrinas que él se habia forjado, con las enseñanzas que habia encontrado en los libros!

—Esto lo dices tú! . . se atrevió á replicar tímidamente, sin poderse ya contener. . . Los libros enseñan otra cosa. . .

—¿Los libros? . . . Lo que encuentras en los libros es lo mismo que dicen los médicos: en los libros todas las enfermedades se curan. . . en el enfermo, es otra cosa.

No era posible confrontar lo que él había leído con lo que estaba escuchando; no veía la necesidad de que los hombres se sacasen los ojos por pensar de distinta manera, ni de que estuviesen ocupados en encontrarse defectos para tirárselos á la cara como arma de combate.

Su amigo le pintaba la política como una lucha innoble, en la que siempre había que ver enemigos. . . Los adversarios, los que él llamaba candorosamente sus adversarios, debían tener buena fé, equidad, justicia é imparcialidad para ponderar sus actos y los de los demás.

No estaba conforme con esa gritería de jentes peleadoras que andaban siempre al tira y afloja por disputarse las posiciones, con la convicción de que, el día que cediesen un palmo, el vencido tendría que pasar por las horcas caudinas.

—¡Así es la política!... exclamó después del largo silencio con que había escuchado la tésis de su amigo, y alzando sus ojazos de loco, pare-

cia asumir una actitud de lástima por las herejías que estaba oyendo.

—Si, es así, no es metafísica, no es juguete de raciocinios ni de lógicas huecas . . . eso que tu crees, es por ahora *teología*, y así será por mucho tiempo, hasta que se equilibren las fuerzas intelectuales, sociales y numéricas de los partidos.

—De modo que la política obedece á las circunstancias, á la ocasion, á la evolucion social, á la seleccion. . .

—Déjate de *on* y de *on*; la política, es siempre la misma; la de hoy, la de ayer, la de antaño es la de siempre: la preponderancia de un partido sobre otro, preponderancia que le dá ventajas, que le gana posiciones, como gana interés el dinero puesto á rédito, interés que se capitaliza y que aumenta diariamente el caudal de la colectividad que lo maneja.

Se trata de hombres, mi querido amigo; se trata de pasiones, de estímulos, de luchas, de ganar terreno. . . Esto, por ambos lados.

El que es enemigo, porque es enemigo. . . y el otro, porque es tambien enemigo. . . luego, aquello de los niños: ¿quién ha roto el plato? . . . es claro que nadie. . . y sin embargo, todos se acusan á un tiempo.

—¡Y la patria! exclamó el *hombre de los imanes*, saltando de su asiento, como si quisiese colgarse de un trapecio. ¡Y los grandes hombres!

—¿La patria? . . . es harina de otro costal. . . deja á la patria en su lugar. . . el sentimiento de la patria entra en todos los pechos y en todas las fibras y es mas malo el que duda de que haya quien no la quiera que el que es acusado de no quererla. . .

Veo que estás en mal camino; todavia sigues creyendo lo del principio;—el enemigo es malo, malísimo, porque no piensa ó hace lo que tú. . . Oye bien esto: cualquier partido no desdenaria el peor de los elementos que figura en otro de ellos, y tratándose de un partidario, tiene que soportar lo bueno, lo malo, lo pésimo.

Será mala doctrina, pero tiene sin embargo

un correctivo. . . la sancion social;—esta toma su revancha;—bien sabes que en sociedad no todos nos tendemos la mano.

Ahora, hazte todas las cruces que quieras, golpeate el pecho con una piedra, carga con todas las culpas de la mala organizacion de los partidos, pero, si quieres figurar en política, aprende bien el santo y seña de la *masoneria*, y luego me sabrás decir si estoy equivocado.

Sé más partidario, mas humano contigo mismo. . . Ni tú, ni yo, alcanzaremos esos ideales que tienen todo el prestigio de la tierra prometida, pero que dan escasos frutos.

—¿De modo que en política todos los partidos son buenos? se aventuró á decir con curiosidad el *hombre de los imanes*.

—Si, todos son muy buenos, menos los malos y los óptimos, y aunque esto te parezca una paradoja ó un juego de palabras, debes interpretarlo así, al pié de la letra: los óptimos están mas arriba del cielo, los malos están en todas partes.

El neófito no se daba perfecta cuenta de esta manera estraña de juzgar de la política y de los partidarios. Siguiendo su habitual manera de pensar de los hombres, encarnaba todas sus aspiraciones políticas en conceptos elevados, y le parecía que, al ponerlas en práctica, la sociedad quedaria instalada sobre cimientos incommovibles.

—¡Una buena levadura hace un buen pan — repetia sonriendo— ya que tu hablabas hace un momento de harina de otro costal!

El, que no habia reconocido sino los partidos extremos: los buenos á su manera, con aspiraciones nobilísimas, que hacian de la patria su culto mas ardiente, y los malos, que se echaban la patria al hombro, como un fardo, para darle un tumbo en cualquier parte.

Las revelaciones de su amigo eran como un cuerpo estraño encerrado en una llaga; le causaban un dolor profundo, intenso, y él, que tenia á cada instante que tirar la cuerda de su cerebro para ponerlo en equilibrio, miró á su com-

pañero con lástima, á tiempo que decia para sus adentros: este hombre está loco.

Permanecia sentado, silencioso, con sus piernas cruzadas, cabalgando la derecha sobre la izquierda, imprimiendo movimientos de vaiven al pié, á tiempo que golpeaba con la mano sobre el muslo.

—¿Y qué dices á todo esto?

—¿Qué digo? ¿qué digo? murmuró el optimista. . .Mucho tendria que replicar á tus teorías de política práctica. . . y aquí guardó de nuevo silencio, como esperando la llegada de una idea que estuviese componiéndose en el cerebro cual en la caja de un tipógrafo . . . Saltó en seguida de su asiento, y poniéndose por delante de su amigo, con los brazos cruzados sobre el pecho, el pescuezo estirado, la mirada convulsa y estraña, como si saliese de un ojo del cual el iris se hubiese despegado, estiró de pronto sus brazos, poniéndose en actitud de esgrima y, como si quisiese tirárselos á la cara, exclamó: ¡suponte que yo sea tu enemigo político! ¿qué harías?

Su amigo se dejó caer en un sillón, sonriendo plácidamente, é indicándole con la mano para que volviese á tomar asiento, le contestó en estos términos: si tu fueses mi enemigo político. . . no haria nada. . . Los enemigos políticos como tú, son inofensivos. . . no te enfades. . . ahora, si tu fueses un político activo, trabajador, que se moviese para llevar su influencia, en la esfera de su valimiento, ya seria otra cosa; en esas condiciones, y puestos frente á frente, empezaria por decirte que los principios que sostiene tu partido son herejias políticas, que sus aspiraciones desmedidas no tienen otro objetivo que el de arruinar á la patria, que jamás ha hecho nada por el bien de ella, que en su carrera ha dejado un surco árido donde no podrá arraigar las mejor semilla;—y luego para hacerte desesperar mas, levantaria la voz, protestando del fraude, de la violencia, y hablaria á nombre del pueblo sin pedirle la venia.

Ya lo ves, un hombre que quiere figurar en política debe aprender, antes que todo, á mane-

jar la hipérbole, debe tener al pueblo siempre pendiente de sus lábios.

—Y la mentira en el bolsillo, para pagar al contado cualquier jiro, replicó el hombre de los imanes.

—No amigo mio; no, la diplomacia. . . el arte de fingir bien, de sonreirse á tiempo, de hacer un ¡oh! en la oportunidad requerida, de restregarse las manos cuando sea necesario, de mostrar confianza, abatimiento, conviccion, alegría, tristeza, sorpresa é indiferencia segun el resorte que ha de comprimirse; reservar la intencion para la almohada y no hablar mas de lo que sea necesario: *allá veremos, sí sí, esto está bien, es de mi agrado, asi lo haremos, hay conveniencia en ello, naturalmente debe ser así, ¿cómo podria ser de otra manera?*. . . ¡oh! celebro mucho que hayamos llegado á esa conclusion;—así de frente. . . á la espalda, ni esto, dijo el *diplomático* improvisado, haciendo sonar la uña del pulgar derecho contra el primer incisivo izquierdo, que parecia haber tomado esprofeso una desviacion adecuada.

Esto es gran política, política de los libros, como tú lo deseas. . . la otra, es el pan nuestro de cada día. . . política de catecismo y mas fácil que aquello del *fiel cristiano*.

Cuando tomes parte activa en ella, ya verás que mis palabras reflejan la imájen de lo que tendrás ocasion de presenciar.

—Así lo pensarás tú. . . pero, ¿y los grandes hombres de nuestro país? . . .

—Vuelves á la mania de mezclar los grandes hombres de nuestro país en estas cosas *puramente mundanas*. . . Los grandes hombres de nuestro país no entran para nada en lo que acabo de decirte. . . no comprendes los términos. . . ellos no son los partidos ni pueden constituir los ideales que has forjado. . . tienen su lugar aparte y han pasado muchos malos ratos y los pasarán ántes de que la gente se resuelva á hacerles justicia.

Constituyen nuestros períodos históricos, imprimiendo con su idea el sello especial á una época. . . esto sucede en todas partes, desde Grecia y Roma antigua hasta la fecha.

¡Si la humanidad es siempre la misma y las épocas se renuevan en la historia con una semejanza que asombra!

Muchas veces se tiene la tentación de creer que un personaje antiguo se ha encarnado en uno moderno y que fuera del círculo de ciertas obras fuera difícil hacer otras. . . es tan grande la semejanza que los vincula, son tan iguales sus actos, son tan idénticas sus tendencias, que parecería que la humanidad tuviera un gran cerebro y que lo fuese repartiendo de á pedazos. . . y bien-aventurado al que le toca una tajada privilegiada.

Deja, pues, á los grandes hombres; ellos son iguales en todos los tiempos y la historia, que es una especie de coleccionista de objetos viejos y curiosos, se los apropia, los despoja de todo lo que es pequeño y vulgar, retoca los deterioros que le imprimió el roce con los demás, y luego los acomoda piadosamente en su catálogo para que las gentes se saquen el sombrero, se crucen de brazos, los miren con res-

peto y con asombro y puedan decir para sus adentros: ¿quién había de creer que este hombre, que ha hecho tanto por sus semejantes, haya sido tan maltratado?

Esa es la ley, señor alumno de física.

Concluida su campaña gloriosa, pero generalmente empequeñecida por las pasiones propias y ajenas, recojen pausadamente los pliegues de su túnica, levantan las coronas y las flores que han arrojado á la arena sus admiradores, echan al hombro la lanza mellada, borran á su paso el lodo y las injurias que han quitado el brillo á la arena movediza, y tranquilos, pero quebrantados, satisfechos, pero sin ilusiones, se meten modestamente en su tienda, cierran herméticamente las puertas y dejan que la humanidad grite ó aplauda segun su antojo.

Si alguna vez tienen la veleidad de dar una correteada por la antigua arena, donde aun queda la huella de sus triunfos, se exponen á comenzar de nuevo la lucha fatigosa, á dejar

los jirones de la túnica y á recoger con las coronas marchitas el eco del palmoteo impertinente.

Ah! yo tambien soy partidario de los ideales, soy admirador del talento, respeto las virtudes cívicas y aspiro á poseerlas, me inclino con anticipacion ante los hombres eminentes, tengo verdadero culto por los que se sacrifican por la patria, no seria capaz de defender mi partido con injurias, ni usar de armas innobles; pero, provocado á la lucha, el talento, las virtudes cívicas, los ideales, los sacrificios, los hombres eminentes, todo esto reunido, mezclado al apasionamiento del combate, no se libran del zar-paso con que se defienden los que ven atacada su trinchera, y precisamente, cuando mayor es el bagaje del *enemigo*, mayores deben ser las fuerzas del que combate para vencerlo.

Y luego. . . ¿no estamos en un país democrático, no tienen nuestros partidos idénticos principios, no quieren todos el bien de la pa-

tria, no son vástagos del mismo tronco, no han evolucionado en el mismo orden de ideas, no gritan todos los días que ellos, recíprocamente, son los mejores? Y esto lo verás pronto, si sigues mis consejos.

¿No se han quitado las asperezas como quien lima un hierro herrumbrado para dejarlo reluciente?

Deja, pues, á los hombres eminentes, á la patria, y á todas las cosas que están en el ambiente del idealismo.

Fíjate lo que sucede con dos individuos, con dos hermanos que han vivido distanciados por una causa cualquiera, que se han mostrado los dientes, que han buscado á un tercero para confiarle recíprocamente los defectos del contrario, que han llegado en su ofuscacion hasta creerse enemigos irreconciliables, y otras tonterias por el estilo, y por último, en un buen momento, se abrazan, lloran juntos, se dicen todas las ternuras mas delicadas, evocan todos los recuerdos de familia, se juran incapaces de

las *felonias* hechas en las horas de despecho, se toman del brazo con efusion y van rápidamente á presentarse unidos, satisfechos, mas hermanos que nunca, ante la madre, ante la viejecita ya tembleque pero venerable, que al verlos, se acomoda los anteojos, se levanta encorvada de su sillón, deja caer su libro de lectura religiosa, y llena de júbilo, con lágrimas aún calientes, les abraza, les reúne, besa alternativamente sus frentes de hijos cariñosos, los bendice y dá gracias á Dios desde lo íntimo de su alma.

Ella, la madre, la viejecita, sin pasiones, sin rencores, sin preferencias, es decir, la patria, siempre igual, siempre dispuesta, ampara bajo su techo, bajo su hogar tranquilo, á sus dos hijos, que hoy vé reunidos, reconciliados... igualmente buenos y dispuestos á proteger su ancianidad.

Ellos mismas no se creen ya tan malos, tan enemigos.

Aplica la moraleja á los partidos y los ten-

drás distanciados del *hogar* por sus pasiones, por sus miserias, por sus rencores. . . pero la *viejecita* está allí, fuerte, justiciera, cariñosa, esperando resignada que golpeen la puerta para abrirles sus brazos y mostrarles despues con orgullo diciendo: estos son mis hijos, son hermanos gemelos, llevan mi sangre y mis virtudes!

Cuando son partidos de otro orden, cuando se arrojan á la lucha principios de otra índole, se comprende la intransigencia y el encono; un republicano y un monárquico podrán llegar hasta el esterminio por hacer prevalecer sus creencias; un liberal y un clerical serán capaces de llegar á todos los extremos, y en esta forma, en estos excesos, hay una justificacion que les hace tolerables.

En los partidos que actuan bajo los mismos principios las luchas revisten el carácter de los juegos de niños.

Se apoderan de los *juguetes*, se entretienen juntos, los contemplan extasiados, se los pres-

tan recíprocamente, pero, si llega un momento en que el más fuerte ó el más mañoso encuentra agrado en poseerlo, le dice al otro con todo egoísmo: *esto es mio, haz la prueba de quitármelo.*

.
El *hombre de los imanes* estaba ahora deslumbrado; su amigo le hacia ver un mundo real, y aunque percibiese las medias tintas del cinismo, no se escandalizaba ya de esas doctrinas.

Su misticismo político habia concluido; estaba como un creyente que hubiese adorado por muchos años una imágen que creyera milagrosa, circundada de oropeles, y que de improviso una ráfaga malvada levantase las ricas telas para hacer ver desnudo y apolillado el armazon grosero de la santa.

Quiso dar sin embargo el último asalto, para ver la composicion de las ideas que se habian emitido.

—Empieza, pues, á figurar en política, con toda confianza. . . empieza por formar núme-

ro, por asistir como espectador, simplemente si te place, pero no creas que en política hay derechos reservados para determinados individuos. . . hay jerarquias, pero jerarquias que desaparecen en la sociedad.

En política no hay clases privilegiadas.

Las distinciones, no las dá la política; las dá el talento, las dan las condiciones individuales, las dan los méritos y virtudes que adornan al ciudadano, y si el que ingresa á la arena política trae además de su divisa ese caudal, tendrá más probabilidades de ascender en la escala, pero tendrá tambien más enemigos y más desengaños.

—La honradez política es la base de todo sistema bien organizado y que merezca ser respetado! exclamó enfáticamente el *hombre de los imanes*, creyendo pulverizar á su amigo con esta frase de efecto.

—¡Bravo! exclamó éste batiendo palmas; hablas como un libro, pero esa frase, que se la atribuyen á Matusalem en un rato de buen

humor, no te impedirá que tu mismo puedas hacer en un buen momento ciertas cosas que justifiquen que venga uno y te diga al oído: *la honradez política es la base de todo sistema bien organizado*, etc., etc.

Mira, el más ideal de los sistemas, puesto en las manos de los hombres, tiene que salir deficiente, imperfecto. . .

La sociedad se fabrica leyes buenas, óptimas, jura y rejure que las cumplirá y que llamará ante la justicia al que falte á su mandato. . . y ahí, á sus barbas, al dar vuelta la esquina, se olvida de lo que ha hecho, de lo que ha jurado, de la ley, de quien la ha hecho y de quien debe hacerla cumplir.

Y si por acaso le tocas en el hombro y le dices al que infringe: amigo, ¿y la ley? . . . Ah! es cierto, la ley, la justicia antes que todo. . . se me habia olvidado. . . es una distraccion. . . al llegar aquí, su amigo miró el reloj, y pretestando una comision que cumplir, le dijo: estamos entendidos; desde hoy, eres de los nuestros,

reza un responso á tus antiguas creencias, haz acto de contrición, y hasta luego, añadió tendiéndole la mano.

El *hombre de los imanes* salió de la casa como quien baja de un viaje en globo y alargando el paso se decia para sus adentros: ¡ya voy en política!

EN EL COMITE

EN EL COMITE

La casa decia á las claras lo que habia adentro.

Era una de esas que las señoras conocen desde la fachada que no son para familia.

A pesar de su arquitectura exterior, donde se habian colocado grandes guirnaldas de flores de yeso y angelitos que sostenian en los cuadros de las ventanas coronas votivas, sobre urnas de tierra romana; á pesar de su friso de mármol blanco, *errumbrado* en todas partes y medio deschapado en los cantos, y de su puerta de cedro labrada,—estaba revelando que el abandono reinaba como dueño absoluto de la vivienda.

Un inquilino en desgracia la habia habitado el último, promoviendo á la dueña todos los pretextos y todas las mañas, para disfrutar de ella, estirando el plazo de la ley, hasta que la amenaza de arrojarlo á la calle con sus trastos le hizo salir.

En venganza del arrojado, habia desclavado media docena de cerraduras y roto todos los vidrios que estuvieron al alcance de su despecho y de su palo de escoba.

El algibe estaba medio relleno de desperdicios de todo género, y en las paredes, de las que se habia despellejado el papel, un verdadero *tatuage* de figuras poco honestas y de insolencias colectivas: al dueño, al comisario y al juez de seccion.

Cuando entró su dueño y pudo apreciar la catástrofe que le habia caido, se agarró la cabeza con las dos manos, se arrancó unos cuantos mechones de cabello y lanzó ternos que hicieron sublevar á la colonia de ratones que dormia tranquilamente entre los bastidores

de las paredes; juró que no la alquilaría más sin un legajo de fianzas y sin informes previos de la honestidad y buenas costumbres del inquilino.

.....

En esa vivienda, se instaló poco después un comité parroquial.

Era una ganga encontrar quien la alquilase así, sin hacer gastos que importarian toda la renta que había sacado desde que la adquirió. Al fin, destruida por destruida, mas valía que la obra de devastación continuase, y luego que el Comité se extinguiese, él tomaría sus medidas.

Un buen alquiler mensual, como que *nadie* lo pagaba, y la fortuna de que no hubiesen criaturas,—estos enemigos irreconciliables de los dueños de casa.

Con cuatro escobazos dados por el *guardian*, que se había instalado en el cuarto del baño, el arreglo estuvo concluido.

Todo el mueblaje eran unas sillas de esteri-

lla alquiladas, un escritorio medio derrengado y un cuadro flamante, con gran corniza dorada, del *candidato*, por quien se hacian todos los preparativos.

Al cuadro, se le agregaron borlas y cordones de seda y se le colocó en el sitio de honor, en el fondo del salon, en medio de dos banderas que servian para todas las manifestaciones del caso.

Dragoneaba de dueño de casa un jovencito flacucho, de ojos vivarachos y de bozo naciente, con su cuello de camisa que le daba hasta las orejas, circundado por una gran corbata de raso á rayas y sujeta adelante por un alfiler lustrado con un guante viejo.

Gran cadena del mismo metal que el alfiler, prendida de un chaleco orillero;—chispa de brillante en el meñique.

Era el Secretario, con todos los poderes para dirigir esa cancilleria improvisada, apto para hacer una nota con diez errores de ortografia en cada renglon, como para lle-

nar boletas con nombres supuestos, si era menester.

El Presidente, era un señor muy conocido en la parroquia, á quien sus dependientes, Secretario y amanuences de ínfima escala, habian democratizado á su antojo, llamándole simplemente por su apellido, á quien lo colmaban de reverencias y de *Señor* y de *Don*, cuando caia al cenáculo del Comité y cuando *rendian cuentas* de los chismes y habladurias que habian *inventado*.

Estos eran los personajes mas importantes de la casa.

El complemento era un cebador de mate, que no hacia otra cosa durante el dia y la noche.

Se habia provisto de media docena de estos adminículos; los llenaba alternativamente en el fogon improvisado y los repartia de á tres en mano cuando habia asamblea; por supuesto que en cada reparto los probaba todos, para cerciorarse de si las bombillas estaban corrientes.

Era un tipo criollo, achinado, gordo, medio estrabizco, mas por el vicio de hacer guiñadas cuando estaba saturado de alcohol, que por enfermedad real de los ojos.

Tres camadas de pelo, ensortijado, entrecano, duro, con un ribete acanalado al rededor de la nuca perfectamente afeitada; barba rala, como si se la hubiesen arrancado en distintos puntos.

De estatura baja y piernas torcidas,—del caballo, como él decia,—vicioso, incorregible, pero amigo de todos los tipos de rompe y raja de la parroquia; por consiguiente, útil y recomendable para dar una embestida al átrio el dia de la *eleccion*.

Para él, destripar á un semejante era lo mismo que cebar un mate; su mision era esa, así se la habian enseñado, y desde jóven adquirió fama de guapo y decidido.

Era mimado como un niño, y cuando le daban una palmada en el hombro y le decian: «Muy bien, Don Fulano, aquí tiene para los

vicios», su cara abotagada tomaba una expresión de júbilo feroz; se iba á su cuarto, apuraba todo el alcohol de sus botellas y empezaba á hacer sus locuras, como le decían sus compinches.

Sabia, por otra parte, que tenía la *vida* asegurada, y que en la Policía no estaría ni el tiempo para decir *amen*, si por casualidad se le iba la mano.

El Secretario y éste, eran amigos cordialísimos; el primer mate y la mejor yerba eran para el *niño*, como él llamaba al *señor* Secretario, quien, á su vez, retribuía las atenciones dándole las mejores dagas y revólvers cuando se *tocaba generala*.

A sus *colegas*, les llamaba los *muchachos*, y cuando se preparaban para hacer una escaramuza, él decía: «ya están prontos para hacer una diablura».

Extraño contraste de buenos sentimientos, de aberraciones, sirviendo de coeficiente á todo este conjunto abigarrado de hombre y de bes-

tia, las dosis de alcohol que diariamente infiltraba en su organismo.

Son estos el *retazo* de *pueblo* á quien se arenga con el propósito de sujestionarle ideas y conceptos políticos, sublevando en ellos sentimientos torcidos, y á quienes se fomenta la haraganeria y los vicios por una temporada, cuando hay que lanzarlos como perros de presa sobre el adversario.

El nombre de valientes les suena como una música celestial, trastornando su cerebro, y la interpretacion que ellos dan á la palabra, consiste en promover los mayores desórdenes, contando con la impunidad y la proteccion de sus jefes.

.....

La casa se llenaba durante la noche de todos estos ciudadanos dispuestos á derramar su sangre, mas por el *patron* que por la patria, y que en la inconciencia de sus derechos y en el relajamiento de sus costumbres, son capaces de todas las temeridades mas odiosas... y de

todos los heroismos mas abnegados. . .al César lo que le corresponde.

En las épocas de las elecciones, hacen su aparicion repentina,—vienen por bandadas, por grupos; otros, solos, taimados, haciéndose rogar, convencidos de su valimiento.

Al oscurecer, empiezan á desfilarse lentamente hácia el Comité, haciendo estaciones y caídas en todos los negocios de bebida, en los que de paso reclutan á los mas rezagados.

Fácilmente se les puede rastrear por la franja descolorida que van dejando, pues es su hábito peculiar, el de caminar rozando las paredes.

Los mas jóvenes, conservan bien la nocion de sus actos, y aunque no puedan medir el alcance de las obligaciones y de los derechos de que pueden disfrutar y que ellos enagenan fácilmente en beneficio de un tercero, saben muy bien apreciar la importancia de su puesto, y entienden, como ninguno, el sistema de *darse aire* en su gerarquía de política transitoria.

Sufren una curiosa perversión de sentimientos, pues, la patria, encarna para ellos algo como la guerra, la lucha, la defensa de derechos usurpados, y es por esto que en la guerra, los vemos realmente luchar brazo á brazo, como valientes, y sostener la fama de tales con un ardor y un brio que envidiaría el mejor soldado.

La patria en la guerra, en el peligro, en las convulsiones políticas, es la única patria que ellos reconocen, y puede decirse que en esto se cumple una ley de atavismo social.

Felizmente, á estas ideas y á estos hechos, transmitidos conjuntamente con el coraje de padre á hijo, se han sucedido otros conceptos que, en la evolución material y moral de nuestro progreso, borran los instintos bélicos y camorristas, por el amor al trabajo; y al amparo del orden, de la estabilidad, son factores útiles que se van incorporando insensiblemente al engranaje común para contribuir al engrandecimiento del edificio social.

A la patria guerrera, se ha sustituido la patria del trabajo; al arma, el arado, y á las convulsiones políticas de los caudillos la propaganda incesante por el orden y el bienestar comun.

En las *estaciones* políticas, sube sin embargo la marea, y entonces vienen á la superficie los impenitentes, los rezagados, los aferrados á las ideas antiguas, los que quieren echar una cana al aire, arrastrando el poncho y acariciando el facon; pero, el entusiasmo dura poco, y los antiguos brios no encuentran la resistencia apetecida.

Ellos se mantienen fieles á su tradicion y á su fama legendaria de valientes; leales hasta el sacrificio; audaces hasta la temeridad:—héroes anónimos, que todos sabemos donde caen y donde mueren.

Su recompensa no cuesta á la patria muchos desembolsos.

Los mas viejos, ya han corrido la ruda tarea de una vida azarosa, sin porvenir, sin horizontes, sin ambiciones:—un hogar que fácilmente

se derrumba; hábitos nómades y la herencia de la miseria como una perspectiva poco alhagadora que ellos miran con indiferencia.

Son los figurantes del Comité, los indispensables para dar á las manifestaciones públicas su carácter de grandes asambleas en plena calle, á los gritos de viva fulano y mengano, en medio del estrépito de la música destemplada y de las puertas y vidrieras que se cierran por temor de los estragos.

.....

Esa noche, habia gran asamblea.

El Comité hervia de gente de toda clase.— Las piezas interiores estaban ocupadas por los personajes mas conspicuos: —los miembros de la Comision Directiva, con cierto aire de suficiencia y de uncion que les venia de lo alto.

El Secretario, se habia puesto su cuello mas almidonado y una levita negra que le daba por las pantorrillas; estaba embarazado con sus faldones, que en cualquier movimiento se abrian como *para-caidas*, —lucia su mejor alfiler, y su

anillo de chispa tenia un compañero tan ancho que le impedía doblar el dedo.

Iba de un lado para otro, llevando papeles, entregando cartas y notas,—dando explicaciones,—escuchando pacientemente las preguntas que le dirijian y sonriéndose con malicia con alguno de su confianza, cuando pasaba por delante de una série de personajes adustos, graves, que estaban sentados en hilera simétrica, en un rincon de la sala, fumando con desahogo, hablándose á hurtadillas con monosílabos, y dirijiendo de tiempo en tiempo sus ojos desconfiados á la puerta de salida.

Tenian el aspecto venerable de los ancianos bíblicos.

La buena fé les hacia considerar el Comité como un templo; su actitud era la de un testigo que espera la llegada del juez para prestar su declaracion.

Habian acudido al llamado, trayendo su contingente de *influencia*; en cambio, habian aban-

donado su hogar y sus majadas con la des preocupacion que les caracteriza.

El Secretario aprovechaba de la confusion para hacer sus escursiones al fondo de la casa, en busca del fulano de los mates que los tenia cebados en hilera y por cuyas bombillas pasaba alternativamente sus lábios como quien toca la zampona; luego, limpiándose con la manga del leviton, entraba mas serio que un obispo al salon de su dependencia.

Un vocerio sordo y molesto, llenaba todo el ambiente; especialmente en el interior, donde se respiraba un aire denso y saturado de humo.

En los distintos corrillos que se habian formado, se hablaba en voz alta, se discutia, se armaban apuestas y se ponderaban las virtudes y los méritos de los ciudadanos inscriptos en las listas.—Eran todos la flor y crema del partido; ninguna tacha podia arrojárseles; en cambio, á los que figuraban en la lista contraria, se les aplicaban los dicterios mas usuales del vocabulario callejero.

Se les presentaba como á seres de otra especie.

Esos no querian la patria feliz, engrandecida, sino abierta por los cuatro cantos para satisfacer sus ambiciones y su codicia.

Un extraño, al oirlo, habria creido que se trataba de enemigos feroces á quienes era menester negarles el fuego y el agua.

En el patio, las escenas y los corrillos revestian un carácter mas especial, mas democrático.—Era la gente, la *troupe*, que estaba esperando el santo y seña y el reparto de armas; —todos estaban listos, dispuestos al asalto y á defender sus *derechos*.

Esa noche, estaban acuartelados en el Comité; habian recibido un *pret* generoso y una racion muy abundante de alcohol, de mates y de cigarros.

Contentos, decidores, algunos habian improvisado un fogon en el fondo, al rededor del cual se habian agrupado en cuclillas, doblando la cabeza sobre el pecho, para no respirar el

humo que despedía un pedazo de carne asada, enzartada en un palo inclinado sobre el rescoldo.

Contaban sus aventuras galantes y militares, sin énfasis, sin afectación, en esa media lengua, mezcla de castellano, de argot callejero y de interjecciones picantes.

Un moceton novicio, escuchaba como un discípulo esas lecciones prácticas, en tanto que tocaba una marcha con el cabo de su cuchillo.

De pronto, un silbido especial, prolongado, que vino del primer patio, hizo levantar á uno de los camaradas que se abrió paso sin miramientos entre los grupos.

Al llegar á la puerta de la sala, se encara con el Secretario, que le dice algunas palabras al oído; luego, se aparece un personaje con levita de paño, sin sombrero, de melena escarhada y reluciente; con aire agitado le toma del brazo, le lleva á un rincón y allí le da las instrucciones necesarias, después de las cuales se retira, no sin haberle dicho nuevamente,

acompañando sus palabras de un gesto significativo:— ¿ya sabes, eh?— Pierda cuidado, contesta el aludido, echando su mano al ala del sombrero y abriéndose paso nuevamente, mas ufano y engreído que un canciller que lleva *in pectore* un grave secreto de estado.

Los camaradas miraban con curiosidad y envidia al jefe improvisado, y algunos, con cierta audacia curiosa, se atrevían á preguntarle:— ¿qué te ha dicho? ¿qué hay?... Nada hombre, nada; lo que hay, es que mañana tendremos que relucir las *latas*, añadió con aire de impaciencia el caudillo, mientras volvía á su fogón, donde lo esperaban veinte ojos para interrogarlo de nuevo.

.....

Un mulatillo imberbe, que había colocado su cigarros detrás de la oreja y que estaba arimado de canto contra la pared, con el ala del sombrero sobre los ojos, sonreía irónicamente, al tiempo que decía con tono rencoroso:— ya veremos mañana si es tan guapo como dicen.

.....

Continuaba la bulla y el vocerío; habían dado las diez; el Presidente del Comité no aparecía, faltaba él y algunos otros miembros conspícuos de la Comisión Directiva.

La *jente* empezaba á impacientarse, y algunos se disponían á abandonar el recinto.

De pronto, uno que estaba de centinela avanzada dió el grito: *¡ahí vienen!* . . .

Efectivamente: el presidente echando adelante su blando abdómen y abanicándose con el pañuelo, entró sofocado al zaguán.

Detrás de él, venían los personajes de mayor cuantía, procurando hacerse de importancia cada uno á su modo.

No bien hubo llegado el presidente al patio, un estruendoso viva hizo retumbar la casa.

¡Viva fulano, viva mengano, muera el de mas allá! gritaba cada uno, según su entusiasmo y sus instintos.

Un negro veterano, aguerrido, acribillado de heridas y de porrazos, abría una boca co-

mo un horno, y en los momentos en que prolongaba la cantilena, parecía una de esas cabezas que sirven á los niños para jugar á los tejos.

Restablecido el orden, y una vez que el presidente hubo cambiado varios apretones de manos, abrazos y demostraciones cordiales y efusivas con los mas íntimos, el señor secretario tocó violentamente la campanilla para llamar la atención del auditorio y restablecer el silencio.

Una vez obtenido el objeto, el presidente, que habia sentido algo como un baile de visceras en el interior del cuerpo, tomó la palabra, empezando con un ruidoso:—¡Señores!—como quien dá un gran sablazo en el aire.—¡*La patria!* añadió en seguida (¡siempre la patria tomada de los cabellos para servir de pantalla á todas las *diabluras*, como decia el cebador de mates!)—Todos los ojos estaban clavados en el fondo del salon, y las miradas, en los distintos puntos de la respetable economía del señor presidente.

—*La patria, que avanza con pasos gigantescos por el camino de la gloria* (¡bravo! ¡bravo! aplausos y vivas prolongados; algunos *mue- ras*, dados á destiempo, produjeron un poco de hilaridad, pero, en fin, el presidente, sin desconcertarse, continuó su peroracion). . . *Estamos en una época de lucha por los grandes principios* (¿cuando no lo estamos?), *y por las ideas* (esta es otra música).

Es menester que aunemos nuestras fuerzas para el bien comun (esto, dicho sin vacilar y con aire de convencimiento) *y entonces necesitamos el esfuerzo de todos, de todos los que amamos las instituciones libres* (los adversarios las detestan) *para que la patria de San Martin y de Belgrano* (indispensables en todos los discursos patriotericos; —vivas y aplausos prolongados: menos mal cuando se aplaude á los próceres). . . *Y bien, señores* (recurso como la ayuda de la vírgen Maria en los sermones), *y bien, señores, mañana es el gran dia, en él que iremos á demostrar á nuestros enemigos* (la

enemistad es recíproca) *que estamos preparados al triunfo, y que nuestros elementos, secundados por nuestros derechos* (benditas sean tus armas, jóven soldado), *pondrán la justicia de nuestro lado, para que salven los principios* (gran pausa; mirada significativa de un íntimo del presidente, que le dice con admiracion silenciosa: ¡eres un Demóstenes!) *Que se salven los principios, sí, señores* (pausa y espera de aplausos ruidosos; y por último, en nombre de. aqui, el nombre del candidato, de efecto mágico, pronunciado con dulce languidez de enamorado. . .vivas y aplausos á discrecion; la campanilla del secretario vuelve á sonar con estrépito. Se restablece el orden, y el presidente, á quien empezaba ya á flaquear la memoria, y creyendo haber cumplido de sobra con el encargo del candidato, se lanza con brios al epílogo del discurso con otro): *¡¡ señores!!* (tirado á fondo): *en nombre de os pido á todos y á cada uno que os encontreis mañana en el puesto de honor, en defensa de*

nuestras instituciones y de nuestros derechos! Las instituciones están tan tranquilas como los papeles viejos de un archivo. Resonaron nuevamente los vivas, los aplausos, y la música contratada para esa noche empezó á preludiar un trozo destemplado de opereta.

En ese momento, hizo su entrada el *hombre de los imanes*, acompañado de su amigo.

En la mitad del zaguan se le habia empaclado; queria retroceder;—huir, como los chucuelos que se escapan del colegio.

—Vamos, entra de una vez, ¿tienes miedo? le dijo su amigo impacientado.

—No miedo precisamente. . . . Es que me marea tanta jente, el humo y el mal olor que aqui se toma.

—No, hombre, en política, no hay malos olores; debes acostumbrar tu olfato,—todo es ambrosia! y el *hombre de los imanes*, con su cara triste, vieja, lánguida, sus barbas que parecian postizas, sus largas piernas de esqueleto, y sus manos de desocupado, entró al

patio con el sombrero debajo del brazo, como quien lleva un instrumento de música.

Una vez allí, empezó á mirar para todas partes, con ánimo de disparar; le latia el corazón, como si estuviese cercano á un gran peligro; todo era nuevo para él: era la primera vez que afrontaba esas reuniones, de las que tantas veces habia oido hablar y en las que nunca habia penetrado.

No habia vuelto en sí de su azoramiento, no habia acabado de buscar un sitio oculto, oscuro, desde donde pudiese observar todo sin ser visto, cuando empezó á sonar de nuevo la campanilla: se hizo el silencio, menos solemne que cuando habia hablado el presidente, pues el que iba á tomar la palabra en nombre de los *derechos del pueblo*, etc., era carta conocida, y como orador no tenía sino la figura.

Habló, *historiando* las peripecias de su gran partido, los sacrificios que todos habian hecho, incluso él, que andaba merodeando por

un puestito cualquiera y haciendo acopio de méritos.

Los vivos y los aplausos interrumpian el discurso; el entusiasmo iba en crescendo; las palabras, *patria, amor á las leyes, defensa de derechos, peligro de instituciones, grandeza futura, próceres y semi-próceres*, todo habia salido á relucir, como quien sacude el polvo á la ropa vieja. Para nuestro *hombre de los imanes*, eran cosas raras, singulares, algo como si estuviese en un manicomio.

Se desconocia á si mismo, desconocia á su amigo, á quien veía en medio del salon con el cabello alborotado, los ojos brillantes, haciendo ademanes grotescos, dando exclamaciones inpetuosas que le hacian saltar los botones del chaleco.

El mismo, se sintió entusiasmado; una ráfaga de patriotismo de comité le recorria la médula como un sacudimiento voluptuoso.

Tuvo tentaciones de gritar, de subir á la *tribuna* improvisada y ostentar él tambien su

elocuencia de patriota, por la buena causa, por los principios sagrados de la libertad, por el amor á las leyes y á los derechos del hombre; —se sentía trasportado, era otro; allí, en su rincón, había perdido el miedo; se sentía inflamado por el ardor juvenil, por sus ideales: Lamartine y Pelletan le bailaban en el cerebro; se ponía nervioso, frenético; las escenas de sangre, las conspiraciones, la patria en peligro que lo reclamaba, todo pasaba en tropel delante de su pupila dilatada.

En ese momento hubiera deseado la lucha, el combate, la guerra, el estruendo de los tambores, el silvido de las balas, los ayes de los heridos y de los moribundos; él, en medio del peligro, fuerte, valiente, peleando brazo á brazo, derribando enemigos, asaltando fuertes, tomando trofeos de guerra;—y luego, en medio del humo y del combate, levantando el estandarte de la patria sobre las ruinas y los cadáveres del enemigo;—aclamado, victoreado, cubierto de laureles y de flores, en una

apoteosis brillante que lo saludase como al benefactor de la patria querida.

Su cerebro daba vueltas, como un molino; se le nublaba la vista; ya no veía la masa enorme de jente que lo rodeaba; tenía zumbidos en los oídos; estaba fuera de quicio; su entusiasmo lo había llevado al delirio; á los gritos de *vivas* y *mueras*, se sentía estremecido, como si le diesen una gran sacudida en la nuca.

En ese instante, la *manifestacion* debía salir á la calle; los grupos se iban uniformando, y al compás de una marcha rampóna iban marcando el paso con palmoteos y silbidos; tenían que pasar frente al comité enemigo, para dar fé del entusiasmo y del número, y enseñar bien los dientes.

—Vamos, vamos, decían desde adentro; él se sintió empujado, arrebatado y sin perder un ápice de su entusiasmo se fué al fondo del salón, arrancó rápidamente una de las banderas, con acento vibrante dió un grito de ¡vi-

va la patria!, que le salía del fondo del corazón, y se lanzó á la calle desplegando su estandarte.

Allí, olvidándose de la consigna recibida, suscitando en su memoria el recuerdo de otros tiempos, y con el delirio de su entusiasmo, iba á dar un viva á sus ideales del pasado, cuando sintió que una mano fuerte, nerviosa, le comprimía la boca, dejándole, el viva en los carrillos, abollados, como los de un niño que juega con un buche de agua.

—¡Bárbaro! le dijo su amigo al oído; abrió él los ojos, como un estrangulado; y con acento quejumbroso balbuceó:—Tienes razón!

INCONSCIENTE

INCONSCIENTE

Era la primera tentativa. Habia pasado hasta entónces de incógnito, entre las miserias y los vaivenes del ocio, sin sentir rubor; se habia sustraído por su voluntad á las miradas fiscalizadoras de las jentes; no tenia á quien rendir cuenta de su manera de ser, sino á si mismo. Se habia abandonado en cuerpo y alma á las exigencias caprichosas de su organizacion enfermiza y pervertida y cuando los ultrajes de la suerte levantaron en su espiritu algo como un reproche, no tenia mas que golpearse el amazon del pecho para cantar el *mea culpa*.

Le habia saltado ahora la veleidad de la vida pública, el deseo de figurar, el entusiasmo de ingresar á las filas de los hombres que tenian influencia y que fácilmente habrian podido traerle á la superficie; pero, en el primer asalto dado á la fortuna, se quebraron estrepitosamente sus armas, cayó vencido y, lo que es peor, magullado, con la cabeza rota y la rechifla y las amenazas de las turbas.

Habia tomado las cosas á lo serio, se habia sentido inflamado como una mecha de estopa con el ardor patriótico, en medio de los discursos abigarrados del Comité, y habia creido, como los niños que miran con la boca abierta las pantomimas, que todo aquello era de verdad.

Esta fantasia tenia para él un atractivo irresistible, se sentia arrastrado á lo heróico y hubiera pagado con un año de su vida, á falta de otra cosa, por tener ocasion de poner á prueba su decision y su valor.

Cuando se vió arrebatado por los grupos y se encontró en la calle, dueño de una bandera

que hacia flamear á los cuatro vientos, marchando al compás de la música retumbante, aturdido por los gritos, por la algazara, por los vivas, por el estallido de los cohetes y las bombas; empujado, pisoteado, arrebatado fraternalmente por los que corrian, como enloquecidos, á transmitir las órdenes recibidas de los cabecillas de la manifestacion;— cuando oyó de nuevo los discursos, á la puerta de la casa del candidato, y vió á la jente frenética, entusiasta, y oyó gritar hasta el delirio y aplaudir con estrépito, y vió á los grupos apiñados, confundidos democráticamente, y treparse á las rejas de las ventanas, se sintió de nuevo entusiasmado, enardecido; una voz misteriosa le gritó desde su interior, con imperio irresistible: habla, habla, y él, rompiendo el incógnito y cediendo como un autómeta á esta fuerza poderosa, empezó á pronunciar un discurso que debia levantar la piel de pollo en los oyentes.

Tomó la palabra, encaramado sobre un monton de escombros que habia en la calle,

erguido, tieso, levantándose sobre la punta de los pies, estendiendo sus largos brazos de crucificado, con su sombrero abollado en una mano y el estandarte desplegado en la otra; su melena enmarañada, volando al viento como un penacho; sus ojos centellantes, sus labios trémulos por las ráfagas de ira, de coraje, de entusiasmo, de ardor patriótico, que le subían como escalofrios por el espinazo, parecía la efigie de la desolacion, pregonando las ruinas de la patria sobre un pedestal de escombros que el acaso habia puesto bajo sus pies.

Brotaban sus palabras como blasfemias en el atropello de reproches que lanzaba sobre los malos ciudadanos.

Habló de conspiraciones, de delitos políticos, de regeneracion social; se sublevaron en su cerebro desmantelado instintos neronianos; queria prender fuego, destruirlo todo, acabar con el género humano, á fin de hacer brillar la libertad que no podia vivir entre los hombres.

Cuando le llegó el turno á los candidatos, les fué exhibiendo de á uno como leprosos; les colmó de injurias y de epítetos.

Eran una série de mónstruos, de ambiciosos, sin antecedentes y sin prestigio, á quienes la patria nada debia y por la cual nada habian hecho; asi, por grados, iba subiendo el tono de su arenga, interrumpida por los vivas de los que, estando á la distancia, no oian sinó el eco de: *patria, enemigos, estermínio, triunfo de la libertad*, y veian siniestra y arrogante la figura convulsa del energúmeno orador. . . .
. . . . Aplausos y vivas que no atinaban á comprender los que, estando cerca, habian seguido todas las variantes de su discurso, que caia como una bomba de dinamita en medio del entusiasmo de las turbas, que habian ya lanzado sus mueras y empezaban á mostrarle con irritacion creciente sus puños temblorosos.

El seguia impávido y cada vez mas fogoso, sin medir el alcance de sus palabras y el

peligro que le rodeaba.—Si sus frases, sus injurias, sus epitetos, hubiesen sido lanzados al rostro del *enemigo*, esa noche se conquistó una ovación entusiasta; pero, era á ellos, á sus amigos, á sus *cabezas parlantes*, á los que representaban las deidades veneradas del cenáculo. Luego, las turbas mismas recibieron su merecido, en medio del estrépito, de la música, de la gritería, de los silvidos; al llegar aquí, estalló la ira comprimida.

Los mueras, las amenazas, los silvidos, los terrones de escombros hendieron el aire, y cien manos frenéticas, rabiosas y arqueadas como ganchos, le atraparon por todos los costados, le desgarraron las ropas, le arrancaron el sombrero, le sacaron los mechones de pelo mas al alcance de estas garras y, derrumbándole, le habrían indudablemente sepultado en los escombros, si la presencia salvadora de su amigo no hubiese intervenido milagrosamente en ese instante álgido del furor popular.

El pobre hombre estaba desconocido, con



las ropas desprendidas y rotas en jirones flotantes; de su levita no le quedaba mas que un faldon huérfano que podia cubrir á medias el dorso afrentoso de sus pantalones; una manga habia dejado el forro, como si pillada in fraganti hubiese abandonado el resto de la ropa para huir del peligro.

Su fisonomia pintaba el estupor, el delirio, la sorpresa, el aturdimiento, la inconsciencia del daño que habia causado; no se daba cuenta del por qué le estropeaban con tanta saña; oía las amenazas que le dirigian como un idiota á quien se le imputa un delito; recibia los golpes de puño sin sentir el dolor; le parecía que esos hombres enfurecidos, iracundos, que blasfemaban y tentaban ultimarle, mirándole con ojos inyectados de furor, eran locos, irresponsables, y un nuevo vértigo vino á unirse al primero, al que ya habia tenido sin saberlo, y le pareció que toda aquella jente hacia en torno de él una danza infernal, aturdiéndole con sus gritos, con sus improperios, con el ruido

de sus músicas y con la gritería de otro orador que en ese momento hablaba del candidato como de un Dios. Entonces le vino á la memoria el comité, los discursos, su entusiasmo, su bandera, el delirio con que habia salido á la calle y la cara plácida de su amigo, que le contemplaba con lástima y que con su prestigiosa voz de mando, impedía que sus enemigos le hicieran nuevos daños;—y allí, sobre el lecho de escombros, con la cabeza ensangrentada, roto, desgarrado, con la cara cubierta de lodo, las manos crispadas, comprimiendo los jirones de su bandera, sintió que le faltaban las fuerzas, que le zumbaban los oídos, que se le nublaba la vista, que perdía poco á poco la conciencia de su ser; hizo un esfuerzo para incorporarse, y aun no habia levantado sus hombros del suelo cuando dió un grito penetrante, cayó de nuevo y empezó á revolcarse en el fango en un horrible ataque de epilepsia.

Sus perseguidores retrocedieron espantados; aquel hombre, con el rostro desfigurado

por la contraccion convulsiva de sus músculos, con la boca torcida y cubierta de espuma sanguinolenta, con las ropas desgarradas, cubiertas de manchas de lodo y de sangre, era un espectáculo imponente;—no se atrevieron ni á impedir que se despedazase contra el empedrado y el monton de escombros que le servia de lecho.

.....
Su fiel sombrero de copa estaba allí, en el suelo, á su lado, como un ente piadoso que contemplase su desventura.

.....



INSERVIBLE

INSERVIBLE

Estirado como un muerto, y sobresaliendo, las canillas flacas y contusas, de la angarilla, llevada por dos almas piadosas que se entretenían, en el trayecto, en imprimirle movimientos de vaiven, para reírse maliciosamente cuando el pobre hombre estaba á punto de darse un tumbo.

Así iba en la vía crucis de la execración pública el desventurado *hombre de los imanes*.

Detrás de él, los agentes del orden público, tiesos, adustos, convencidos de su alta misión y haciendo apartar á los curiosos con cierto encono impertinente, correspondido con mur-

muraciones sordas y sátiras callejeras, que interceptaban el eco de un silbido capaz de su-blevar su sangre fría y su paciencia.

Era una procesion grotesca, que hacia distraer á los transeuntes, parar los vehículos y agrandar la bola de nieve de las mentiras, inventadas al paladar de cada uno, sobre la causa y el estado del desdichado que iba en la angarilla.

Algunos manifestantes, mas amigos de ver el desenlace del triste acontecimiento que de seguir gritando *vivas* y *mueras* por cuenta ajena, habian seguido tambien la angarilla.

Iban por grupos, alegres, alborotados, prolongando su entusiasmo con libaciones que hacian á hurtadillas, escondiendo debajo del saco el cuerpo del delito.

Entre ellos, algunos taimados, recelosos, esquivando ciertos ojos que bien sabian que desprendian miradas que penetraban por las rendijas de sus pasadas aventuras, y que la puerta de la comisaria era una boca hambrienta que les atraia con el vértigo del abismo.

Se mantenían á una prudente distancia, echando sobre los ojos el ala del sombrero y haciendo del cuello del saco un tubo por donde sacaban de vez en cuando la cabeza como tortugas.

.....

La angarilla hizo alto en la puerta de una comisaria; los guardianes se hicieron una venia ceremoniosa y el que dirigía la marcha dió la voz de entrada, rígido y adusto como un general que manda asaltar un fuerte.

En la confusión, pocos se apercibieron de que algunos de los grupos fueron atrapados y conducidos al interior por agentes disfrazados que andaban en la semi-oscuridad de la calle confrontando caras y buscando en los rasgos fisionómicos la imájen viva de los retratos que tenían en los bolsillos ó de las señas que habían recibido.

.....

Si al lector no le molesto podemos entrar y tratar despues del *ben chi vi trovai*

La angarilla habia hecho alto en medio del patio.

El epiléptico seguia inmóvil; solo de vez en cuando sacudia de golpe su cuerpo en una contraccion convulsiva, como si recibiese un choque violento.

Su fisonomia habia perdido la espresion de estupor; por el contrario, sus músculos, que habian entrado en calma despues del trabajo que habian soportado, estaban ahora plácidos, relajados, y le daban una espresion de calma y de bienestar.

Dejaba oir un ronquido gutural que le hacia asemejar al estertor de los moribundos.

Sus párpados parecian velar piadosamente miradas para evitarle la penosa sorpresa del recinto en que iba á encontrarse.

El resto de su cuerpo, magullado y mal cubierto por jirones de ropa, daba la medida de la categoria social del sujeto.

Largo rato estuvo así, estirado en el patio, visitado sucesivamente por el personal de la casa.

y sirviendo á los comentarios de los del bajo servicio que de tiempo en tiempo venian á darle una sacudida para hacerlo *despertar* en medio de risas comprimidas y de motes poco honestos.

La entrada de nuevos *huespedes* les hizo distraer de su entretenimiento; habian recibido la órden de dejarlo en el patio para que le diera *el aire*, á fin de que se le pasara el *mal trago*; empujaron la angarilla hácia el ángulo del fondo, y al hacerlo, cayó el famoso sombrero de copa, y como si estuviese animado por el instinto del estado en que estaba su dueño, se fué rodando hácia él; un pié tosco, grosero, se le puso encima y en un golpe violento lo hizo sonar como un globo de goma reventado; despues de este, otro y otro, hasta que en el último fué á rodar al medio de la calle, donde quedó desorientado para siempre de la cabeza que por tanto tiempo habia protegido del sol y de la intemperie.

.....
Nuestro amigo habia abierto los ojos sin

darse cuenta en el primer instante de lo que le había pasado.

Se encontraba tendido sobre un lecho duro, rodeado de paredes desconocidas y teniendo por techo un cielo bellísimo, salpicado de estrellas que parecían próximas á caer sobre su cabeza como gotas brillantes.

Quizo incorporarse, pero le faltaron las fuerzas, se sintió todo dolorido, especialmente en la nuca y en las piernas, donde tenia dolores que por momentos le hacian contorser.

¿Qué será? dijo para sí. ¿Estaré soñando?

Se restregó los ojos y entonces pudo ver perfectamente el sitio en que se encontraba.

¡ En una comisaria! exclamó.

Poco á poco se fueron dando la mano sus recuerdos, hasta constituir una cadena que jiraba en su cerebro como una rueda. El comité, los discursos, la bandera, sus impresiones, su amigo, la salida á la calle, el estrépito de las músicas, su entusiasmo y despues. . . nada: el vacío, y ahora la comisaria. . . los agentes que

pasaban á su lado con aire de mofa; otros, marchando con paso acompasado en la penumbra del patio, y luego grandes manchones de sombras movedizas que se dibujaban de improviso en la pared alta y blanqueada que tenia por delante.

Figuras humanas reflejadas grotescamente como en el bastidor de la linterna májica.

Un vijilante que salia de recibir órdenes, empezó á proyectarse en su forma natural; poco á poco, se fué agrandando, á medida que avanzaba, hasta tomar proporciones colosales.

Se entretenia en mirar estos contornos gigantescos en la variedad curiosa con que los presentaban los distintos reflejos de luz, cuando vió entrar rumorosamente un grupo de agentes conduciendo á un infeliz que pataleaba como un poseido.

Los vijilantes le servian de muletas, él habia dejado caer completamente su cuerpo, como un paralítico; arrastraba sus piernas, á las que imprimia de trecho en trecho movimientos ner-

viosos y violentos, á tiempo que lanzaba blasfemias de un repertorio desconocido.

Sus ropas viejas, harapientas, que apenas le cubrían, estaban manchadas de lodo seco, y en su semblante jóven aún podían verse ramificaciones de colorete que se difundían por sus mejillas como en un acceso de rubor inconsciente.

Luchaba con tenacidad por desacirse de sus conductores, pero estos, que revelaban pericia y garras fuertes, no tenían que hacer esfuerzo para detener sus pretensiones.

Un tirón estudiado, convencional, le hizo entrar bruscamente á la sala de la audiencia.

La pared, que iba reflejando en su variedad continúa todas las formas plásticas del grupo, dibujó la última, grande, inmensa. . .

El ébrio había tomado las proporciones de un animal jigante; si álguien se hubiese tomado el trabajo de ir dibujando los lineamientos, habría podido sacar una figura grotesca, original, pues, á merced de los reflejos de luz y de las sombras, se había empastado una mole que

había perdido por completo los contornos humanos.

Un animal extraño, con una cabeza deforme, orejuda, cubierta de pelos largos, tiesos en la frente, enmarañados y abundantes en la nuca; una nariz larga, gruesa, completando un hocico repugnante, del que pendía un labio hinchado, redondo, apoyado sobre el colchon de pelos ríjidos que presentaba la barba como un repliegue de cuero colgante.

Los brazos caídos terminaban en dos manos de oso; el lomo y las piernas formaban un todo que hizo sonreír al *hombre de los imanes*.

¡Qué particular! se dijo, al ver esa sombra; cualquiera diría que se trata de una bestia y no de un ser humano.

Por una extraña coincidencia, el espadon del vigilante, que en ese momento era desenvainado, probablemente para mostrar al superior que estaba vírjen de la calumnia que se le imputaba, vino á aparecer adherido al dorso del ébrio, figurando una cola como nunca animal alguno la exhibiera.

La sombra presentaba todas las faces del movimiento, hasta que desapareció de golpe para dejar en su reemplazo una figura esbelta, elegante, tiesa, delante de la mesa de escritorio.

Esta nueva sombra alzaba rápidamente los brazos, haciendo ademanes nerviosos, á tiempo que decia: soy inocente, soy una víctima, un caballero. . . en las sombras, podria agregarse.

Despues de esta, otra y otra; cada una con las proporciones acrecentadas y deformes, segun los sujetos que iban ingresando al recinto.

Este entretenimiento inocente le hacia distraer de reflexiones amargas y de cavilaciones, en las que su espíritu no podia anudar bien los hilos de su situacion presente y de sus aventuras políticas.

¿Por qué estaré aqui? se dijo de pronto.

¿Y la manifestacion?

¿Si habré cometido algun daño, del que soy responsable sin saberlo?

El amor propio de su pequeño valimiento, habiendo figurado como un factor de cierta importancia en la manifestacion, le hacia pensar modestamente que tal vez se hubiese comprometido, llevando sus ideas y sus actos mas allá de lo conveniente y de lo pactado con su amigo; luego, añadió, saboreando una ráfaga de orgullo que ocultaba en lo mas íntimo: ¡talvez soy víctima de alguna confabulacion!

El papel de víctima era para el un ideal.

Cerró de nuevo los párpados y empezó á creer que eran sus enemigos los que habian disuelto la manifestacion y que talvez á su compañero le habia tocado peor suerte.

Al fin, el estaba estirado en una angarilla, protegido por el cielo, y aunque olvidado en un rincon del patio, ya le llegaria su turno para ser interrogado y juzgado como convenia á su *posicion* y á sus *compromisos*.

Pero aquí, *piu che il dolor pote il digiuno* y empezó á sentir las ansias de su estómago que desde por la mañana no habia sentido el roce de un mendrugo.

Sus dolores se habian calmado, pero cada vez que pretendia levantar la cabeza sentia que su cerebro pesaba como si fuese de plomo y que no podia fijar sus ideas con la lucidez de otros momentos.

Se hallaba abstraído por estas observaciones auto-psicológicas cuando sintió que una mano le agarraba con fuerza un brazo y le sacudia violentamente. Una exclamacion de sorpresa, de disgusto, de dolor, contestó al llamado torpe del guardian. Levántese le dijo con voz imperativa.

—¿Levantarme?. . . no me es posible; es preciso que V. me ayude. . . Otra sacudida mas violenta que la primera lo hizo llegar al borde de la angarilla. . . Miró esta vez al vijiante con ojos de reproche é increpándole su conducta le suplicó que no le hiciese daño.

Este, que no tenia en su masa cerebral un pequeño grupo de celulas que elaborasen la compasion ó sentimientos congéneres, se limito á llamar en su auxilio á un *colega*, y entre los

dos pusieron de pié y sin miramientos á la pobre economía del infeliz.

Estando en esta posición le dió un vahido y hubiese caído desplomado si los dos hombres que se empeñaban en hacerlo caminar no intervienen á tiempo para sujetarlo.

—¡Qué delicado! dijo uno de ellos con sorna, acostumbrado á tramitar esa mercancía de ebrios y vagabundos sin el menor escrúpulo, tanto de su parte para tironearlos cuanto de los otros para oponer una resistencia de bestia que lucha y patalea para quitarse el dogal.

¡Bah! pensó el otro, á estos no hay que mirarlos con lástima. . . dan un trabajo! . . . es menester estar detrás de ellos como de criaturas. . . si yo fuese *gobierno* haría echar al río todas las pipas y botellas de bebida para que nadie pudiese tomar.

—Yo haría cortar todas las parras, añadió con énfasis su camarada para presentarse mas radical.

Dos miembros entusiastas de la sociedad de

temperancia no habrían discurrido con mas convicción ni con mas aplomo.

.....
El *hombre de los imanes* estaba sentado en la angarilla, con el cuerpo caído hácia adelante, sus brazos largos, flacos, colgando, como si estuviesen desarticulados, la barba apoyada contra el esternon, saliente del pecho como una tablilla de fracturado.

Los vigilantes le imprimieron una nueva sacudida, y de pronto, como si le hubiesen dado un tiron al nervio mas sensible, dió un salto tan brusco hácia atrás que hizo espantar á sus dos perseguidores.

Repuestos de su sorpresa, quisieron nuevamente atraparlo, pero, su actitud hostil, su mirada tosca y brillante, su ademan amenazador, les hizo comprender que se ponía á la defensiva, dispuesto á disputarles los últimos jirones de su ropa, que estaban ahora como erizados sobre su cuerpo de esqueleto.

En esa actitud plástica, cerrando los puños

crispados y levantados sobre su cabeza, sus largas piernas abiertas como un trípode, envuelto en las sombras del patio, tenía un aspecto siniestro; era un *animal* desconfiado, erigido sobre sus garras, que se ponía á la defensiva.

Los dos asaltantes procuraban disuadirlo, empleando ahora toda la miel de su lójica autoritaria y tirándole de vez en cuando un zarpazo para asirlo y conducirlo á la presencia del superior.

Querían evitar la camorra ruidosa; *peleaban* en silencio; él, en el rincón, defendiéndose de todas maneras; ellos, sin conseguir mas ventaja que la de arrancarle un resto de la manga ó un pedazo de solapa para jugar como cachorros con los *trofeos* conquistados.

Sus contendientes eran dos muchachones de pómulos salientes, de un cuarto de sangre, con el rostro aceitunado, la mirada movediza y con la expresion traicionera del gato montes.

Estaban allí de vijilantes como podian estar

de cualquiera otra cosa; tenían ambición por el mando, por el sable, por los botones plateados y por ostentar entre sus camaradas su autoridad y su persona.

Al fin, una aspiración modesta, que los emancipaba á ellos mismos de caer en las redes de esa autoridad que estaban representando, y aunque su mejor empeño era de siempre en el barril solían dar lastimosamente en el suncho.

Su posición, su gerarquía, la gravedad que les imponía el puesto, no podía borrar del todo sus instintos y sus tendencias. Acostumbrados á tratarse así entre ellos, á estarse horas enteras haciendo gimnasia de manoteos y pujilatos que suelen acabar con heridas y contusos, la habían emprendido con el epiléptico sin la menor idea de hacerle daño, pues, de paso que le conducían al interrogatorio, estimulaban su terquedad y su enojo con un poco de camorra bien inocente según su manera de entender.

En uno de los ataques, la mano dura, áspe-

ra y sudorosa del mas musculoso le cayó como una piedra sobre el hombro y de allí en un quite suave, meditado, le pasó por la cara rozándole con la yema de los dedos en una caricia felina y afrentosa. Un grito de despecho, de humillacion, que estalla en una protesta de ira y amenaza, puso fin á la escena; los dos muchachones se intimidaron, y para evitar que el gefe ó empleado superior interviniese castigando su grosero entretenimiento, empezaron ellos mismos á apostrofarlo con voz acentuada y hacerlo marchar ya sin miramientos al interior de la oficina.

—¿Quién es este? dijo el empleado que estaba sentado como un juez delante de su escritorio y que acababa de hacer dar el último ronquido á la bombilla de platina de un *mate* enmelado y reluciente.

—Ha promovido un gran desórden en la manifestacion, exclamó el vijilante mas embustero, como queriendo humillar la altivez con que se habia presentado el reo á la presencia del *juez*

improvisado. Este, á quien la figura extraña y el estado deplorable en que se encontraba el *hombre de los imanes* habia llamado la atencion, á punto de interrogar con la mirada al vigilante, como temiendo de que le hubiesen tironeado demasiado y tuviese que reprender al ajente con severidad.— Ah! es que le dá el *mal*, señor; por eso esta así, replicó con énfasis el aludido, comprendiendo el interrogatorio mudo pero elocuente de su superior.

No ha de ser bueno el mal cuando se halla tan roto, pensó el que hacia las veces de comisario y tenia empeño en hacerse pasar por tal cuando le caia en las manos alguno de esos *honestos á quienes* la autoridad *tiene entre ojos*.

Largo rato estuvo observando al reo; cualquiera al verlo hubiera creido que estaba absorbido en su filiacion; lejos de eso, estaba arrollando entre sus manos un cigarrillo, duro, empedernido, con el tabaco enredado como una melena de preso y deseando que las horas pasaran con rapidez, no para ir en busca de al-

gun hilo misterioso que llevara la luz á la justicia, ó de algun delincuente que anduviese merodeando por los contornos, sino para ir como un Don Juan de ínfima clase á hacer una conquista en los suburbios.

Cuando el cigarro estuvo *hecho*, redondeado, cuando pasó por el labio inferior el canto del papel para arrollarlo mejor y pegarlo como un sobre; cuando hubo doblado con la uña dura y encanutada del pulgar derecho una de sus extremidades, el vigilante, que seguia sus movimientos, raspó un fósforo *saca ojos* y con la urbanidad mas criolla se lo alcanzó para que su *señoría* encendiese el *puro* y pudiese darse asi los aires de dueño y señor de la oficina.

Despues que hubo aspirado con fruicion algunas bocanadas de humo, apoyó el codo derecho sobre el escritorio, teniendo el cigarro entre el índice y el medio, á la altura de sus labios, mientras lanzaba por los conductos nazales dos hebras divergentes de humo espeso y se rascaba con la otra la apofisis mastoide, prominente y cubierta de pelo.

En esta actitud, miró un instante al *preso*, y luego, echando su cuerpo para atrás, hizo llegar su rodilla huesuda hasta el borde del escritorio, á tiempo que decia: —¿cómo se llama V?

—Yo, dijo el presunto reo, con voz débil, aplicándose su mano derecha abierta y tiesa contra el pecho.

—¿Quién ha de ser, sino V?

Este miró á su vez al seudo-comisario con una sonrisa que hubiese sido compasiva si el mismo que la dibujaba no hubiese inspirado lástima.

Harto, aburrido, enconado, hambriento, con la desesperacion que todavia atormentaba su espíritu, poco le importaba ya de lo que pudiese acontecerle, de su situacion, de la comisaria, del *castigo* que le impusiesen, y aunque le hubiesen tirado al pozo como á un perro muerto, no habria opuesto resistencia.

Corrian por su cerebro las impresiones como si se disputasen el sitio de la atencion; ninguna conseguia fijarse en ese *negativo* incansable

para estimularlo á la vida real, al acto presente, á lo que le estaba pasando.

Habia momentos en que tenia alucinaciones que le atormentaban, poniéndole en una situacion difícil.

Tenia por delante un pillastre que habia caido en la remanga;—uno de los que hacen la jira por las comisarias para ser presentado, filiado y reconocido por los agentes, á fin de que lo dejen *nadar en rio revuelto*.

Al mirarlo fijamente se le pintaba con dos cabezas; una grande, redonda, maciza, cubierta de pelo duro y cortado en cerquillo sobre la frente chata y deprimida: ojitos de topo, brillantes, movedizos, labios finos, con comisuras plegadas en una sonrisa taimada y burlesca.

La otra, una cabecita pequeña, de feto macerado, con tintes lívidos, párpados semi caidos y una contraccion en los músculos del rostro que le hacia asemejar á un *pequeño Meñístófeles* agarrado con tenazas.

Le parecía oír los gritos agudos, chillones, y le veía en las contorsiones de dolor ocasionadas por el hierro que le comprimía.

— ¡Qué impresión estraña! pensó, y fijando mas su atención, procuraba encuadrar en sus lineamentos reales, despejando los contornos ilusorios, para hacer entrar uno por uno en su quicio, los rasgos del delincuente, teniendo de nuevo por delante la fisonomía astuta, vulgar y desalineada que había recuperado sus facciones.

Estas impresiones eran tan rápidas y tenían para él tanta influencia que forzosamente hacía llamar la atención con sus movimientos, con sus sorpresas, con sus monosílabos, cuando perdía de vista los objetos reales para engolfarse en la contemplación de las imágenes que le creaba su delirio.

Después de la transformación del ratero, le tocó el turno al escribiente y en seguida al vigilante que estaba de ordenanza.

Era un lindo tipo criollo cuadrado militar-

mente en un ángulo de la pieza; alto, esbelto, de pecho saliente, de tez bronceada, musculoso, y revelando á pesar de sus años la elasticidad de un cuerpo ágil y aguerrido.

Sus facciones acentuadas daban á su fisonomía una expresión marcada de virilidad bondadosa y en su mirada tranquila y su acento reposado se advertía al instante, al hombre paciente, sumiso, pero de propósitos firmes.

Era una cara simpática, con su barba entrecana recortada prolijamente al rededor de las mejillas, cejas espesas, bien delineadas, unidas en la raíz de la nariz por un pliegue acentuado.

La autoridad, representada por hombres así, no despertaría las resistencias que en algunas circunstancias levantan sin quererlo y sin sospecharlo; esas figuras adustas y antipáticas de hombres de escala y de raza inferior.

Había cruzado sus brazos sobre el pecho, dejando, sin embargo, por un legítimo sentimiento de vanidad, que se exhibiera plenamente una medalla de cobre suspendida de una cinta con

los colores de la patria,—un modesto premio á su abnegacion y á su valor.

Este hombre estaba allí, mudo, inmóvil, incansable, acostumbrado á esa tarea sin pestañear, sin dar señal de fastidio, obediente á la consigna y satisfecho de merecer esa confianza.

.

Esperaba el escribiente la respuesta, cuando penetraron en la pieza dos ajentes conduciendo maniatado con la cadenilla á un nuevo personaje que tenia la *inocente* tendencia de apropiarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Era un moceton lampiño, con la cabellera abundante y alborotada; habia para proveer de pelo á media docena de calvos.

Pómulos angulosos, como sirviendo de punto de apoyo á una mandíbula cuadrada, gruesa, con un borde como una quilla.

El resto, hacia *pendant* á estos rasgos, que un antropolojista habria completado con dos

orejas en ansa y dos pares de caninos afilados como flechas.

La peculiaridad de este sujeto estaba, sin embargo, en los ojos: parecía que la mirada se dividía en dos; la primera natural, indiferente, una mirada como otra cualquiera; debajo de esa relampagueaba la segunda, corta, rápida, desconfiada, hipócrita, escrudiñadora.

La primera, era la mirada ordinaria, la que le servía diariamente para dar á su fisonomía la expresión de un ente inofensivo; la segunda, pintaba al delincuente y echaba *mano* de ella en los momentos íntimos, cuando creía no ser observado y cuando emprendía, poniéndola á la *vanguardia*, el plan de campaña que había meditado.

Para mentir, para ocultar su pensamiento, para tomar los aires de santulón indefenso, se valía de la primera; para ver en la oscuridad, para taladrar una cerradura, para dirigir una amenaza, de la segunda, que absorbía entonces todo el juego y la expresión de su pupila.

Era su mirada de guerra, su escudo, su arma, su caudal; cuando se mezclaban las dos, su fisonomia tomaba un aspecto extraño, diabólico.

.

Mientras el escribiente bosquejaba con gran ruido de pluma y geroglíficos en las letras mayúsculas, las primeras anotaciones del sumario, él magullaba entre dientes una protesta, ocultando todo lo mas posible su segunda mirada rebelde de culpable.

A una señal convenida, cuatro manos empezaron á sondar los bolsillos y los repliegues de sus ropas y el cuerpo del delito que salió á relucir no calmaba sus protestas, pero su mirada se encargaba nuevamente de desmentirlo.

Entre tanto, el *hombre de los imanes* se habia ido arriconando; miraba fijamente al vigilante impasible y le parecia que le amenazaba; habia perdido la nocion de la distancia y se figuraba que la tenia á un palmo de la nariz, empuñando el arma filosa para ultimarle.

Retrocedió algunos pasos y enredándose en una silla fué á caer á poca distancia de la puerta, dando gritos y presa nuevamente de un ataque convulsivo.

En la confusion que produjo al caer, el de las miradas dobles habia emprendido una retirada decorosa hácia la puerta, pero en la mitad del camino sintió una mano como una ganzúa que le asía de la nuca; dió vuelta y tomando la mas plácida expresion de mansedumbre dijo suavemente: creia que estaba en libertad.

En ese instante, entraba un agente con un envoltorio debajo del brazo; dentro de los trapos arrollados se movia algo que no podia distinguirse, pero los gritos y el llanto peculiar pusieron de manifiesto que se trataba de una criatura.

Un niño recién nacido, aterido de frio, que el vigilante habia encontrado en la calle, abandonado como un gatito en el hueco de una puerta.

EL DEPOSITO



EL DEPOSITO

Se había destinado una de las piezas del fondo para los presos de menor cuantía.

Se encerraba en ella á los sospechosos, á los que eran imputados de causas leves, á los vagabundos, á los ébrios y algunas veces á los heridos que no podían ser trasladados inmediatamente al hospital.

En ese recinto cuadrado, con una puerta insegura que daba al patio, pavimentado con tablas movedizas y horadadas en los cantos por una larga generacion de ratones que disfrutaban holgadamente de la bienaventuranza, pues no había perro, ni gato, ni trampa que hiciese peligrar su pacífica existencia.

En otros tiempos, había sido tapizada con papel adamascado; ahora, el papel había sido arrancado en grandes franjas en los momentos álgidos de fastidio y como un desahogo á la ira comprimida de los que tenían que pasar allí las largas horas de ocio y de zozobra.

La pared desnuda, mostrando en algunos puntos los ladrillos descarnados y rojos como una matadura, y de trecho en trecho, una variedad abigarrada de fechas, recuerdos, nombres de mujeres, imprecaciones y versos mal rimados, rodeados de geroglíficos ininteligibles.

Pendían del cielo-raso las franjas sutiles y polvorientas con que habían entretenido sus ocios las arañas, que alguna vez descendían curiosas hasta el suelo para fiscalizar la catadura del huésped que las acompañaba ó atrapar una mosca incauta que zumbaba desesperada como presintiendo su suerte.

En ese recinto húmedo, mal sano y que había sido bautizado con el nombre de *depósito*, en-

cerraron piadosamente al epiléptico, hasta que fuese reconocido por el médico seccional á fin de enviarle al manicomio ó dejarlo en libertad.

Con el silencio que reinaba en la habitacion, lejos del bullicio y del roce poco fraternal de sus semejantes, el infeliz habia recuperado poco á poco su calma habitual; los nervios iban entrando en quicio, y su cerebro, que habia dado una verdadera batalla, iba conquistando con el descanso el funcionamiento semifisiológico que le permitia darse cuenta de su situacion y de los peligros que habia corrido.

En los primeros momentos, empezó á vagar por la pieza, teniendo siempre por delante las imágenes bizarras que levantaban en su imaginacion la anémia y las desdichas.

Hablaba, jesticulaba, hacia ademanes que parecian de loco, se llevaba la mano á la frente, dándose palmadas que sonaban como chasquidos; luego, se quedaba inmóvil durante largo rato con los brazos cruzados sobre el pecho,

cabizbajo, como si un pensamiento fijo le absorbiese.

Un mechero de gas que iluminaba el patio, proyectaba algunos rayos amarillentos al interior de la habitacion, dándole un aspecto siniestro.

En ese fondo claro-oscuro, á esa hora, en un recinto desmantelado, el *hombre de los imanes* tenia el aspecto de un forajido, de un demente.

Visto de improviso, se hubiera creido una aparicion empastada de lodo, de sombras, de carne contusa y amoratada, vagando dentro de las franjas colgantes de sus ropas raidas y desgarradas.

Si él mismo se hubiese visto reflejado en la pared como el ébrio que habia contemplado, habria tenido repugnancia de si mismo.

Cuando avanzaba lentamente desde el fondo sombrío del *depósito* y recibia de golpe la luz tenue, oscilante y amarillenta que despedia el mechero del patio, parecia envuelto en las sombras misteriosas del sepulcro.

En los últimos escalones de su existencia, había dejado su ropaje de filósofo inútil, tirando su último mandoble á la sociedad con la que había roto por completo y en la que no dejaba afectos ni rencores.

Ahora, estaba encerrado y custodiado en el depósito; la sociedad no quería sus miserias, su epilepsia, su impotencia; era un presente griego que relegaba al último rincón, para hacerlo inofensivo, inútil.

La polilla había invadido el tronco dejando ver una rajadura seca en la que no podrían echar sus raíces ni las plantas parásitas.

.....

En aquel silencio lúgubre, en medio de aquella oscuridad que aún se disputaban los manojos de luz que venían del patio, aquel pobre ser, medio hombre y medio ente, tuvo un momento de lucidez intelectual y afectiva.

Su cerebro, harto de elaborar ideas descabelladas y sentimientos egoístas le hizo vislumbrar un horizonte de calma: la posibilidad

remota de una regeneracion, y con ella, un cúmulo de bienes.

Iba anudando con hebras de entusiasmo este programa privilegiado, y á medida que brotaban esas ideas y esos sentimientos modelados sobre conceptos mas reales, se iba esbozando una entidad moral que él contemplaba extasiado como un sicólogo que ha resuelto un arduo problema.

—¡Si yo fuese así! decia con ansiedad, dando un toque á un sentimiento, como podria hacerlo un escultor con un perfil torcido y que con un golpe de buril lo levanta para hacer brillar la pureza de la línea.

Acariciaba luego una idea y la elevaba paulatinamente hasta hacerla digna de un cerebro delicado, equivocaba á veces los tintes y los matices, haciendo resaltar los colores chillones donde era menester la sombra suave, y entonces se perdia de nuevo en el caos de su exaltacion neurótica.

El tipo moral que habia elaborado paciente-

mente quedaba convertido en una figura grotesca y deforme.

—No, exclamaba, no, ese soy yo, y apretaba sus manos temblorosas y crispadas para amenazar á su modelo.

¡Ah! si hubiese podido materializar esta fantasia que tantas veces le habia hecho soñar, como si fuese una creacion posible de refundir en su propio organismo!

¡Si hubiese podido tocarla con la fruicion del avaro que hunde sus manos en el oro para experimentar las impresiones acariciadoras del metal!

Venian despues sus instintos abriendo brecha en ese ser ideal y de creacion reciente, para embadurnarlo con sus torpezas, y entonces, el vicio, el abandono, la zozobra sin tregua, la indiferencia, el agotamiento prematuro que trae el desgaste de las fuerzas, como final de una lucha estéril y sin mas objetivo que el egoismo triunfando con descaro de todos los arranques nobles, de todos los sentimientos

mas puros, de todos los impulsos mas desinteresados.

Siempre se interceptaba él mismo como una mancha en la tela sutil donde habia elaborado esa organizacion exquisita y una impulsión de despecho le hacia considerar su situacion mas odiosa y desgraciada.

Se hacia mas culpable ante sus propios ojos y en un arretrato de ira se acabó de arrancar los jirones de harapos que le cubrian.

.

Acurrucado en el rincon mas sombrío habia apoyado su barba descarnada sobre sus rodillas y pasando sus largos brazos en forma de arco por delante de sus piernas, habia entrelazado los dedos nudosos y huesudos, sosteniendo unidas y tiesas sus piernas flacas y filosas como dos aristas. Asi, en esa actitud, plegado dos veces sobre si mismo, parecia una de esas figuras grotescas de la alfarería india, arrumbado como un trasto inservible.

Gozaba ahora de ese silencio tan grato á sus nervios:—percibía apenas el rumor lejano y confuso que le traían las ráfagas que penetraban por los vidrios rotos y se hacia la ilusion de que estaba lejos, muy lejos de la ciudad, como en sus buenos tiempos, cuando huía instintivamente á los suburbios á cobijarse bajo una humilde pieza de casa de inquilinato.

No habia sabido vivir del trabajo, no habia tenido enerjia para soportar con serenidad las zozobras y desfallecencias con que se tropieza á cada instante, no habia querido dias amargos, ni un minuto de disgusto para abrir ampliamente sus brazos á la esperanza soñadora; tampoco habia tenido alegrías; no habia visto desflorar la tierra por la semilla que empuja llena de savia su tallo erguido, cubierto despues de frutos sonrosados y como pudorosos de su fresca desnudez.

Su filosofia escéptica, fria, descarnada, desconsoladora, hueca como una ampolla de ja-

bon que refleja engañosa los colores del iris y se desvanece con un soplo, había servido de coeficiente á su egoismo, que le subía ahora á los labios como una ola turbia y amarga hasta darle nauseas de si mismo.

¡Sus recuerdos! ¡sus gratos recuerdos! ¡ni ellos! ¡Estaban salpicados de fango y le mostraban una juventud árida, sin amigos, sin hogar, sin familia.

El vacío, el tiempo perdido, los años pasados velozmente, siempre iguales, reducidos á un día y acompañados del vicio, exhibiéndose en la copa dorada engañadora que oculta la serpiente enroscada en las cinceladuras primorosas del pedestal.

—Basta, se dijo, es menester concluir Desanudó sus dedos entumecidos, como si rompiese sus ligaduras y agarrándose fuertemente la cabeza estalló en un sollozo prolongado.

Parecia el ahullido de un perro delante de la tumba de su amo.

El sueño puso término á sus dolores y reflexiones.

A fuerza de agitarse y de buscar acomodo á sus huesos, para ocultar mejor su desnudez, encontró una postura menos molesta y poco á poco se fué trasportando al mundo de las fantasias.

Soñó como los hambrientos con grandes pilas de pan y manjares muy cerca de sus labios, pero se encontró con manos entorpecidas que no le permitian atraparlos.

Horas interminables de felicidad hacian sus danzas caprichosas delante de su pupila como mofándose de sus desdichas.

Un *bazar* de mujeres hermosísimas le exhibian con descaro sus formas voluptuosas; él abria sus brazos para envolverse en los pliegues de sus túnicas sutiles, pero en ese instante se desvanecian en sus manos como si fuesen formadas de aliento y de lujuria.

Un ambiente fresco y perfumado dilatava las ventanas de su nariz, y poco á poco, los

colores mas ténues iban mezclando sus tintas para forjarle horizontes deslumbradores.

Largas alfombras de verdura y de flores se extendian á sus piés y las mariposas de alas de oro y las flores de mas esquisita fragancia cambiaban sus caricias; la *bucna fortuna*, vestida con rayos de luz y llevando en sus manos de dedos afilados y transparentes un cetro brillante, se acercaba suave como el suspiro de un niño á tocar su frente dolorida.

Si de improviso se hubiese acercado una luz á su semblante descompuesto por el hambre, por el dolor, por los sufrimientos morales, se le habria encontrado transfigurado.

Hubiera sido curioso poder examinar esas impresiones traducidas por sonrisas que pretendian dibujarse en sus labios machucados; ver esas líneas que formaban surcos prematuros en su piel apergaminada, estirarse poco á poco, levantar sus bordes en una curva suave y desaparecer despues en un pliegue bien modelado, obedeciendo á las fibras musculares

que habian permanecido en la inaccion, casi atrofiadas.

Los músculos fisionómicos, recuperando poco á poco su vigor, escitados por un cerebro que elaboraba lentamente panoramas de felicidad, se contraian, se tonificaban, luchando con el ceño y la expresion enfermiza y de dolor á que estaban habituados.

Verle, de pronto, abrir desmesuradamente los párpados para presentar sus ojos fijos, inmóviles, de sonámbulo, en los que relampagueaba de cuando en cuando un rayo de alegría que animaba de pronto su rostro macilento.

Balbuceaba palabras ininteligibles, y de pronto una exclamacion de sorpresa y de estupor, al propio tiempo que estiraba sus brazos descarnados para asir la felicidad que aun en el sueño le daba la espalda.

.....

En esa actitud de animal cansado se iba arrinconando cada vez mas hasta quedar como incrustado en la pared.

.....

Una escena grotesca que tenia lugar en el patio, á poca distancia del *depósito*, vino á poner término á este éxtasis venturoso.

Un ruido sordo de voces, de protestas, de gritos y gruñidos roncós, remplaceó á los murmullos suaves, á las promesas alhagadoras, y el tufo insoportable de humedad y mefitismo ahuyentó la fragante aroma de las flores, y las ráfagas de viento helado que entraban por los vidrios rotos hicieron tomar el trote á los céfiros que habian arrullado el sueño del *hombre de los imanes*, y á las mariposas de alas de oro los insectos zumbones y molestos que andaban haciendo círculos en el aire y chocando de tiempo en tiempo contra las paredes y la cabeza magullada del preso, con sus corazas negras, duras, relucientes.

¡Era un sueño! dijo despues de restregarse los ojos. . . ¿Y esto? añadió, tendiendo el oido en direccion al paraje de donde venian los gritos.

Olvidado por un momento del sitio donde se

encontraba y del tiempo que había trascurrido, creyó que eran de nuevo los manifestantes que querían concluir con él.

Un sentimiento de terror y de rabia conmovió todo su organismo, y en la actitud de una fiera acosada, estendió sus puños crispados al propio tiempo que apostrofaba á sus enemigos, llamándolos cobardes y sin corazón.

En medio de la bulla y de la gritería que le mandaban desde afuera los ecos confusos y chillones no podía distinguir sino estas palabras :

—¡Es el loco! . . . ¡el loco!

—¡El loco! repetía él entre dientes . . . ah! creen que estoy loco. . . ya verán! exclamó impetuosamente y haciendo movimientos bruscos para levantarse y salir al encuentro de sus enemigos imaginarios. . . pero las fuerzas le abandonaron y cayó de rodillas, dando pesadamente con la frente contra la pared.

—¡Me muerol gritó con voz ronca.

Y esa pobre carne que estaba ya deshilachada no pudo reaccionar.

En ese momento, á los gritos, á las protestas y al ruido de esfuerzos y de empujones, y al arrastre que hacia crispas los nervios, se agregó el estrépito de la puerta que se abrió violentamente, recibiendo el choque de un hombre que fué lanzado como un fardo al interior de la habitacion.

Cayó produciendo un ruido seco y extraño, como si estuviese inflado, lanzando una interjeccion de ira y de dolor.

Cerróse nuevamente la puerta y el rumor de pasos y de voces se perdió poco á poco hasta quedar todo en el mas completo silencio.

.....

Permaneció pensativo y amedrentado el *hombre de los imanes*, esperando descubrir la filiacion de su compañero, ya que respecto de los manifestantes no tenia por que temer;—estaban tranquilos en el comité,echando sus cuentas sobre el efecto de los vivas y mueras que habian lanzado á los cuatro vientos.

En la actitud del gato que acecha al raton,

esperaba que la mole que se habia desplomado cerca de él se moviese ó le llamase en su auxilio.

Nada; el infeliz seguia estirado en el suelo, roncando cada vez mas fuerte y lanzando á intervalos unos gruñidos roncocos de apoplético que lo hacian estremecer.

Le llamó repetidas veces, le instó para que se levantase y fuese á contarle sus cuitas; pero, viendo que sus tentativas no daban resultado, se aventuró á estirar en la semi-oscuridad su brazo largo para tocarle con su indice puntia-gudo como una alezna.

Empezó por palparle suavemente una pierna que habia quedado desnuda, sintió el contacto de la piel lisa, turjente, suave, caliente, y al querer imprimirle la presion de su dedo retiró bruscamente la mano como si hubiese tocado la piel de un animal repugnante.

Se habia hendido la carne, dejando un hueco, como si fuese un hombre empastado de ma-silla.

Se arrastró de nuevo hácia su rincon, procurando distinguir en la oscuridad los movimientos del ébrio.

Miraba fijamente el bulto que estaba á poca distancia, é instintivamente tuvo miedo; le parecia que venia lentamente, rodando como un gran monton de escoria que quisiese sepultarlo.

Luchaba con tenacidad contra el sueño, y cuando ya estaba á punto de quedar vencido, se contundia con los puños las carnes mas doloridas ó se hincaba las uñas en el pecho para estimularse.

.....
.....

Empezaba á aclarar.

La luz del mechero de gas se hacia cada vez mas pálida.

Grandes franjas de nubes rojas asomaban por el horizonte, salpicadas de trecho en trecho por manchones negros, revueltos, como si la luz se apresurase á despojarse de esàs ves-

tiduras, para tirarlas en jirones que el viento dispersaba, dándoles formas caprichosas.

El *depósito* iba exhibiendo su contenido como con desgano; las sombras huían abochornadas, á medida que se iban despejando los contornos de ese cuadro de la miseria y del vicio.

El *hombre de los imanes* daba la espalda á la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y esperando resignado la terminacion de sus desdichas.

Cuando daba vuelta la cara y veía á su compañero tendido á sus piés como una res desollada, le venía á la memoria la figura grotesca que habia reflejado en la pared los contornos de aquel infeliz que habia contemplado desde la angarilla en el rincon del patio.

Levantaba luego su mano á la altura del pecho y la restregaba rápidamente contra sus costillas salientes, como si quisiese alejar de sus dedos alguna particula venenosa que hubiese quedado adherida por el contacto con la pierna del ébrio.

Este continuaba tendido en la misma postura.

Sobresalíale el vientre en una curva enorme, dejando ver su piel reluciente por entre las aperturas de la camisa sucia y desgarrada.

Parecía que las piernas quisieran reventar la tela del pantalón roto que las envolvía, y sus manos hinchadas, escarlatas, elefantiascas, pegadas á las caderas, estaban cubiertas de ampollas y lastimaduras como en los miembros atacados de gangrena.

Tirado así de espaldas, con su vientre abovedado que parecía próximo á estallar, el pecho que se levantaba en sacudidas precipitadas, como si tuviese apuro de almacenar aire en los pulmones congestionados.

Por instantes detenía la respiración, su cara se hacía más rojiza, abría los ojos inyectados y sus labios tomaban el color del vinagre; quedaba inmóvil, sin hacer ruido, hasta que una sacudida nerviosa le estremecía todo, como á un perro envenenado; luego,—otra vez la inmovilidad y el silencio.

En estos momentos, el *hombre de los imanes* estiraba el pescuezo, le miraba fijamente y, juntando como en un palmoteo las manos descarnadas, exclamaba asustado: ¡se ha muerto!

Y como si esta exclamacion fuese á herir el oido del ébrio, empezaba de nuevo á respirar; primero, con una respiracion amplia, ruidosa, algo como un esfuerzo supremo de vida, como si nuevas combustiones hubiesen recalentado esa hoguera próxima á estingirse.

Volvian á caer su párpados hinchados, glutinosos, equimóticos; entreabria su boca para dar salida á la espuma sanguinolenta que se pegaba como un copo á sus labios gruesos, carnudos, amoratados, sosteniendo el superior una hilera de pelos duros, entrecanos, adheridos á la carne como una costra.

Las mejillas surcadas por venas azules, sinuosas, formando arborizaciones que iban á terminar en el cuello, donde las gruesas venas estaban hinchadas, pletóricas, y amenazando romperse.

Un pescuezo de buey, corto, colorado, que se dilataba en cada sacudida respiratoria, como si el aire de los pulmones pasase al traves de las mallas de sus tejidos.

Ese conjunto, ya no era un hombre; el alcohol habia impreso sucesivamente su huella en esas carnes, robandole su nobleza plástica, hasta ahogarlo en una capa de grasa blanduzca y pegajosa.

Habia recorrido todas las visceras, en las que habia dejado un recuerdo de sus estragos; ahora, asomaba al exterior con la hidropesia, la inchazon de las piernas, las manchas violáceas y escarlatas que se difundian por toda la piel como si fueran el bochorno del vicio descubier-to de improviso.

El cerebro descansaba de las fatigas y torturas del delirio, obedecia como un esclavo á los estímulos de la animalidad; todos los sentimientos nobles habian huido del corazon;—ébrio él tambien y dando traspies dentro del pecho;—del cerebro se habian desalojado las ideas

para dar entrada á las alucinaciones, á las impulsiones disparatadas, á la perversion maníaca, á ese mundo compuesto de monstruos, de jentes de ojos de sangre, de caras verdes, de labios amarillos de agonizantes, de bocas torcidas como en una burla de demente:—todo esto habia desaparecido, á su vez, para dejar en su lugar el caos, la inconsciencia, el reblandecimiento, la atrofia. . . . la orgia concluida en el sueño del embrutecimiento.

En su intimidad mas sensible, se habia producido una catástrofe: una arteriola desgastada, enferma, habia estallado, y la sangre comprimida se habia abierto un camino sinuoso al traves del tejido blanduzco, desgarrando masas preciosas que habian dado el toque de alarma, llevando la confusion á sus compañeras.

Un asalto brusco, traidor, le habia hecho abrir los ojos desmesuradamente, como el buey que recibe el mazaso de improviso; luego, la convulsion, y el *coma*, como un preludio de la muerte.

Ahi estaban, el uno frente al otro, estos dos seres, los que, encaminados por distintos rumbos, habian venido á converger al alojamiento inmundo del *depósito*.

Separados ayer por una arista debil que interponia la sociedad con sus preocupaciones y sus distancias convencionales;—hoy, abrazados, unidos, vinculados fraternalmente en la comuna del vicio: uno, al borde del sepulcro; otro, haciendo antesala al manicomio.

APOTEOSIS



APOTEOSIS

Pasa á nuestro lado rozándonos como una sombra; cabizbajo y tembloroso como un perro que se estremece al salir del agua.

Su aspecto es otro; así, al primer golpe, no le reconoceríamos. Le han cortado el cabello, y su cara, completamente afeitada, tiene el aspecto de esos santos que mueren de consunción por la disciplina y los ayunos.

Está ahora en el manicomio, custodiado sin sospecharlo, por temor de que un ataque de epilepsia ó un raptó de delirio le haga terminar sus días de una manera dolorosa.

Estraña mezcla de hombre y de ente, de co-

raje y de debilidad, de entusiasmo y de desfallecencia, de ideas elevadas y de conceptos microscópicos, de afectividad tierna y enfermiza y de egoismo inconsciente.

Caso frecuente de hombre de carácter, de imaginación ardiente, de apasionamiento exaltado, de orgullo, de niño y de viejo, como si las dos edades se hubiesen refundido para llevarlo á una existencia aventurera.

Adherido á la sociedad como un musgo que crece en los cimientos, buscando siempre los rincones, las sombras, el alejamiento, para amar y odiar á su modo; arrastrado muchas veces al sacrificio, pero sin fuerzas para contenerse; sepultado en el fango para inspirar lástima, flotando en la superficie para alimentar las burlas, desafiando el ridículo para satisfacer su vanidad despreciativa.

Enfermo moral,—inconsciente de su estado y de su condición,—quebrando en sus manos la felicidad que iba generosa á golpear sus puertas.

Soñador, poeta que ha escrito rimas envenenadas con la savia malsana de su cerebro alcoholizado.

Con envoltura de filósofo pesimista, inclinado al suicidio por cansancio de su inutilidad y por el desaliento innato que le comprimía con su garra.

Crítico y moralista, con las pretensiones delirantes del neurótico.

Generoso, delicado, humilde hasta la mansedumbre. . . soberbio, irascible hasta el furor.

Ebrio por herencia, sin los refinamientos del vicio.

Ser transformado sucesivamente por la neurosis, por el alcohol, por la mancha hereditaria, que fué agrandándose con los años hasta eclipsar su personalidad.

Hombre á ratos. . . artista siempre. . . artista para llorar sus desdichas, para exhibirse él mismo como un modelo de su obra; juzgado y despreciado por si mismo, cuando se encuentra indigno del suicido.

Ironía viviente de la criatura humana que se levanta como una esfíjje en la aridez de sus propias obras.

Una mueca grotesca que befa el orgullo del que se empina desde el fango para tocar el cielo.

Descreído hasta el ultraje,—en uno de esos momentos hubiera sido capaz de reirse hasta de Hamlet y de su monólogo y de dar un puntapié al cráneo que extraía de la fosa. . . se hubiera burlado de Dios mismo en su petulancia rebelde y enfermiza.

De rodillas, besando el suelo, hundiendo su frente en la tierra que había escarbado con rabia, derramando lágrimas ardientes, hubiera esperado sin zozobra el rayo que le destruyese, porque se creía maldito y desgraciado.

Miraba á sus espaldas y veía á la sociedad correr detrás de él como una turba insensata y desenfrenada, estirando un millon de manos para asirle, lapidarle, y tirarle á la cara sus vicios

para ahuyentarlo léjos, como á un animal dañino.

Las puertas del infierno de Dante, abiertas de par en par ante sus ojos, y las figuras imponentes de los desdichados, que se revolvian en el abismo, salir airados y amenazadores para defenderlo.

El, en medio de las dos turbas, estirando sus brazos para contener la pelea horrible, abrirse despues el pecho y decir á los de la tierra: . . . Aquel es nuestro cielo; el infierno soy yo. . . y arrancarse el corazon, tirarlo ensangrentado, de carnada, para aplacar los alaridos de la muchedumbre famélica y enloquecida.

.

En la materialidad de las cosas diarias, en el roce de la vida, era un infeliz, que se le miraba con desden despreciativo.

Habia recorrido su via crucis impasible, recibiendo los azotes con la resignacion y la insensibilidad del sectario.

En sus debilidades, en sus angustias, en sus miserias, en sus esperanzas engañosas, era el hombre tirado á la orilla, como la espuma que lame la escoria. . . La escoria se habia revuelto y habia ennegrecido la espuma que venia columpiándose en la honda mansa.

Tenia aún, en el supremo abandono en que se encontraba, sus ratos de lucidez; desaparecia entonces el daltonismo que le cambiaba los colores reales y con aire desconfiado empezaba á contemplar la larga fila de hombres macilentos y silenciosos que pasaban á su lado como otras tantas efigies de su existencia.

Miraba con curiosidad esas caras deformadas por el sufrimiento; sentia frio ante esas risas inconscientes; llamaba con cariño á algunos de ellos, pero estos, con el miedo del animal uraño, le hacian un jesto indescriptible, le clavaban sus miradas de burla, de lástima, de reproche, de rencor, y se alejaban cabizbajos, vacilantes, cantando unos, blasfemando otros, como seres maldecidos que van en busca del caos.

Fijaba su pupila en esas cabezas que se movían lentamente, como un mar que empieza á agitarse, y sentía un estremecimiento nervioso que le dejaba como petrificado.

Veía una série de cráneos exhibiéndose como en un museo vivo: algunos redondeados, como si hubiesen sido refundidos en un molde; comprimidos y abollados otros, como si una mano maléfica hubiera querido impedir su desarrollo.

Algunos, pequeños, torcidos, angulosos, habían usurpado á la cara la belleza de sus líneas para mostrar una frente que hubiera podido medirse con el dedo puesto de través.

En un rincón se columpiaba en el suelo como una caterva de cabezas de gigante, enormes, monstruosas, en los que se adivinaba un cerebro pequeño chapaleando dentro del agua.

Las caras de esos desdichados le hacían retroceder; él las veía aún mas enormes, y cuando sonreían, dando á su pupila cierta expresión consciente, agitaban en el aire sus manos, levantadas con aleteos de pinguinos.

Este cuadro, que se iba desarrollando á retazos ante sus ojos, le producía á él mismo la alucinación de los hechos reales.

Oía una discusión, animada, calurosa;—gritos, blasfemias, amenazas. . . Corría rápidamente al sitio de la lucha y los dos infelices que habían *simulado* la escena se callaban de pronto, se miraban como dos personas extraños, daban vuelta la espalda y se alejaban silenciosamente.

En un rincón, un individuo jóven, de aspecto simpático, de mirada brillante, estaba acurrucado como un mendigo; de pronto, un sollozo violento le hacía dar vuelta la cabeza.

Veía á ese hombre, deshecho en lágrimas golpearse el pecho y acusarse de delitos atroces, se acercaba compasivo para consolarlo. . . una mirada del guardia bastaba para secar las lágrimas y cambiarlas en risas nerviosas de alucinado.

Se veía despreciado, humillado por un arrogante *millonario* que había poblado su cerebro

con todas las grandezas de la tierra. . . pasaba á su lado desdeñoso, mostrando sus trapos y sus miserias. . . la felicidad se complacia en engañarle sin tortura. . . y él, que adivinaba esa felicidad verdadera, la única real que había tenido, no le tenía envidia.

Iba pasando así una revista minuciosa á la larga fila de desgraciados que habían entrado ántes que él á ocupar su pequeño círculo en ese infierno que se iba agrandando y que le envolvía por todas partes como un laberinto sin salida.

Su existencia anterior se había borrado poco á poco, no le quedaba mas que un recuerdo confuso, se veía rodeado de individuos que le codeaban, que le hablaban sin comprenderlo, que le abrazaban sin cariño, que le sonreían sin conocerle, que lloraban sobre su pecho dolores imaginarios, que le maldecían sin rencor, que le amenazaban inconscientes y que tan pronto le lanzaban una blasfemia como le tendían una mano sin afecto.

En medio del patio, al rayo del sol que caldeaba el cráneo rapado, se había arrodillado uno para murmurar plegarias que no llegarían á su destino; otro, silencioso, pensativo, con la vista clavada en el suelo, parecía meditar sobre sus desventuras, hacia signos en el aire y luego se levantaba como enfadado de no encontrar solución á sus miserias.

En un buen momento, un orador se le puso por delante, le habló con énfasis, con entusiasmo, anudando frases, palabras, fechas, nombres y citas, y por último, en su irritación creciente, un asalto brusco, inesperado, que habría concluido con él si una mano fuerte, avezada, no le hubiese tomado de un brazo para desviarle.

El estaba allí como el emblema de esa larga serie de hombres á quienes no podía querer, porque no era comprendido, y de quienes recibía mil protestas á un tiempo, de afecto y de odio.

Su mayor dolor, era darse cuenta de la realidad de estas desdichas.

Su felicidad hubiera sido la inconsciencia, la locura completa, rápida, que anulase para siempre los ratos lúcidos que asomaban como destellos dentro de su pobre cabeza.

.

La sociedad estaba lejos.

Era un *país* del que había emigrado para no volver. . . Desde su rincón solitario, la veía agitarse, agrandarse, venir hacia él, como á reclamarlo para restituirlo á su cueva y á sus dolores. Él, retrocedía, se replegaba, corría desatinado, buscando un refugio, y cuando creía ver avanzar las calles, que se abrían como brazos enormes para estrecharle, daba un grito y caía en un ataque convulsivo. . . .

FJN

